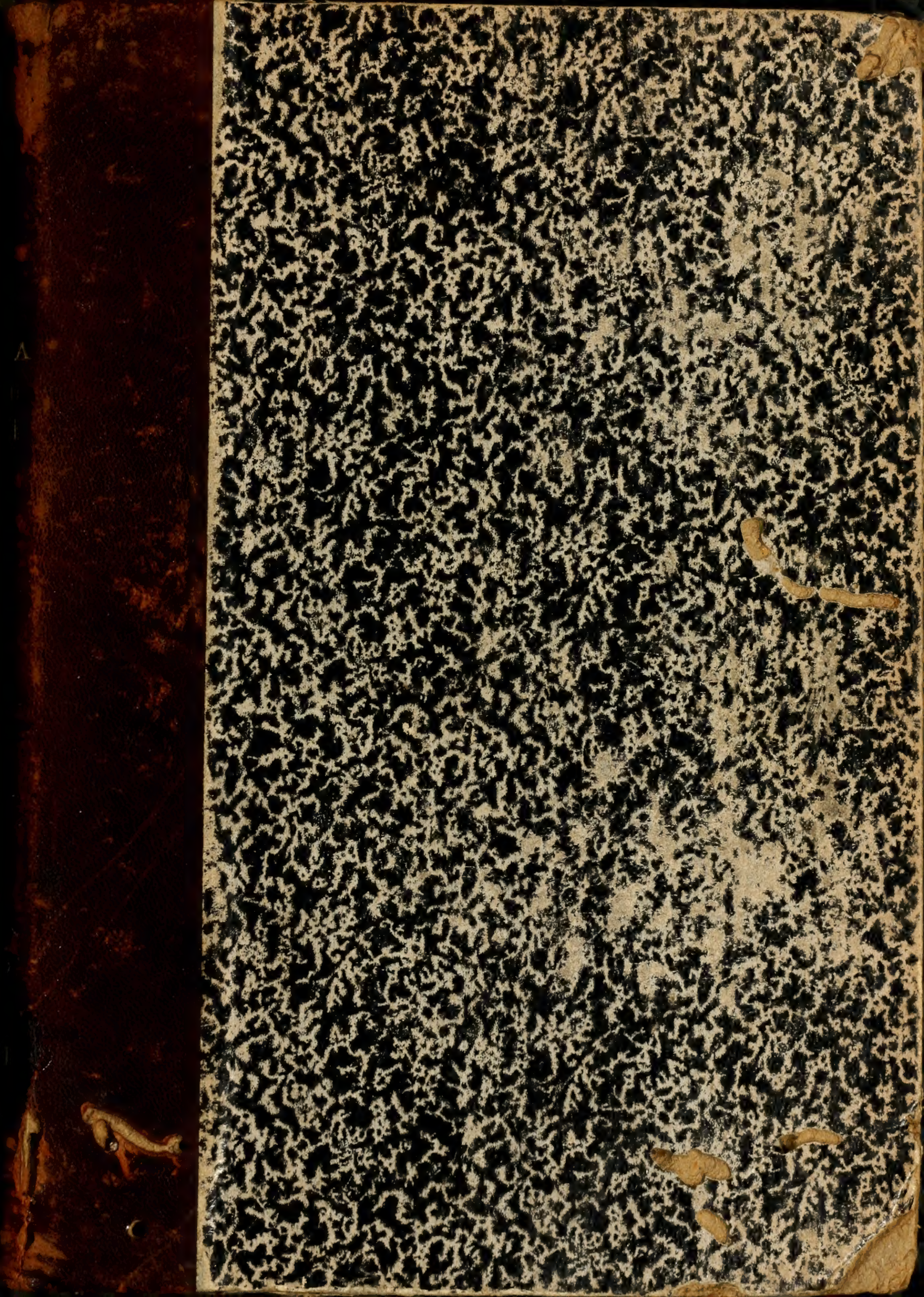
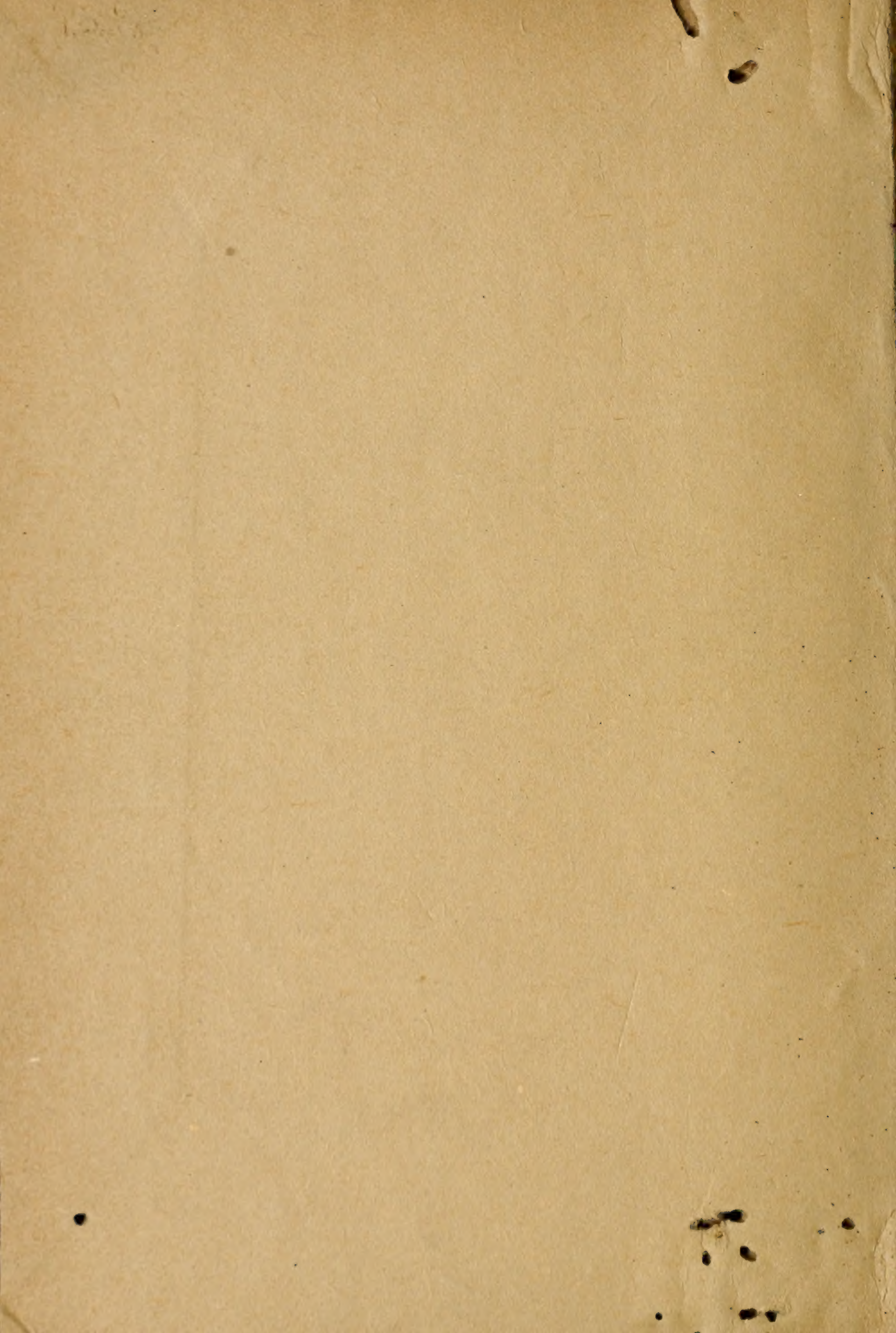




# HISTORIA

DEL

# PERÚ INDEPENDIENTE

POR

*M. NEMESIO VARGAS*

*Fortuna es obtener la protección del genio, pero hay el peligro de que no se le puede engañar. Nuestros defectos y vicios más recónditos no se le escapan. Lo que él dice y sostiene de sus favorecidos es incontrovertible.*

**VARGAS**

TOMO VII

sonal



IMP. "ARTISTICA"
CALLE DE LA VERACRUZ, (GIRON LIMA) 282

LIMA — 1916

# FUENTES DE LOS TOMOS VII Y VIII

---

## OBRAS

Colección de bulas, breves y otros documentos relativos á la iglesia de América y Filipinas, por el Pad. Francisco Javier Hernaez.—Bruselas.—1879.

Salaverry por Hildebrando Fuentes.

Peru as it is by Archibald Smith M. D.—1839.

Galeria de retratos de los gobernantes del Perú independiente 1821.—1871 de J. A. de Lavalle, publicada por Domingo de Vivero.

Narrative of a Journey from Lima to Para by Lieutenant W. Smith and Mr. F. Lowe of H. M. S. Samarang.—London 1836.

Valdivia.—Revoluciones de Arequipa.

## FOLLETOS

Sedición de Gamarra.

Asesinato del General Valle Riestra.

Aplauso por el regreso de Riva Agüero

Contra la libertad personal y prisión del Coronel R. Gamarra.

La Mar y Santa Cruz.

Oración á la memoria de D. Felipe Pardo.

A los defensores del Obispo Goyeneche, desmintiendo la felicitación de éste á Bermúdez.

Al público contra Gamarra.

Contra Salaverry.

A los enemigos del S. Pando.

Alcance á la biografía de Riva Agüero.

Apunte para la historia de las revoluciones del Perú.

Contestación al Manifiesto de Gamarra.

A un libelo contra el General Cerdeña.

Cuentas de D. Felipe Pardo con el tesoro.

Defensa del General Orbegozo.

Defensa del Supremo Protector de la Confederación.

Dos palabras sobre el prefecto Cerdeña.

Manifiesto á la nación en respuesta al folleto titulado "Interesante."—1834.

Reputación documentada de las calumnias publicadas por D. Antonio G. de La Fuente.

Bermúdez contra Echenique.

Memoria de Santa Cruz.

Miller.—Resumen de sus servicios.

Muera el tirano Santa Cruz.

Exposición de Orbegozo sobre los motivos que le obligaron á solicitar auxilio de Bolivia.

Cerdeña en Islay.

El diputado Manuel Ferreyros.

Fragmentos para la historia de Arequipa.

Contra Vidaurre y Pando.

Cerdeña: su defensa y separación del ejército.

El General Gamarra.

El General Raygada.

Contra la intervención de Santa Cruz.

Ligera ojeada sobre una exposición de José Luis Orbegozo.

Exposición de Pedro Bermúdez.

Traición de Santa Cruz.

Pío Tristán.

Viva Salaverry.

Defensa de Bolivia por Casimiro Olañeta Sucre—Febrero 22 —1840.

Id. Id. La Paz 27 Ab.—1840

Id. Id. 1840

Defensa del tratado de Paucarpata por Antonio José de Irrisari.

Refutación de varias aserciones que aparecen contra el Gen. Mendiburu en la historia de Salaverry.

Contra manifiesto de Andrés Martinez por la intervención de Santa Cruz.

Contra manifiesto al publicado por el gobierno de Buenos Aires sobre las razones con que pretende legitimar la guerra que declara a la Confederación por Santa Cruz.

Apuntes sobre el tratado de Comercio de Salaverry con Chile. 1839.—Guayaquil.

Mensaje de Santa Cruz—Huaura.

Id. de Orbegoso en Sicuani y Huaura.

Boletin del ejército por el Gen. Brown.

Cartas del Ministro del Perú en Bolivia a Bermudez y a D. José María Pando.—1834.

Contra exposición sobre la violencia con que el Presidente de Bolivia ha intervenido en el Perú.—1835.

El General de brigada Ramón Castilla a sus conciudadanos, —Quillota, Oct. 10 de 1836.

La Razón Motivada.

Contestación de los amigos del General La Fuente a los cargos que le hace el Presidente Provisional en la Razón Motivada· Lima 1834.

Exposición del General de brigada Juan José Loyola sobre su conducta en la sublevación del 1°. de Enerode 1835.—Lima 1835.

Colección de documentos y de manuscritos notables de las campañas de la pacificación del Perú.—Lima 1837.

Biografía de Ramón Castilla.

Manifiesto de Gamarra.—San José de Costa Rica, 20 Dic. 1835.

## PERIÓDICOS — LIMA

El Coracero.—1835.
El Coco de Santa Cruz.—1835.
El Nacional.—1835.
El Perú—Boliviano.—1836.
El Iris.—1834.
El Perú.—1834.
El Eco del Norte.—1837
El Eco del Protectorado.—1837.
La Gaceta del Gobierno.—1835.
El Redactor.—1836.
El Penitente.—1834.
El Mercurio del Comercio.—1836.
El Estandarte.—1836.
El Independiente.—1836.

La Gaceta Mercantíl.—1834.
El Regenerador.—1835.
El Veterano.—1834.
La Patria en triunfo.—1834.
El Restaurador.—1834.
El Constitucional.—1834.
Mercurio Peruano.—1834.
El Chicote.—1834.
El Conquistador ridículo.—1835.
Para Muchachos.—1835.
El Intérprete.—1836.—Felipe Pardo.
El Juicio Nacional.—1836.
El Limeño.—1834.
El Genio.—1834.
El Genio del Rimac.—1834 - 1835.
El Telégrafo.—1835.
El Voto Nacional.

TACNA

El Eco del Protectorado.—1837.

CALLAO

El Playero.—1834.

ICA

El Desengaño.—1835.

AREQUIPA

El Pensador.—1834.
El Misti.—1834.
La Opinión.—1835.
El Chili.—1834.
El Eco del Protectorado.—1837.
El Yanacocha.

AYACUCHO

La Oliva.—1833.
El Ayacuchano.—1836.

TRUJILLO

El termómetro de la Opinión.—1834.
El Eco Nacional—1835.
La Estrella del Norte.—1835.

LA PAZ

El Eco del Protectorado.—1837.

VALPARAISO

La Aurora.—1836.

SANTIAGO DE CHILE

El Intérprete.—1836.

# HISTORIA

DEL

# PERÚ INDEPENDIENTE

## CAPITULO I

La Convención salva al país.

Algunos escritores han pretendido sostener, que Orbegozo no fue un presidente legal, porque la Convención no tuvo derecho de elegirlo. Dicen que con arreglo al artículo 83 de la Constitución, por falta ó impedimento del Presidente, debía llamarse al Vicepresidente, y en defecto de éste al Presidente del Senado. No habiendo habido elecciones al terminar el periodo de Gamarra, y manifestado el Vicepresidente Tellería que "por ningún evento admitiría el mando supremo," era Campo Redondo, Presidente del Senado, el llamado al poder, en tanto que se verificasen las elecciones presidenciales.

Yo digo, que las presidencias y vicepresidencias, son cargos mancomunados que principian y terminan al mismo tiempo. El sustituto ó representante no puede

tener un poder más extenso que el titular ó poderdante, porque lo accesorio sigue la ley de lo principal; y además, de no aceptar el principio, tendríamos que los presidentes al terminar su periodo, intervendrían en las elecciones, para prepararse un descenso tranquilo, contando con el apoyo del complaciente sucesor.

Gamarra había violado ese artículo desterrando á Tellería, y ahora que, intimidado, le veia resuelto á no aceptar, pedía el cumplimiento de él, para que entrase a mandar uno de sus favoritos.

La Convención, congregada para realizar la función más augusta de la soberanía, dandose cuenta que ella era la genuina representante de la Nación, no podía dejarse detener por argucias de leguleyos, e interpretando fielmente el sentimiento del pueblo contra él que pretendía, indirectamente, perpetuarse en el poder, procedió a nombrar un Presidente provisorio que asegurase la continuación del orden constitucional. El país en masa aplaudió su conducta; y este solo hecho basta para dejar a un lado los argumentos y poner punto final a la cuestión.

Retrato de Orbegozo

Era Orbegozo, fino, probo, llano, caballero, ingenuo, pero de esa ingenuidad bondadosa de que se jactaban nuestros abuelos, que los hacía esclavos de su palabra, celosos de la honra y víctimas perennes de la malicia. Sin preparación administrativa, falto de estudios preliminares, sin talento para gobernar, creía atraerse á los grandes con puestos y preferencias, y a los pequeños oyéndoles sus cuentos y novedades, por lo que los cortesanos astutos andaban espiando el momento de sus libaciones (*Pepe Botellas*), para impulsarlo á cometer actos delictuosos que habría rechazado de plano estando sereno.

Los bebedores y buenas mozas salían de palacio alegres y rubicundos.

Hombre social, pero sin experiencia política, militar de parada, inepto para la guerra, prefería una elegante y numerosa escolta a un aguerrido ejército, de donde resultó, que deseando librar á su patria del dominio de la espada apeló al extranjero, y con dolor la vió envuelta en la sangre de sus hijos durante algunos años, sin gloria ni provecho para él, y colmando así las aspiraciones añejas y anhelantes del invasor. Cumple decir que más tarde, con hidalguía y sinceridad, reconoció sus errores.

De elevada estatura, bien compartido, porte elegante, blanco, sonrosado, se destacaba sobre el gentío, como Ney entre sus valientes o Moisés en el sanhedrín hebreo. Su presencia imponente no le era desconocida: el murmullo de aprobación con que le acogían las bellas y sus galantes conquistas, acabaron de trastornarle, y hubo que quitar los espejos del salón de conferencias para que estuviera atento a las deliberaciones.

Buen padre de familia, cuidó del porvenir de sus once hijos, y al primogénito le hizo sentar plaza con el grado de capitán. Delicado, exacto, incapaz de molestar, era el primero en hacerse pagar su sueldo, prefiriendo la tacha de exigente á la de importuno.

Muchas veces recibió á las corporaciones en casa de su querida, no estimando como debiera a la que altiva había visto a sus piés, humilde y suplicante al Libertador de un mundo; y degradándose aquellas, rindiendo homenaje al crimen.

Nació en la hacienda de Chuquisongo (25 Ag. 1795, Huamachuco,) y sus padres fueron el Dr. Justo de Orbegozo, Burutarán y Cortéz, y su madre la distinguida señora D.ª Francisca Montada descendiente de los antiguos Condes de Olmos. Estudió en el Colegio de San Carlos

(Lima,) matemáticas, lógica y filosofía, y para que disfrutara de pingües capellanías le sometieron a la primera tonsura.

A la edad de 17 años, por muerte de su padre (1814) tuvo que volver á Trujillo para encargarse de los negocios de la familia.

Arrastrado por el entusiasmo de sus paisanos entró en el ejército, y al poco tiempo se le vió de capitán dirigiendo la academia de táctica de caballería.

En 16 de Enero de 1816 contrajo matrimonio con D.ª María Josefa Martinez de Pinillos, hija de D. Juan José Martinez de Pinillos y Larios, y de D.ª Josefa Cacho y Lavalle.

Intrigas y planes subversivos.

Vencido Gamarra en las cámaras, donde llegó á ofrecer un empleo por un voto, lo que no pudo conseguir con el cohecho y los halagos, trató de obtenerlo con la fuerza de las armas. El ejército le obedecía: aun la centinela de las piezas de Orbegozo estaba a sus órdenes. Pidió el puesto de General en Jefe que le había conferido La Mar, y para complacerle se le nombró del ejército del sur, y cuando se le ordenó que saliera poco después, con cuatro batallones y un regimiento de caballería, se negó á obedecer. Se opuso á que su cuñado el Coronel Zubiaga dejara el batallon Cuzco y pasara a la prefectura de Ayacucho. Expidió circulares falsas al ejército en nombre de Orbegozo, y por la vida de éste ofreció dinero, empleo honorífico y sueldo del estado. Un Club formado y presidido por él, cuyos miembros se habían comprometido a sostenerse unos a otros, resolvió hacer un pronunciamiento en favor de Bermúdez a principios de Enero. Efectivamente, Frías y Eléspuru se pronunciaron en Ayacucho; San Román se manifestó hostíl a Orbegozo; Bujanda, el General Vargas, Bernales y otros, eran señalados públicamente como los principales cabecillas: pero

Pronunciamientos.

tantas intrigas y asechanzas se estrecharon contra la actitud severa e imponente del pueblo contra la revolución. (Cartas de Bujanda a Gamarra 27 Nov.—12 Dic. 33—San Román a Gamarra 7 Dic. 33—22 Nov. 34—Frías a Gamarra 16 Dic. 33—Pedro Bernales a Gamarra 12 Dic 33.)

Un levantamiento en perspectiva y en el corazón del estado; desdeñada la ley, desautorizado el poder, minado el ejército, divididas las familias y alejada la confianza, temiendo cada cual hallar en el amigo más adicto el partidario más fiel de la conspiración, tal era el estado de Lima en esa época.

Nadie sabía cuándo, cómo y por quienes se haría el movimiento. Los conjurados no se escondían: lejos de guardar reserva, hacían alarde de despreciar a la primera autoridad. Pregúntándole Orbegozo en palacio a Bermudez, ante no escaso concurso; ¿Para qué arreglaba una casa en el Callao? le respondió con cínico descaro. «Pienso, Excmo. Señor, tomar baños antes de salir.» Conjuración

Un orador bombástico y de gran prosopopeya, Vidaurre, pinta esta situación con cierta fidelidad, recargando el colorido, que merece consignarse. Al felicitar a Orbegozo, siendo Presidente de la Corte Suprema (21 Dic. 33,) le dijo:

«Hasta ahora hemos descendido a nuestra ruina en un plano inclinado. No todas fueron culpas de los gobernadores; hubo delito en los gobernados: defectos en la Carta y las leyes. No te se entrega un estado tranquilo y en prosperidad. Un pueblo dividido en fracciones, un pueblo en miserias es el que recibes. El Perú agonizante—con una deuda interior y exterior inmensa:—moribunda su agricultura,—finalizada su industria; paralizado su comercio; copia de pretendientes; enjambres de hombres que hoy adulan, mañana vituperan según se Estado del Perú

despachan sus solicitudes: jefes departamentales cuyos atentados reducidos a su raíz cúbica exceden en arbitrariedad y en despotismo a los bajáes y visires,—ciudadanos virtuosos y dignos obscurecidos—parásitos que deshonran las insignias con que creen distinguirse: descontento general;—clamor incesante ¡Que pintura! ¿No es fiel? No lo es, porque diminuta dista mucho de los males que nos agobian. Ya lo he dicho en innumerables ocasiones, con esta claridad hablaría el Gran Justicia de Aragón.»

Fuga al Castillo

El tres de Enero en que debía celebrarse en el teatro la exaltación de Orbegozo, era el día destinado para prenderle. En la tarde todo se supo. El presidente mandó llamar al General Vargas, gobernador de los castillos, le hizo subir al coche y con el ministro Villa y Pezet, y una pequeña escoltada mandada por el Mayor Estrada se dirigió al puerto del Callao.

El general Valle Riestra, el Coronel Quirós, los Comandantes Gonzales y Ramos, el Capitán Varea y algunos otros defensores de las leyes, le siguieron espontáneamente.

Al llegar al castillo, Orbegozo le ordenó al General que no se moviera de su lado: arengó a la tropa, la conquistó, quitó a Vargas y puso al General Valle Riestra. Aquel prometió retirarse a la vida privada, y una vez en Lima sirvió a Bermudez.

Se llamó de Lima á la escolta y al General Allende; se ordenó que Vivanco tomara el batallón de Zubiaga, y á Necochea se le nombró General en Jefe del ejército. Solo obedeció el último.

Estalla la revolucion. Ataque a la Convencion.

La revolución estalló al fin proclamando a Bermúdez Jefe Supremo provisional. El primer paso fué disolver la Convención. Los tenientes Castañeda y Carmelino, con dos compañías de Piquiza fueron los comisionados.

Estaba de facción el soldado Juan Rios: a la voz de alto, no contestada, rompió el fuego a pie firme contra los atacantes, y continuó disparando hasta que le tendieron gravemente herido.

En el patio de la cámara de diputados se levanta hoy una humilde estatua de yeso, que no corresponde al hecho heroico que conmemora, ni a la dignidad del legislativo. Al día siguiente la Convención presidida por Luna Pizarro protestó del atropello; ascendió a Ríos a subteniente; mandó fijar su retrato en el cuerpo de guardia de la cámara, y se puso en receso hasta que se restableciera el orden. Juan Rios

En cambio Bermúdez declaró ilegal la elección de Orbegoso; ofreció reunir un congreso constitucional y convocó a los colegios electorales de provincia para el primer domingo de Febrero, y un congreso extraordinario para el primer domingo de Mayo que examinara las actas de presidente y vicepresidente de la república. Bloqueó de palabra el puerto del Callao: habilitó el de Chorrillos, y para hacerse de fondos rebajó las patentes un 25 por ciento.

## CAPITULO II

Para solemnizar el pronunciamiento, Bermúdez pretendió jurar el cargo ante el Consejo de Estado, el que se reunió de prisa, y por unanimidad resolvió no reconocerle, ponerse en receso y recordarle que, según la ley, no podía el Consejo recibir juramente sino al Presidente del Senado cuando fuera llamado a desempeñar el Poder Ejecutivo. (4 En.) Juramento

Llamada la Corte Suprema a palacio con el mismo objeto, acordó concurrir sin traje de ceremonia. La Su- Reconocimiento

perior se negó, y, amenazada, resolvió ir, con excepción del Dr. García Paredes. Al salir de palacio los vocales Taboada, Piñeiro, Herrera, Agüero y Mariátegui, firmaron una protesta ante el notario Cobián y Taboada. Los vocales Navarrete y Pancorvo lo hicieron privadamente.

La municipalidad y las otras corporaciones no concurrieron. El cuerpo consular se dividió; unos protestaron y otros le reconocieron, y el de Estados Unidos cortó las relaciones.

El Arzobispo Benavente que había sido propuesto a la Santa Sede para una dignidad por Gamarra, contra la opinión del Consejo de Estado, que optó por el Dr. Dieguez, fué el único que le reconoció.

Ministros

Nombró de ministro de gobierno al Dr. Pando, de hacienda a Martínez, y de guerra al general Salazar, el que aceptó temiendo que se le vejara. A la prefectura de Lima fué llamado el Coronel Vivanco.

Bermúdez no tenía en Lima sino el N.° 2 de Ayacucho, parte del Cuzco y del regimiento Lanceros del Callao.

Destierros

Prohibió que se llevasen armas; que los paisanos caminaran a caballo por las calles después de la oración, y desterró a Luna Pizarro, Vijil, Gómez Sánchez, Tellería, Zapata, Rodríguez Piedra, Mariátegui, Jaramillo, Evia, Goicochea, León, Zavala, Macedo, Freyre y Ramírez de Arellano, de los que unos se escondieron y los otros se asilaron en los castillos. Cerró todas las imprentas dejando funcionar únicamente las de Concha y Masías.

[illegible]

Se ordenó que los vecinos reconocieran batallón: se reclutó con rigor, y a fuerza de estorciones se hizo de armas, caballos y recursos; en cuatro días duplicó su fuerza, o mejor diré el número de plazas, y el ejército pasó a Bellavista a poner sitio al Callao.

Entretanto, la actitud de Lima aterró a los facciosos con la elocuencia del silencio. El comercio, los templos, teatros y casas se cerraron; las del centro no tenían abierto sino el postigo: las pulperías despachaban por las ventanillas: las campanas enmudecieron; las calles desiertas, y la curiosidad preguntaba ansiosa en los balcones a los pocos transeuntes las novedades del día. Al trote precipitado de las patrullas o al galope de los montoneros, que diariamente ingresaban a la ciudad, el cierra-puertas era general. Protesta de los limeños.

El miedo no era solo de los vecinos. Las rondas eran continuas, día y noche: las portadas se cerraban a las 6 y no se abrían sino á las 9 o 10 de la mañana. Bermúdez, Gamarra y Doña Pancha pasaban la noche en el cuartel de la Chacarrilla.

El bello sexo se encargó de sobornar a la tropa, distinguiéndose la S.ª Felipa Morán. La alta clase conquistaba Jefes y oficiales, en cuya labor merece mencionarse a la bella e inteligente señora Rávago de Abella Fuertes, esposa del Sr. Riglos, consul argentino. De finos modales, culta, cristiana, cantada por los poetas, reunía en sus salones, en los que se aspiraba el perfume de la virtud, a todos los que suspiraban por la libertad. Ella le aseguró a Orbegozo el apoyo de la fortuna y del mundo elegante.

Estando la portada del Callao bajo una fuerte guardia, la emigración a los castillos se hacía de noche por la portada de Guía. Diariamente salían más de cien personas al Callao.

Lima estaba inundada de boletines. Se buscó á Calorio para fusilarle, cuando ya había escapado disfrazado de saya y manto.

El Teniente Coronel Barrenechea pidió licencia a Bermúdez, e inspirando sospecha, se reunió la artillería que mandaba a la caballería. Algunos días después, él, Deserciones

Mendiburu, de toda la confianza de Gamarra, los Sargentos Mayores Martínez, Pareja y otros, entre los que se distinguió el Comandante Sotomayor, se escaparon al Callao. El último se llevó 140 fusiles y 10 barriles de pólvora que debía conducir a Ayacucho.

Pero el golpe mortal fué el pase de Necochea: su espada valía un ejército. El regocijo de los limeños no tuvo límites; las familias se felicitaban por el suceso; el triunfo era seguro; renació la confianza que inspira la virtud y el heroismo. Era el paladín de la libertad.

Animacion del Callao.

Mientras en Lima reinaba el silencio, en el Callao era todo agitación y movimiento. No había casa desocupada; se cuadruplicó el tráfico del mercado y de la bahía. La juventud al saber que el 9 había comenzado el sitio, corrió en masa a enrolarse, y todos los días salía a batirse con las partidas de Bellavista y de Miranaves. En uno de esos encuentros cayó el teniente Carrasco de los sitiadores.

Escuadra.

La pequeña escuadra nacional estaba en el norte, y no conociéndose su actitud, con algunos marinos y los cadetes escapados de la escuela militar, se armaron cuatro cañoneras, las goletas Galgo, Eleodora y el bergantín Congreso. La Macedonia y la Monteagudo trajeron del norte los prisioneros de Salaverry (12 En.) Esta última, la corbeta Libertad y el Arequipeño sostuvieron el bloqueo de Chorrillos. Buena disposición fué, que no se podía otorgar ascensos sino a los marinos que hubieran estado a bordo dos años por lo menos. (23 Jul.)

Finanzas

Si aflictivo era el estado político, el financiero era abrumador. El país estaba en completa ruina. Gamarra dejó la presidencia con un saldo en su contra de más de 29,000 pesos. Los abonos montaban a 252,899 pesos 7 reales y ¾. En 1°. de Enero ascendieron a 306,006 pesos 7 reales que pesaban sobre la aduana; y en la Mone-

da. la deuda pública ($ 86,794) había disminuído únicamente 35,484 pesos. Mensualmente se acuñaban de 30 a 40,000 pesos.

El poder judicial, lejos de prestar apoyo al gobierno, castigando con severidad a los contrabandistas, los absolvía y hacía reponer.

Orbegozo rebajó el 25 por ciento a los que pagasen al contado los derechos de aduana y las contribuciones: emitió nuevos abonos; vendió fincas del Estado; pagó el 2 por ciento de interés mensual, y apeló al patriotismo solicitando un préstamo voluntario, que luego degeneró en forzoso, rebajando por mitad las cuotas asignadas.

Redujo a dos tercios los sueldos civiles y militares. Empréstitos.
e impuso el 3 por ciento sobre el tabaco y los licores; pero la emulación de los patriotas hizo más que las medidas financieras. Lima obsequió 10,175 pesos y prestó a módico interés 115,549. Ica prestó 10,869; Jauja y Huancavelica 20,000, y el departamento de la Libertad, cuya aduana produjo 43,106 pesos en el año, prestó 30,000.

Los capitalistas se negaban con razón a hacer adelantos temiendo la revolución. Orbegozo tenía que valerse de sus amigos, o de los empresarios de obras públicas. Es digno de alabarse que con pocos elementos hubiese podido establecer el órden y asegurar la marcha de la administración.

## CAPITULO III

La noticia de la revolución se extendía con Pronunciamientos.
tanta rapidez como su descrédito. Huacho reconoció a Orbegozo. En Ica el Coronel Valle tomó la compañía de Lanceros del capitán Lagomarsino, se embarcó

con ella en Pisco y se vino al Callao. Caravedo en el mismo lugar, reforzó un cuadro de caballería que se había puesto a sus órdenes en Ayacucho. Negrón y Carrillo se vinieron de Pisco; Nieto en Arequipa; Cerdeña en la Libertad, Vidal y Torrico en Trujillo con el batallón Zepita, se declararon por el gobierno que ya contaba en Huaraz con el General Plaza y algunos otros valientes.

Estos pronunciamientos no eran todos sinceros, como veremos más adelante.

Operaciones militares.

En estas circunstancias, estando el Coronel Loyola con alguna tropa en Chancay, destacó Bermúdez contra él al general Vargas, el de la palabra de honor. En apoyo de Loyola marchó el Coronel Quirós, el cual llegó cuando el capitán Lanao y el sub-prefecto Delgado habían hecho prisionera a la fuerza de Artaza. Gamarra, al saber estos movimientos, dejó el sitio del Callao, y el 22 de Enero con 400 hombres pasó a Chancay, de donde destacó 40 hombres sobre Huacho, que se pasaron a Lanao cuando éste se disponía a batirlos. Entretanto, Quirós tuvo aviso que el Mayor Espinoza con una brillante compañía de 104 hombres, se había desprendido de Huaraz en apoyo de Gamarra, por lo que salió en su busca y el 27 de Enero lo deshizo después de un reñido encuentro, tomándole el equipaje, la caja militar y 24 prisioneros.

Con estas fuerzas, Necochea, enviado en persecución de Gamarra, formó una columna de 600 hombres, 200 caballos y 400 paisanos (Columna sagrada) mandados por el Coronel Pallardelí, y se movió sobre Aucallama. Gamarra que había talado el fundo de Boza, se retiró a la hacienda de Caqui, y habiendo desertado el Comandante Suarez y el capitán Saldías con 600 caballos y algunas mulas, y se supiera que Bermúdez habia sido arrojado de Lima, Gamarra, que ya no contaba sino con 300 hombres, los abandonó en la hacienda de Palpa.

los mismos que se entregaron al saqueo de ella. Luego, en compañía de Arrisueño, Echenique, Ugarteche y Escudero el capitulado, tomó la quebrada de Quilca para pasar a Canta y continuar a la sierra. Necochea destacó a las alturas al Comandante Espinoza para cortarle la retirada, volviendo a Lima.

Bermúdez tuvo la suerte de ver desgarrarse presto el velo del desengaño; el abatimiento sostituyó a la arrogancia de los primeros días; apenas se le veía en público. De día no salía de Palacio, y al anochecer se dirigía a escondidas al campamento de Bellavista acompañado de unos cuantos, dejando la capital al mando de Vivanco. Los generales Aparicio y Egúsquiza se negaron a encargarse de las operaciones del sitio, paralizadas desde la salida de Gamarra.

Levantamiento de Lima.

Vivanco le ordenó al Coronel Prieto que a las cinco de la tarde (28 En.) reuniera a los vecinos en la plaza para amonestarlos a conservar el orden. Era día de suertes y hubo mucha gente.

La guardia subió a los techos de palacio y en el frente que da a la plaza se colocó Vivanco, Allende y Guillén con la caballería. Unos dicen que éste insultó al pueblo; otros que los soldados proclamaron a Orbegozo, que es lo más probable, lo cierto es que de los techos se principió a tirar sobre el pueblo, el que corrió a armarse, se apoderó de las torres, tocó a somaten y principió a atacar a la tropa. El fuego era vivísimo. Muchos extranjeros, los señores Eldredge, Tracy, Dunglass, Zapata, Puch, Mac Call, Hogdson. Dutey, Gardiol y otros se batieron con denuedo; ardimiento que no se podría comprender, si no hubiéramos considerado como factor del orden la gracia de las limeñas.

Los extranjeros.

Bermúdez levantó precipitadamente el sitio para concentrarse en Lima, y de la confusión aprovechó

el capitán Luján para llevarse al Callao con 30 hombres la artillería montada.

A medida que las tropas ingresaban a la capital recrudecía el fuego de los balcones; a las nueve llegó Bermúdez a la plaza, y, viéndose acometido por todos lados, no le quedó otro recurso que enviar la tropa a los cuarteles y preparar la retirada. A la una se emprendió ésta, bajo una lluvia de balas; se pronunció el desbande, y el ruido de los disparos se confundió con el repique de las campanas. Bermúdez salió por Barbones, guardando la retirada Doña Francisca con la calma y serenidad que le eran peculiares. En persecución marchó el General Miller.

*La retirada.*

Fué tan precipitada la fuga que en los cuarteles se encontraron muchos fusiles y pertrechos, 2 piezas de artillería con sus correspondientes tiros, y, en palacio dinero sonante en caja.

Catorce muertos, entre los que mencionaremos al Dr. Paredes, el que cayó, por haberse asomado al balcón a interceder por un pobre soldado a quien lanceaba la caballería. Hubieron muchos heridos, y el bello sexo corrió a los hospitales. Palacio, el Colegio militar, las casas de Gamarra y Vivanco fueron saqueadas. La *Reina Madre* se asiló en la Concepción.

*Orbegozo en Lima.*

Orbegozo dejó el Callao muy de mañana y a las 8 y media entró en Lima. El entusiasmo con que se le recibió fué inmenso. A decir verdad, más despertó éste la galantería que el amor a la libertad. Las niñas de los balcones le arrojaron flores a porfía, y los vivas y aplausos atronaban el aire a la vez que los repiques y marchas militares.

En esto llegó la noticia de que Gamarra, derrotado en Chancay, se venía a marchas forzadas sobre Lima. El pueblo acudió en masa a los cuarteles: se abrió

una zanja y levantó una trinchera en la portada de Guía: las zambas de Malambo formaron un batallón; la guardia nacional reconoció Jefes. El señor Revoredo se presentó con sus hijos, entre los que el más animoso era una criatura de 12 años; y tanto civismo y entusiasmo se disipó como el humo, cuando se supo que el enemigo esperado se había puesto en fuga para la sierra.

Restablecido el orden, la Convención reabrió sus sesiones en el Callao (6 Feb.); escuchó atenta el mensaje de Orbegozo, y bajo la presidencia de Luna Pizarro autorizó al ejecutivo para adoptar todas las medidas que exigiera la situación (15 Feb.).

Exequias y premios.

Pasadas las fiestas y el entusiasmo de los primeros días, se celebraron exequias solemnes por las víctimas, y la Convención concedió pensiones vitalicias a sus viudas y herederos. (26 Feb.) Orbegozo no había tomado parte, y se le otorgó una medalla que decía: "El Perú a Orbegozo por el 3 de Enero de 1834." Un bravo la hubiera devuelto.

El ministro Villa, Pezet, Valle Riestra, Quirós, Gonzales, Estrada y Varea fueron declarados Beneméritos a la patria, y se les otorgó una medalla con esta inscripción: "El Perú a sus defensores." Creo que más derecho tenían los extranjeros.

La Fuente, que trajo de Chile 2,400 fusiles, llegó a fines de Diciembre, y con ellos se armó tropa para expedicionar al centro.

# CAPITULO IV

Levantamiento de Arequipa.

Para los facciosos ha sido siempre una campaña la posesión de Arequipa. Esta vez la quisieron tomar con engaño El Teniente Coronel Valdivia llevó las nuevas que en Lima se había armado el pueblo contra el ejército; que Orbegozo había fugado dejando en acefalía la república. y que por este motivo se había investido del mando supremo al General Bermúdez.

Demasiado suspicaces eran los arequipeños para creer en la pusilanimidad de su candidato en las últimas elecciones. La irritación subió de punto y la ciudad asumió una actitud hostil. El prefecto Salas, íntimo amigo de Gamarra, no se atrevió a presentarse en público; de hecho abandonó el cargo y se ocultó: luego renunció la prefectura en Masías y la Comandancia militar en el General Nieto, quienes abrieron y leyeron en el cabildo, rodeados de un gentío avido de noticias, las notas traídas por Valdivia.

Comicio popular.

Al imponerse de la superchería, el General Nieto se levantó indignado e improvisadamente, dijo, poco más o menos: que Gamarra y sus adeptos querían asesinar una patria que nada les había costado; que estaba resuelto a vengar con su lanza semejante ultraje; que había llegado la hora de hacer conocer al mundo lo que valían los verdaderos republicanos: que era menester morir antes que volver a ser esclavos. Puede ser. añadió. que nos quedemos solos: nada importa; será mayor nuestra gloria: que la prosteridad llore nuestra desgracia si la fortuna nos abandona, pero cumplamos el sagrado deber de defender a la patria con-

tra los infames que no se avergüenzan de asesinarla; que desde ese momento, no pertenecía sino a la patria.

Estas palabras enérgicas vibraron en los oídos de los arequipeños como un rugido del Misti. La ciudad se levantó como un solo hombre. Las Cortes, corporaciones y personas notables se reunieron en cabildo y ratificaron los nombramientos de Nieto y de Masías.

El populacho entusiasmado invadió el local; extrajo a Nieto y le obligó a revistar en la plaza más de 3,000 hombres, de los que se escogieron 400, por no haber fondos sino para formar dos batallones. Uno se dió a Romero y otro a Bonifaz, formando el regimiento "Libres" bajo el General Morán. Nieto organiza fuerzas.

Los cuadros de Jefes y oficiales se encomendaron al Jefe de Estado Mayor Coronel Althaus.

El gobierno hizo extensiva la Comandancia general de Arequipa, a Cuzco, Puno y Ayacucho.

Se organizó una maestranza que, bajo la hábil dirección de Thomas, arregló el armamento, fabricó pólvora, balas y toda clase de pertrechos. Bejarano, joven agrimensor, reunió a los bachilleros, estudiantes e hijos de familias decentes, y formó una columna que más tarde sirvió de base al escuadrón "Inmortales" que se distinguió al mando de Castilla.

A la cabeza de los "Dragones" se colocó a Hinojosa, y de la policía a Montenegro, destituyendo a Pacheco, que había cargado contra el pueblo, el día que nombró al doctor Gomez Sanchez diputado a la Convención.

Para hacerse de recursos, Nieto vendió sus prendas personales y las de su familia; mandó al oficial Peralta a Chumbivilcas y al Comandante Gil Espino a Acari. Colecta fondos

El comercio le dió telas, ropa: por suscripción de los vecinos se pagó a la tropa, y el pueblo entregó es-

pontáneamente armas y pertrechos. No siendo esto suficiente impuso a los comerciantes un cupo de 150,000 pesos: al Obispo Goyeneche y familia le sacó 27,000 pesos y le impuso un empréstito forzoso de 100,000, y de 4,000 por cabeza a Tristán, Ugarte, Hurtado y Gamio.

El Obispo se negó rotundamente a pagar y apeló al gobierno quejándose de Nieto; y en cuanto a los otros, no pudiendo sacárseles algo sino con extorsiones, Masías dejó la prefectura al Dr. Cuadros que era enemigo del Obispo.

Queja al gobierno

La queja episcopal la llevó al gobierno D. Juan Mariano Goyeneche, el que se fugó por no haber obtenido pasaporte. Iba acompañada de una protesta ante el notario Díaz (8 Ab.) de haber reconocido a Orbegozo, y de la excusa de haberse sometido a los rebeldes presionado por la fuerza. Como se comprende, continuo el relato para no volver a tocar este punto. Muchos meses después decretó el gobierno, que habiendo fenecido las facultades extraordinarias, Nieto no tenía derecho para imponer contribuciones.

Gil Espino

En cuanto a Gil Espino, tuvo la suerte de prender en Acarí al General Salas, a los Mayores Torres y Murguía, al teniente Lombardi y al sub-teniente Céspedes. Faltando a la palabra de retirarse a su hacienda la Macacona, el General, que no era hombre de muchos escrúpulos, se había enterado de la correspondencia de Ocoña, apoderado de las mulas de Siguas, de 12,000 pesos de contribuciones y había cortado, por último, el puente de Rio Grande que comunica Ayacucho con Arequipa.

Espino reparó el puente; remitió los presos y el dinero a Nieto, y al General le dejó libre por haberle mostrado cartas de Orbegozo en que le llamaba a Lima.

Para mover el sur, Nieto comisionó a Montenegro y a Frias, y merced a sus gestiones, se pronunció Tacna y Tarapacá. (13 En.)

Nieto pide auxilio á Lima y a Bolivia

Pasado el entusiasmo del momento, Nieto comprendió que se hallaba en una situación bien crítica. San Román con el batallón Pichincha de 600 plazas en Puno, y Bujanda en el Cuzco con el Pultunchara al mando del valiente Quiroga y un escuadrón de Húsares, gente toda aguerrida y bien disciplinada, podían emprender unidos contra él, y, sin gran exfuerzo, tomar Arequipa. La revista que pasó el 14 de Enero, 700 cívicos y un cuadro de caballería, acabó de desalentarle, por lo que al mismo tiempo que comisionó a Lima a Panizo en la corbeta Libertad para anunciar el peligro, pidió auxilio a Santa Cruz en Bolivia.

Tamaña imprudencia ¡quien lo creyera! le permitió respirar. Santa Cruz contestó de palabra que intervendría, si Orbegozo y el Consejo de Estado lo solicitaban, pero de hecho se movió sobre el Desaguadero, y esto obligó a San Román a guarnecer la frontera impidiéndole marchar a Arequipa.

Acuerdo secreto de Arapa.

La Torre le escribió a Orbegozo que el auxilio no vendría ni aun solicitado por él, mientras no se formara una federación de tres Estados: Norte, capital Lima: Sur, capital Cuzco, y Bolivia, capital Chuquisaca, siendo el Cuzco capital de la Federación peruana (La Paz 11 Marzo 34): y a su tio el General Nieto, que por ningún motivo esperase refuerzos de Bolivia.

San Román tampoco estaba tranquilo.

Los batallones cívicos Azángaro y Carabaya de los que era Coronel D. Rufino Macedo, estaban en Arapa a las órdenes de su hermano Hilario. San Román le pidió cuatro compañías cuando tuvo conocimiento de los sucesos de Lima, y éste celebró una junta de oficiales, y, con-

vinieron en mandar la tropa, pero sostener al gobierno legal pasándose a Nieto o retirarse a Bolivia si no podían conseguir su objeto. Este convenio que debía ser secreto, lo juraron sobre sus espadas ante el gobernador de Santiago D. Narciso Roselló (24 En. 34).

En este intérvalo se reincorporaron los arequipeños. Fabricaron 1000 lanzas: organizaron otro batallón de cívicos de 470 hombres; un regimiento de 300: el de Morán se reforzó con 200 de Cailloma: 200 Dragones de Tacna trajo Carrillo, el que si bien fue bermudista al principio, después cambió de parecer. Stevenson formó también un escuadrón, de manera que a fines de Febrero habían cerca de 2,000 hombres en Arequipa.

La Fuente al pasar por Islay, de vuelta de Chile, como ya hemos dicho, remitió con Iguaín a Arequipa 600 fusiles de los 3,000 que traía, mil sables, corazas, plomo y algunos quintales de pólvora.

Pretenciones rechazadas

Estando ya en buen pié para afrontar al enemigo, tuvo Nieto que librar batalla contra las aspiraciones personales. No tan pronto ingresó Castilla a Arequipa, cuando pretendió que se le diera el Escuadrón Dragones de Carrillo. La Fuente le escribió a Nieto que pasaría a la ciudad si se le ponía al frente de la división. Quirós, que mandaba a los Sagrados, columnna compuesta de oficiales, pretendió lo mismo; luego, que se le diera el regimiento Libres; después, que se le nombrase Jefe de Estado Mayor en lugar de Althaus, y de esta manera, otros muchos pusieron a prueba la entereza de Nieto que no complació a ninguno.

Despecho de Santa Cruz

Entretanto, Santa Cruz en el Desaguadero se roía las uñas de despecho por no haber acudido al primer llamamiento de Arequipa. Todo su ensueño era dominar en Lima: en su concepto ella valía más que el resto del virreinato. Bolivia era una provincia; el Perú todo un Estado:

y así como Gamarra quería fijar los límites del Perú allí donde terminaba el imperio de los Incas, Santa Cruz más modesto, trabajaba por extender su dominación hasta las márgenes del magestuoso Amazonas, En su oído resonaban mejor los aplausos del Rimac que las aclamaciones patrias.

Para reparar la falta cometida, mandó Santa Cruz a D. Elias Bedoya a proponerle a Nieto el auxilio de 5,000 hombres, con tal que Tacna y Moquegua se pronunciasen por Orbegozo, y que éste no saliese del país como se temía, ofreciendo por su parte evacuar el Perú, luego que se restableciera el régimen legal.

Pero ya las cosas habían cambiado. Alejado el temor de ver triunfar a los caudillos del usurpador, se dejó oir por fin la voz del patriotismo. Cabizbajo salió Bedoya de Arequipa, camino de Bolivia.

Para palear el descontento producido por la mala paga y someter al soldado a la severa disciplina de campaña, resolvió Nieto tomar la ofensiva sobre el enemigo y se situó en Porongache; sus avanzadas se extendieron hasta Apo y Carumas, donde recogieron los ganados, segaron los alfalfares y sembríos dejando raso el terreno que aquel debía atravesar. Campaña

Una guarnición en Uchumayo guardaría la retirada y se mándó detener en Islay los buques que arribasen para poder escapar en caso de un descalabro.

En Puno se reunió a San Román el Pultunchara, la recluta de Huancané que sirvió para reponer las bajas, y 200 montoneros. Con estas fuerzas se movió para Chihuata a mediados de Marzo, al saber que habían llegado a Lampa el batallón 1.º de Ayacucho, el escuadrón de Húzares, y una brigada de artillería remitidos por Frías y Eléspuru contra las órdenes de Gamarra, de caer con estas tropas sobre Ica pronunciada por Orbegozo. De Chihuata San Román se mueve

Batalla de Miraflores (2 de Abril)

siguió a Turucani para faldear el Chachani; a lo que Nieto, para cortarle el paso, de Porongache se movió a la pampa de Miraflores, donde desplegó sus fuerzas, cortando el camino que de Arequipa conduce á Chihuata, en este orden: á la derecha Castilla con el escuadrón Inmortales y una sección de artillería; al centro, Morán con su regimiento, y a la izquierda, un poco a retaguardia, Stevenson con su escuadrón: 4 piezas de artillería al mando de Thomas estaban interpoladas entre éstos cuerpos. Quirós con los Sagrados y 300 paisanos protegía la retaguardia de la derecha, y, la del centro, Carrillo con el regimiento Dragones coraceros. Althaus en la Apacheta, con dos mitades de caballería y 30 cazadores, observaría los movimientos del enemigo, fuerte a la sazón de 2,300 hombres.

Carrillo ganó las alturas de San Lúcas, cortó la acequia de Langui que abastecía al enemigo, y, parapetado, rechazó las fuerzas que pretendieron desalojarle: se mandó un refuerzo para apoyarlas, el que, al cruzar el llano en que desembocan las quebradas de Jesus y Paucarpata, fué desordenado por una brillante carga de Inmortales. Los infantes los esperaron a pié firme: muchos quedaron en el sitio: el cuadro fué roto; pero al ver caer al Comandante Montenegro, al teniente Godoy y al valiente Bejarano, alma del escuadrón, perdió éste la ventaja obtenida, y, perseguido por sus Jefes y oficiales, afanados en contenerlo, se entregó á la fuga.

Entretanto Pultunchara desplegó su izquierda para envolver a Nieto, pero el escuadrón de cívicos lo obligó a replegarse. Carrillo bajó del alto, y, como al llegar al llano ya no tuviese la protección de Inmortales, fué desbaratado por una carga de Húzares, que, a la vez dispersaron a los cívicos y forzaron a Nieto a retirarse conservando

su orden de batalla hasta la entrada del llano de Porongache.

Los Húzares se arrojaron impasibles sobre Moran, sin arredrarse por los claros que la artillería hacía en sus filas: Nieto mandó cargarlos en columnas sucesivas por escuadrones: Dragones es rechazado perdiendo dos oficiales: Stevenson batido: Nieto es arrollado, perseguido, y tiene que batirse por la vida con desesperación, hasta que dos cargas de Castilla con los reorganizados Inmortales hacen ceder por fin al aguerrido escuadrón.

Aprovechando el momento oportuno. Nieto y Castilla reunieron a los Dragones y cívicos dispersos. y por dos veces cayeron sobre Pultunchara que los obligó a voltear caras: los reorganizan y cargan de nuevo. y al fin consiguieron romperlo y perseguirlo hasta sus apartados atrincheramientos.

Tal fué la acción de Miraflores, en la que brilló el valor de ambos lados, y la disciplina de parte de San Román. Castílla salió herido de un terrible lanzaso en la frente, y el teniente Alvarez de gravedad. Nieto perdió en ella su famoso caballo Camacaro, llamado así por haber cabalgado en él, cuando en singular desafío a lanza en el Portete, dió muerte al denodado Coronel de este nombre.

Nieto dejó una fuerte guardia en el campo de batalla y contramarchó al pueblo de Miraflores.

## CAPITULO V

En la noche. Nieto reunió los dispersos. curó sus heridos y. premió a los que se habían distinguido. Al día siguiente le ordenó a Castilla que con una compañía de cazadores y el primer escuadrón ocupase el Alto de la Expectativas

Luna, y el alineó sus tropas en Miraflores en el orden del dia anterior.

Conferencia con Nieto.

Carrillo solicitó y obtuvo permiso para hablar con San Román. Durante la ausencia llovieron los comentarios. Eran muy amigos, y en la batalla los Dragones habían dado que decir. El consiguió que tuviese una conferencia con Nieto en la lloclla de Paucarpata. San Román ofreció reconocer a Orbegozo y la Comandancia general, y mandar a Arequipa comisionados para tratar bajo condiciones honorables. La pretensión de ocupar el llano de Paucarpata le fué negada.

Indisciplina de Quirós.

Nieto que era todo un caballero se dejó coger. De regreso al campamento suspendió las hostilidades, remitió víveres al enemigo y aun permitió que la caballería de San Román se refrigerase en la fuente de Agua Salada. Quirós que conocía al puneño protestó airado de estas atenciones; se atrevió a decirle al General "que eso no lo hacía un sargento," y cometió la gran falta de abandonar la columna y retirarse a la ciudad.

El desengaño no se hizo esperar. Al día siguiente los comisionados, Comandante La Torre y el Dr. Martínez no se presentaron. San Román cruzó el llano de Miraflores a vista de Morán que pudo desbaratarle con un ataque de flanco, y ocupó una posición excelente de ya que con una marcha forzada habría podido tomar Arequipa.

Comisionados.

Nieto principió a alarmarse. No percibía en derredor sino miradas burlonas. Mandó a Llosa Benavides y a Ross para averiguar lo que ocurría, y en Contayal, cerca del campamento de San Román, se reunieron con los ya citados. Negaron éstos que se hubiese prometido reconocer a Orbegozo; pidieron instrucciones para ganar tiempo, y unos y otros se dirigieron a la ciudad. Recibidas que fueron éstas y renovada la entrevista, pre-

sentaron la moción que se nombrara un presidente provisorio, excluyendo a Orbegozo y a Bermúdez, para pacificar la república, burla grosera que puso término a las negociaciones.

Tan vergonzosos procedimientos que denigran a los actores y principalmente a San Román y a Carrillo, habrían dado que cavilar al historiador, sin la carta abrumadora que éste le escribió a aquel, ofreciéndole no cargar con su tropa en cualquier encuentro (2 Ab.)

En la noche, Nieto reunió una Junta de guerra: expuso con calor el engaño de los contrarios; confesó su inocencia; solicitó perdón por su falta, y llegó a enardecer de tal manera a los suyos, que, indignados, resolvieron arrestar a los comisionados y marchar al combate al día siguiente.

Para excusar su doblez que era imposible defenderla, San Román le decía más tarde a sus amigos, que había sorprendido comunicaciones de Orbegozo en las que le comunicaba a Nieto que no venía a Arequipa por haber resuelto perseguir a Bermúdez.

Al amanecer, Jefes y Oficiales pidieron con instancia a Nieto que los llevara al combate. Quirós vino a escape de Arequipa, y con el mayor entusiasmo emprendieron la marcha.

Batalla de Cangallo (5 Ab.)

Morán con los dos batallones de Libres ocupó el borde de la quebrada de Agua Salada, y el Comandante Álvarez distribuyó sus piezas en los flancos y espacios intermedios. San Román opuso a estas fuerzas el Pultunchara desplegado en guerrilla, y aparentó batirse en retirada para atraer a Nieto a terreno accidentado donde no pudiera operar la caballería. A la derecha colocó a Ayacucho, a la izquierda a los Húzares, y en el centro a Pichincha. Las avanzadas de Nieto rompieron el fuego ganando terreno, y pronto se vieron envueltas por Pultun-

chara y los otros batallones que tomaron la ofensiva. En estas circunstancias no le quedaba a Nieto sino retirarse perdiendo mucha gente o aceptar la batalla. Reforzado el flanco derecho del enemigo, Nieto vió comprometida su izquierda, y dispuso que Bonifaz con la reserva protegido por los Húzares de Stevenson y los cazadores de Carpio se lanzaran sobre Pultunchara; el choque fue tremendo: el batallón fue deshecho y puesto en fuga dejando el suelo cubierto de cadáveres, fusiles, cañones y pertrechos.

En la derecha, Lagos y Laysequilla fueron batidos por Húzares: Castilla cargó dos veces con los Inmortales sin éxito, y Carrillo con parte de Dragones volteó caras.

Con el otro escuadrón, el capitán Gallegos desbarató a Pichincha y mató con mano propia al capitán Enriquez, cumpliendo lo ofrecido antes de la acción; pero Ayacucho extendió su frente y protegió la reposición de Pichincha.

Para repetir la carga la caballería y abrirse campo, Nieto ordenó que contramarchase la infantería, y este movimiento retrógado que solo puede hacerse con tropa veterana, desalentó de tal modo a los Dragones que emprendieron la fuga arrastrando a los Libres y a la reserva.

Ayacucho avanzó y cerró la quebrada de un lado al otro: Quirós con los Sagrados y Somocurcio con 300 cívicos se lanzaron sobre él, pero el batallón los rechazó a pie firme y se mantuvo dueño del campo de batalla.

En esto se divisó una gran polvadera por el Botadero del Misti. Eran 600 hombres que traía Escudero de Lampa, a cuya vista se acabaron de desalentar los arequipeños. El desbandamiento fué general. En vano Nieto tomó la reserva (120 hombres, capitán Rios), y se situó en el portillo de la Quebrada Honda: en vano Morán, Ote-

ro, Carrillo, Castilla, pistola en mano, en la garganta de la Apacheta, intentaron contener a los fugitivos; la derrota fué completa y no tenía reparación.

San Román, una vez que vió dispersado a Pultunchara, batido a Pichincha, y que escaseaban las municiones, voló hasta Tayataya cerca de Vilque, cuarenta leguas de Cangallo.

La mortandad fue tremenda. Nieto perdió 9 oficiales y 250 soldados; heridos 300 y 6 oficiales. San Román tuvo 10 oficiales muertos y 500 entre muertos y heridos. De los 2,400 que revistó en Cachamarca solo entraron a Arequipa 780.

Ningún cuerpo se distinguió como Ayacucho: compuesto de veteranos de la batalla de su nombre, era el mejor batallón del ejército: en disciplina, movilidad y resistencia habría podido competir con los mejores europeos. Retirada.

Nieto reunió 500 dispersos; hizo dar un paso al frente a los que quisieran seguirle: mandó los restantes (450) con Carrillo a Challapampa, y con Castilla emprendió la retirada a Islay por los altos de Uchumayo y Vitor.

Previamente había destacado a Quirós con 3,000 pesos para contratar en el puerto buques de trasporte. Al llegar Nieto, mandó la caballería con Castilla por tierra a Tacna, y él con Quirós, Morán, Carrillo, Bonifaz, el Dr. Valdivia y su pequeña tropa se embarcó para Arica en la corbeta Libertad.

En Mayo 3, envió a Quirós y al Sargento Mayor Vijil a Chuquisaca a pedir 2500 hombres. Santa Cruz aconsejado por nuestro ministro La Torre, exigió que las corporaciones, las autoridades civiles y las personas notables de Arequipa apoyaran la solicitud, condiciones irrealizables estando la ciudad en poder del enemigo.

## CAPITULO VI

Barbaridades

Los primeros vencedores que entraron a Arequipa se manejaron como una horda de vándalos. En Cachamarca les había ofrecido San Román el saqueo de la ciudad, de manera que la embriaguez más desfrenada, el robo, la violación y el estupro reinaron por algunas horas. Las casas de los doctores Díaz y Castro, y la de Gil Espino fueron saqueadas. A los doctores Dávila y Zuzunaga, y a los señores Genaro Salas y Angel Sanchez los dejaron en la calle de camisa: a D. Jorge Velarde le arrebataron siete onzas, y lo que es más inaudito, a un pobre niño le cruzaron de un lanzaso, y al entregarlo a la madre le preguntaron ,inhumanamente, si había sido de los Inmortales. Solo las casas de numerosa servidumbre pudieron defenderse, hasta que la llegada del Coronel español Escudero restableció el orden como por encanto. Espada en mano se lanzó contra los temerarios cual si fueran enemigos; fusiló a un sargento y a cuatro soldados, y devolvió a la señora Nieto su bolsón lleno de oro. Montesinos, capitaneando a la soldadesca penetró al convento donde la señora se había asilado y dejó que se cometiera el robo y la profanación.

Coronel Escudero.

A Escudero debió su salvación Arequipa.

El General Tristán se apersonó por la ciudad: ofreció 6,000 pesos de su peculio para la tropa, y el comercio, buenamente, lo que fuera menester. Escudero indultó a muchos, y otorgó pasaportes a cuantos lo solicitaron.

Cupos.

San Román, a quien todos creían muerto, se presentó a los siete días, cojeando, para excusar la vergonzosa fuga.

Para colectar fondos apeló a las extorsiones. Al Dr. Fierro le sacó 6,000 pesos; a Ugarte le metió a la cárcel: a Cerf le puso una barra de grillos, y a Ponsignon le maltrató de palabra y obra.

Arrestó a D. Pedro Benavides, a Doña Josefa Melgar, hermana del bardo, y al Dr. Ureta que se libró de 200 palos por sus amistades.

Allanó los conventos de Santa Rosa y Recoleta buscando a los Inmortales; y hubiera seguido adelante en sus tropelías, a no haber protestado en forma el Coronel Escudero.

En la Recoleta, quedó tendido de una estocada, al invadirlo la tropa, Fray Marcelino Cuadros.

El Dr. Andrés Martínez fue nombrado prefecto; se proclamó al General Bermúdez Jefe supremo de la República, y se obligó a las autoridades y magistrados reconocerle. Autoridades

Gamarra que se había separado del centro para asegurarse de las fuerzas del sur, llegó a Arequipa con su señora, y se dispuso a batir a Nieto en su último reducto. Terminados los aprestos, salió la fuerza para Arica, dejando en la ciudad una fuerte guarnición.

Nieto en Arica nombró Comandante del puerto a Morán y se dedicó a fortificarlo: formó terraplenes, levantó trincheras, abrió zanjas, montó los cañones antiguos que allí había y fundió balas y proyectiles de toda clase. Luego pasó a Tacna a levantar el patriotismo y a conseguir dinero, armas y pertrechos, Nieto en Arica

Tacna era una ciudad pacífica e industrial que debía su rápido adelanto al comercio, al trabajo y a la completa abstracción de la política. Bolivia se surtía de sus almacenes. Las moderadas ganancias de su actividad, acrecían el amor de sus hijos, y le conquistaron el aprecio de los extranjeros. En su seno era bien acogido el

diligente, desdeñado el ocioso y aborrecido el revolucionario. A Nieto no le miraron bien.

Hizo entrar en la carrera a Iguaín con el grado de Sargento Mayor y le puso de subprefecto. Mandó a Castilla a Moquegua con la caballería, de avanzada, dejando de guarnición a los Inmortales, y pronto estuvo en condiciones de remitirle a Morán una columna de 200 hombres bien armados y vestidos.

Al avance de San Román se retiró Castilla. Aquel ocupó Moquegua, profanó el convento de Santo Domingo y requisó todas las bestias. Nieto se retiró a Arica, marchando antes parte de la caballería a Bolivia con Quirós y Guarda.

Impide un motín.

En Arica la otra parte se quiso levantar. El General puso la infantería sobre las armas; llamó a los Jefes y oficiales, les habló con energía y les manifestó el peligro de dividirse. Luego invitó a retirarse a los que no querían seguir, con lo que restableció el orden. Para informar al gobierno de estos hechos y pedirle recursos se comisionó a Lima al Dr. Valdivia.

Termina la revolucion.

Con el abrazo de Maquinhuayo y la sublevación del batallón Lampa (30 Ab), que Escudero castigó quintando a los rebeldes y fusilándolos, Gamarra comprendió que todo había concluído. Al efecto le escribió a Nieto (27 Ab.) para que propusiera arreglos, el que contestó que volvieran las cosas al estado que tenian el 3 de Enero. (2 Mayo)

Pacificado el norte y el centro, para conservar un pié en el Perú, Gamarra perjeñó un proyecto de federación que sometió a Nieto, únicamente, porque estaba seguro que Santa Cruz lo aprobaría.

Con este objeto comisionó a Tacna al Coronel Escudero, con Piérola de secretario. Ambos fueron bien recibidos por la noble conducta del primero con los are-

quipeños. Se nombró en comisión para tratar con ellos a los señores Saldivar, Carrillo y Ross.

Escudero abrió la conferencia proponiendo que los departamentos de Arequipa, Puno, Cuzco y Ayacucho se federasen bajo Nieto, con la protección de Santa Cruz. Se le contestó que no estaban autorizados para tratar el asunto, pero que antes de todo era condición ineludible reconocer al gobierno de Orbegozo: con esto terminó la negociación.

Cuando regresó Escudero, llegó la nueva del levantamiento de Arequipa. Gamarra y San Román se encaminaron a Tacna, desocupada por Nieto, el que en Arica se embarcó para Islay, después de haber ordenado a Castilla que con la caballería volase a Arequipa.

## CAPITULO VII

Veamos lo que había tenido lugar. Levantamiento y muerte de Lobatón.

Al tomar tierra en Islay, supo Nieto que la guarnición dejada por San Román había tenido continuos choques con el populacho de Arequipa. No pasaba día sin que hubiesen choques, muertos y heridos. Los Jefes, educados en la maquiávelica escuela de Gamarra, fingían pronunciamientos para apresar en la noche y al siguiente día a los incautos partidarios de Orbegozo. Una noche el Sargento Mayor Lobatón, alentado por el abrazo de Maquinhuayo, se levantó de veras con tres compañías de Ayacucho proclamando a la Convención; el pueblo creyó que era la repetición de la farsa diaria, e indignado del engaño cargó resuelto sobre la tropa, mató al Mayor, al teniente Tirado y asaltó los cuarteles, al mismo tiempo, que las turbas movidas y capitaneadas por Arismendi, Landauri y Rivero, buscaban a Dª. Francisca en la pre- Dª Francisca salva.

fectura y en casa de Gamio. La infeliz se vió en tales aprietos, que para salvar tuvo que tirarse de la azotea al patio de la casa vecina, y de allí, disfrazada de clérigo, pasó a la del frente de donde presenció el asalto y el saqueo de la casa que había dejado. También fue saqueada la de la señora Tristán por haber alojado al Coronel Quiroga. Pasaron de 15 los muertos y del doble los heridos.

Nuevas autoridades.

Restablecido el orden se nombró Prefecto a Llosa Benavides y de Comandante militar al General Tristán.

Poco antes de que esto tuviera lugar, al informarse Gamara en Tacna del pronunciamiento del Paruro en Andahuaylas, dimitió sus poderes en Eléspuru; dejó las tropas a San Román y se puso en camino para Arequipa.

Santa Cruz se había negado a recibir a Doña Francisca. Gamarra tuvo un violento altercado con ésta, la que le hechó en cara sus infidelidades y se separaron para siempre.

Días después, y mientras Gamarra cruzaba el lago para irse a Bolivia, doña Francisca disfrazada de hombre y protegida por el General Tristán, pasó a Islay y en la barca inglesa William Rusthon se dirigió al Callao; aquí se trasbordó a la Jeune Henriette que la llevó a Valparaiso. La sociedad chilena la recibió con la mayor frialdad: los peruanos no la visitaron, y, triste y abatida se estableció en Quillota de donde regresó a Valparaiso una vez que se puso grave. Hizo sus últimos disposiciones; se confesó y recibió el viático con piedad y recogimiento, y el 5 de Mayo, al amanecer, rindió el último suspiro. Mandó que su corazón se depositara en el convento de Santa Teresa del Cuzco, lo que cumplió el Comandante D. Luis La Puerta. Cuando las exequias de Gamarra, se le expuso en Lima, y de allí no se sabe quien se lo llevó.

Muerte de D.ª Francisca (5 May.)

Su muerte se atribuye a la nostalgia en que la su-

mió el menosprecio social, o al desprendimiento de una entraña, que es lo más probable, al tirarse de la azotea de la casa.

Familia de D.ª Francisca.

Era hija de D. Antonio Zubiaga, natural de Guipuzcoa y de la señora Antonia Bernales, cuzqueña. Nació en Huacarcay o Anchibamba, distrito de San Salvador de Oropesa, distante cinco leguas del Cuzco: su padrino fue D. Juan Pascual Loza paisano de su padre. Viudo Gamarra de D. Juana Manuela Alvarado, natural de Jujuí (1813), casó en Lima con ella, y habiendo ido de Prefecto al Cuzco precipitadamente, la mandó llamar y salió a recibirla al pueblo de Suriti, provincia de Anta cerca del Apurimac, donde se velaron. Fue la encargada de recibir y saludar a Bolivar cuando entró en el Cuzco. Madre desgraciada, perdió a todos sus hijos en la menor edad, lo que contribuyó a que quisiera entrañablemente al hijo de su esposo el Coronel Gamarra, por el que hizo un viaje el año 28, hasta la república Argentina, al saber que estaba enfermo.

Dejó dos hermanas, Doña Antonia, esposa que fue del acaudalado D. Antonio Rodríguez, vecino de Lima, y Doña Manuela, esposa de D. Pedro Salmón, que, por muchos años, fue administrador de la aduana del Callao.

Intento de arreglo.

De los fugitivos, Eléspuru nombró en comisión para tratar con Nieto a Escudero, al Coronel Montoya, y al Mayor Novoa de secretario. No estando los poderes en forma, el General se negó a recibirlos. Escudero, de orden de Gamarra, pasó donde Doña Francisca. Eléspuru avanzó a Puno, y de allí le llamó Orbegozo, su cuñado, poco después de entrar a Arequipa (Marz. 35).

En el intervalo, San Román salió de Tacna con la tropa desmoralizada y se encaminó a la frontera. Carrillo le picaba la retaguardia; la dispersión iba en aumento de día en día. Pidió garantías para rendirse; ya era tarde. Arámburu, La Torre, Moya y Lobatón, a quienes escribió

Carrillo se levantaron y reconocieron a Orbegozo.—(Chilota 26 Mayo). San Román solo escapó a Bolivia.

Nieto en Arequipa.

Llosa Benavides remitió 400 mulas a Nieto y le facilitó la entrada a Arequipa (22 May). Ésta fue triunfal: se le llevó en hombros; el regocijo fue general: al hablar al pueblo tuvo que suspender el discurso ahogado por las lágrimas: era todo un valiente, y como tal de muy buen corazón. Restableció al Dr. Cuadros en la prefectura y se dedicó á reorganizar el ejército.

En premio de sus servicios el gobierno le ascendió a general de división, y por dos veces, con generoso desprendimiento, no quiso aceptar.

Campaña de otro género se promovió en Arequipa con motivo de los cupos. El gobierno no había comunicado nada a Nieto sobre la queja de Goyeneche, por estar de fuga en Arica, y el Obispo, maliciosamente, guardaba el secreto para ver si le indisponía con el gobierno.

Conducta equívoca del Obispo.

Al regreso de Nieto se le dieron muchos datos sobre la buen armonía del Prelado con los rebeldes. Había escrito llamando a San Román, y cuando entró a Arequipa celebró un *Te Deum*. A Gamarra le dió el título de "*Secretario General del Presidente provisorio*," y "le felicitó por el triunfo" é "hizo votos porque el Señor le diese acierto y prosperidad" (Cartas de A. Martínez a Bermúdez y Pando. 1834)

Se empeñó con San Roman para que impusiera un fuerte cupo al Dr. Fierro: y a otro amigo de Nieto, el francés Clement Cerf, le trató de hereje e hizo que le metieran a la cárcel. Con Escudero se disgustó porque no quiso hostilizar al Dr. Cuadros.

Al regresar Nieto se renovó la lucha abierta con el Obispo. Se le pidió una pastoral para tranquilizar al pueblo: alegó estar indispuesto. No quiso asistir a los oficios celebrados por el restablecimiento del orden:

pretestó carecer de fondos para las exequias de los muertos en Miraflores y Cangallo: pero nada exasperó tanto a Nieto como la resolución del gobierno, y el saber, que se había obtenido por haber pagado Rivero 50,000 pesos. En represalias, mandó Nieto que se fijaran avisos para vender algunos bienes de la curia.

Nieto en apuros.

En esta crisis, Nieto se dejó arrastrar, desgraciadamente, por el Fiscal Rey de Castro, el que le aconsejó que sometiera a Su Iltma a juicio (23 Jun). El alboroto fué descomunal: las campanas se echaron a vuelo: las monjas movieron al bello sexo: el clero levantó al pueblo, el que armado y borracho rodeó la casa del Obispo En toda la ciudad no se oían sino vivas al gobierno, a Fernando VII y al Coronel Quirós, que, desde el primer momento, había corrido al lado de Goyeneche.

Se apeló a una medida extrema que empeoró la situación. El mayor Ríos y el capitán Lopez pasaron á casa del Prelado a pedir explicaciones. Minutos después salieron más que de prisa. Regresó el Mayor con el pasaporte y la conminación de salir a Islay dentro de cinco horas: se le contestó "que Su Ilustrísima no sale ni saldría, porque el que desprecia al gobierno, no puede exigir que se le respete"

Se devolvió el pasaporte con un familiar, y el Obispo, por prudencia, se refugió en una de las casas vecinas.

El populacho enardecido por el clero se preparó a la lucha: la gente de la campiña voló a la ciudad y acreció el tumulto: las mujeres del pueblo se armaron también, y aun hubo señoritas que de los balcones alentaran con la palabra a las turbas. Nieto y Cuadros se vieron en grandes aprietos. Felizmente, el Coronel Quirós y otras personas de valtimiento mediaron en el conflicto y aplacaron los ánimos, pues la crisis había llegado a tal punto que era inevitable el derramamiento de sangre.

Se revocó el destierro: se restableció algo la tranquilidad, pero no hubo medio de que el pueblo abandonase la casa del Obispo (26 Jun).

Pocos días después de estos hechos, llegó a Arequipa D. Elías Bedoya para ofrecer a Nieto 5,000 hombres de parte de Santa Cruz, arrepentido de no haber mandado antes el auxilio. Pero las circunstancias habían variado. Los rebeldes estaban en fuga y extinguidas las facultades de Nieto.

Propuesta a Nieto sobre Confederación.

Se ignora si Bedoya fué el portador de la propuesta a que se refiere el General, en el Boletín que publicó sobre los sucesos de Arequipa, en que se encuentra el siguiente párrafo: "Los directores de Bolivia (1833) me hicieron reservadamente la propuesta de que proclamase la confederación con el Perú, que, dividido en dos estados, debía unirse a Bolivia. Para llevar a cabo esta empresa se me ofrecieron 100,000 pesos, y 2,000 soldados bolivianos e igual numero de peruanos que se me aseguró estaban en el plan: y que realizado el proyecto sería yo el Jefe Supremo de cualquiera de los dos estados." Nieto no agregó ninguna prueba justificativa, ni podía haberla por tratarse de un acto puramente confidencial.

El General Santa Cruz desmintió el hecho en el Manifiesto que publicó en Guayaquil el año 41: pero entre el político ambicioso del aplauso de la posteridad, y el caballero distinguido que siempre fue esclavo del honor y de su palabra, el historiador imparcial se limita a hacer notar la contradicción.

Nueva alarma

Algunos meses después (3 Oct.), siendo prefecto Miller, se alarmó la ciudad a la noticia de haberse armado un complot para asesinar a Nieto. Éste y el prefecto volaron a los cuarteles: Morán le habló al pueblo, y a su cabeza restableció la tranquilidad, mandando preso a Lima al ex-ministro Martínez.

# CAPITULO VIII

Orbegozo aprovechó del entusiasmo del primer momento para crear el regimiento 28 de Enero, en el que se enrolaron muchos jóvenes decentes de la capital. Orbegozo en Lima: decretos juicios.

Restableció el despacho de aduana en Lima, y fijó los derechos la mitad en bonos y la otra en metálico, atrayéndose al alto comercio con la derogación del reglamento del año anterior.

Al mismo tiempo que aprobó la ley de amnistia en favor del infeliz soldado que, inconsciente, sigue a sus Jefes, mandó abrir juicio a los Generales Salazar, Cortez, Aparicio, Egúsquiza, Pardo de Zela y Borgoño. Salazar probó que había tenido que aceptar para evitar un gran peligro. Aparicio y Pardo de Zela fueron puestos en libertad. A Borgoño le suspendieron el generalato por un año, y le dieron licencia para ir a Chile (28 Mar. 34); y a los otros dos se les sometió a un examen más detenido, pero en 17 y 22 de Abril se mandó cortar los dos juicios.

También fueron sometidos a juicio, Vidal, Torrico y Raygada, pero antes de tocar este punto, tengo que dar las explicaciones prometidas a f. 20, por tratarse de personas que ejercieron más tarde, dos de ellas, la primera magistratura. Malos manejos

La conducta de Vidal había dado mucho que decir. El 11 de Enero se pronunció por Orbegozo en Lambayeque, y habiendo venido a Trujillo con el Comandante Rivas y 250 hombres, se dió con Torrico y Raygada que, sin embargo de haber reconocido al gobierno, mantenían correspondencia secreta con Gamarra y Ber-

múdez. El primero mandaba Zepita N.° 2. y ambos acordaron atraerse a Vidal. Torrico le rodeó de atenciones y cuidados para inspirarle confianza. Le leía la correspondencia de Lima, ocultándole lo que no convenía, y le llegó á persuadir que una vez disuelta la Convención, era Bermúdez el que gobernaba el país.

Una vez que le vió engañado, hizo que le escribiera a Boterín para que se pronunciara con la corbeta Libertad en favor de Bermúdez, y que principiara a hostilizar a los amigos de Orbegozo. Al efecto, hizo expulsar de Trujillo a los Señores Lopez y Cabrera: por su indicación se allanó la casa del prebístero Amorós, creyendo encontrar documentos importantes, e impidió que Riva Agüero, llamado por Orbegozo, desembarcase en Lambayeque.

Cerdeña en peligro.

En esto llegó a Huanchaco de Santa Rosa la corbeta con el General Cerdeña y su secretario Forcelledo, y Vidal, que ya había firmado una acta secreta con los dos Jefes mencionados plegándose a Bermúdez (16 En), mandó prender al último luego que supo que había desembarcado, esperando encontrarle comunicaciones de Orbegozo. Carrera, secretario de Vidal, amigo del gobierno, favoreció la fuga de Forcelledo, el que llevó la alarma a la corbeta que en el acto zarpó para el Callao.

Estos abusos y tropelías alarmaron a los patriotas y a los amigos de Orbegozo: unos y otros se pusieron con afan a buscar un caudillo que representara y sostuviera los intereses del gobierno. Se recordó el encono que había dejado en Salaverry el encuentro de la Garita de Mochi, y, sin vacilar, se le estimuló ofreciéndole toda clase de recursos para que se pronunciara.

Se busca a Salaverry.

Movieron también al Zepita, pero sus gestiones no

fueron tan eficaces como los desaciertos de las autoridades contra las que conspiraban.

Torrico, autorizado por Vidal, vendió los cañones de la batería de Huanchaco a un compadre de Gamarra, a medio real la libra de cobre; dispuso de parte del dinero y el resto lo disipó en el juego. Conocido que fué el hecho, los tenientes Gonzales y Collazos se prenunciaron por Orbegozo; prendieron a Torrico, y Vidal se les escapó con algunos gendarmes: Raygada no estaba en Trujillo.

A Salaverry se le presentaron en Santa de improviso, su esposa, su hermano Rivero y el procurador Cedrón expulsados de Trujillo, lo que bastó para decidirlo a pronunciarse por Orbegozo, y con las pocas fuerzas que allí había se puso en marcha para San José, donde fue bien acogido y armó en parte la tropa. Luego pasó a San Pedro, e informado del levantamiento del Zepita, voló a Trujillo, a mediados de Enero. La alta clase lo rodeó solícita y compitió en emulación para armar y municionar a la fuerza. Pronunciamiento contra Vidal.

Se componía ésta del 2°. escuadrón de Granaderos del Callao, Zepita N°. 2; y guarnecían Piura una compañía de Pichincha y dos mitades de caballería.

Torrico logró escapar de la prisión y se presentó a Salaverry, el que, por respetos profesionales, se abstuvo de castigarle, limitándose a decirle que pasara a Lima a explicar su conducta al gobierno.

De Trujillo pasó Salaverry a Huamachuco; disolvió algunas partidas de gamarristas (16 Feb), adoptó medidas para resguardar los bienes de Orbegozo, y de orden superior llevó Zepita a Huaraz para reunirlo a la 1.ª y 6.ª compañía del batallón, que el Mayor Rivas había hecho pronunciarse por el gobierno. Poco después se le agregaron 100 hombres que en Huari abandonaron a sus capitanes Uría y Bermúdez. Movimientos militares.

De orden superior, Salaverry entregó estas fuerzas al General Plaza, conservando el mando del Zepita con el que regresó a Trujillo. Por estos servicios Orbegoso le ascendió a Coronel, y le dispensó tal confianza que le fue fácil abusar de ella al favorecido.

Nuevos sucesos

Cuando se presentaron en Lima, Vidal, Torrico y Raygada, el gobierno los sometió a juicio, en el que se llegó a acreditar que el primero había sido engañado por los otros dos. Los sucesos obligaban a salir al gobierno, y no considerando prudente dejar en Lima a los enjuiciados, se cortó el juicio (28 Marzo), remitiendo a Vidal a Chachapoyas para no perder a un valiente, y desterrando a los otros a Centro América. A Torrico le habilitaron con 600 y a Raygada con 1.000 pesos.

Durante la navegación prendieron al capitán, tomaron tierra en Santa Elena, siguieron a Guayaquil, donde atacaron por la prensa a Orbegozo.

Olvidándose de este proceder incorrecto y confiando en sus amigos o en la bondad del gobierno, Torrico se vino del Ecuador, y al saber que se le había borrado del escalafón militar se embarcó para Chile.

## CAPITULO IX

Sale a campaña

Una vez que Orbegozo terminó sus preparativos, estando reunida la Convención, a mediados de Marzo, delegó sus facultades en Salazar y Baquíjano, y, seguido de un pequeño ejército partió para el centro por la quebrada de San Mateo.

Su secretario era el Coronel Villa, y en su comitiva figuraban La Fuente, Comandante general del ejército, Riva Agüero, Comandante general de Junín, y otros Jefes de nombradía (29 Mar.)

El Coronel Valle Riestra quedó al frente del ministerio de guerra, y el Dr. Leon del de gobierno y relaciones por renuncia del Dr. Corvacho.

Los fuerzas enemigas eran para desalentar al gobierno. En Junin, Ayacucho N.° 2 y los regimientos Cuzco y Granaderos del Callao. En Ayacucho, Ayacucho N.° 1 y primer escuadrón de Húzares, con Eléspuru y Frías. En el Cuzco, Pultunchara con Quiroga, otro escuadrón de Húzares, ambos al mando de Bujanda, y en Puno, San Román con Pichincha (600.)

Operaciones militares.

Necochea destacó de Huamantanga al Teniente Coronel Panizo en persecusión de Gamarra, al mismo tiempo que Miller picaba la retaguardia de Bermúdez por el camino de Jauja.

A fines de Febrero, Panizo se movió sobre Ondores; cerca del pueblo batió a los facciosos, matándoles 7 hombres y tomando 18 prisioneros, entre ellos al Comandante Castañeda. Él perdió al capitán Vasquez, que era un buen militar (26 Feb.)

Miller, en apoyo de Panizo, ocupó Carhuarcayan, donde se le preguntó bajo qué condicioues aceptaría la rendición. Gamarra había sido recibido a balazos eu el Cerro pronunciado por el Coronel Quirós (9 Feb). El gobierno le contestó que le garantizase la vida y sus bienes si salía del Perú.

Miller cruzó el rio de Ondores, a vista de Bermúdez que pudo destrozarle con facilidad, y se situó en Huaypacha cuando éste ocupaba Tarma. De aquí vinieron en su busca y le atacaron a la vez en Cacas, Oroya y Ucumarca (12 Mar.), donde Solar con 60 hombres y 30 caballos rechazó a 130 de Piquiza y 30 de caballería. Él perdió al teniente Galvez, y los otros al capitán Angulo, y además a 18 de tropa.

Bermúdez regresó a Tarma con la cuarta parte de su gente, perseguido por el Mayor Herrera.

Miller recibió en Huaypacha al Zepita (25 Mar). que Salaverry trajo de Trujillo (17 Feb.)

En 1.° de Abril, Miller y Bermúdez se movieron al sur por las dos riberas del río, y cuando el último entraba en Huancayo, Miller ocupaba Chongos, donde le reforzaron los escuadrones de Suarez y Luján y algunos desertores. Del puente de Izcuchaca se apoderó el Mayor Crespo con una brillante carga a la bayoneta, obligando a Bermúdez a seguir a Ayacucho. Miller pasó a Huancavelica y extendió sus avanzadas hasta el alto de la quebrada de los Molinos.

Bermúdez se dió con Frías en Acobamba. De esa posición, a la vez que amenazaba Ica, pronunciada por Orbegozo, podía acudir al centro cuando se le llamara; plan aprobado por Gamarra cuando pasó con su esposa al Cuzco.

Orbegozo en Jauja.

En el alto de los Molinos chocaron las avanzadas: derrotada la de Miller se replegó a Huaylacucho.

Orbegozo, entretanto, había llegado a Jauja (8 Mar) con un Estado Mayor numerosísimo. Había general que tenía 14 o 15 ayudantes. Pasó revista a las tropas, y al saber la concentración del enemigo en Acobamba reforzó a Miller con 2 batallones que llegaron a Huaylacucho en la noche del 16 de Abril. Después de dos horas de descanso se dispuso la línea colocando a la derecha a Pichincha, al centro Lima, y a la izquierda Zepita con los escuadrones que mandaba Loyola; 1350 hombres. Orbegozo y el Estado Mayor se alojaron en la plaza.

Huaylacucho (17 Ab.)

Huaylacucho es un pueblecito miserable a legua y media al occidente de Huancavelica, situado en una hoyada formada por tres barrancas profundas abiertas al oriente. Las de los costados son muy escarpadas e inac-

cesible la del fondo; la quebrada la recorre a lo largo un pequeño río. Basta esta ligera descripción para comprender que no podía ser más desventajosa la posición en que se había hecho acampar al ejército.

Al amanecer del 17, el enemigo mandó una columna a tomar la barranca de la derecha. El Comandante Solar fue a impedirlo con una compañía, y aunque se el reforzó con alguna tropa y después con el Pichincha, lo escarpado de la quebrada lo obligó a retroceder. Tomado el flanco, a fuegos convergentes y del alto no era posible resistir; se pronunció la derrota, y en gran desorden y alboroto se cruzó el río, dejando el suelo cubierto de cadáveres. Salaverry al ver el descalabro, avanzó de la izquierda y colocó en la orilla al Zepita para detener al vencedor y facilitar la fuga de los vencidos.

Muerte del General Frías.

Durante la refriega la caballería se había mantenino firme. El General Frías créyó atraerla con su influencia, por haber sido antiguo Jefe de ella, pero al acercarse con un oficial y cinco soldados, de orden de Loyola cargaron los escuadrones, y el General y su gente fueron materialmente despedazados. A Frías le despojaron de sus prendas y aun de sus vestidos.

Por su reconocido valor, Frías era el alma de la revolución. Soldado a carta cabal; valiente hasta la temeridad, frugal, diligente, severo mantenedor de la disciplina, era arbitrario y duro como digno subalterno de Gamarra.

Días antes, en Ayacucho, por haberse negado los señores Cueto y Ruiz a darle la suma que les pedía, les mandó aplicar cien palos, dejando al primero moribundo y al segundo enfermo hasta que murió.

Parece que el General presintió su fin. Mes y días antes le escribía a Bermúdez (21 Feb.): "Deseo mucho

que nos reunamos y metamos la cabeza de una vez, aunque la mía se quiebre por ser la primera."

Los derrotados, unos cruzaron el río y otros el puente que conduce a San Cristóbal. Loyola los reunió y organizó. Al pasar lista, se contaron 50 muertos, 32 heridos, entre los que mencionaremos al capitán Tafur y al teniente Soldevilla, y 200 dispersos. A las 7 p. m. pernoctaron en la hacienda de Acobambilla, y en la madrugada continuaron la marcha para Izcuchaca donde estaba Orbegozo: cortaron el puente para impedir la persecución y el 19 ocuparon Huancayo.

## CAPITULO X

Sigue la campaña.

La derrota no abatió al presidente. Desde que subió al mando se le había manifestado favorable el Coronel Echenique, el que después le escribió de Matucana diciéndole, que estaba arrepentido de militar con Bermúdez. Luego que los vencidos se reforzaron en Jauja con el escuadrón y las piezas que trajo Riva Agüero, ocuparon Huachucucho, camino de Huancayo, donde suponían a los revolucionarios.

No era asi. Bermúdez avanzó a Matahuasi (22 Ab), y creyendo aprovechar del desaliento en que suponía a Orbegozo, comisionó al Mayor Saldías con proposiciones de arreglo, y le dió a la vez cartas subversivas para que las repartiera a los Jefes y oficiales.

La gestión fue contraproducente. Saldías era de los de Echenique, y no solo le enseñó a Orbegozo la nota de Bermúdez al Consejo en que le proponía la paz con tal que se desconociera a la Convención, sino que le reveló que la reacción germinaba en las filas contrarias mer-

ced al influjo de Cerdeña. Orbegozo, al día siguiente, se puso en marcha y ocupó Maquinhuayo.

Con Echenique estaban los Coroneles Allende, Medina; los Comandantes Ugarte, Layseca; el Sargento Mayor Frisancho; los capitanes Rueda, Tezanos Pinto, Corazao, Castañeda y Picoaga; el capitán graduado Saldías y los tenientes Ureta y Zornoza: es decir, los más conspícuos de los rebeldes. Reacción a favor del orden

El 23 en la noche, sin estrépito, ni desorden, anunciaron éstos a Bermúdez su determinación de someterse a Orbegozo, dándole facilidades para que fuera a reunirse a Gamarra; y se comisionó al Coronel Sierra y al capitán Carabantes para anunciar al presidente tan fausto acontecimiento. Ambos ejércitos se movieron a Maquinhuayo a las 11 a. m. del 24 de Abril; formaron pabellones, y llenos de júbilo corrieron a abrazarse, orgullosos de haber puesto término a la guerra civil. Abrazo de Maquinhuayo.

En conmemoración del suceso se decretó, que se levantara en el lugar una columna con esta inscripción: "El amor a la patria unió aquí a los que en el mismo sitio y en la misma hora se iban a batir, y convirtió en campo de amistad el que iba a ser de sangre. Abril 24 de 1834." Al batallón Frias se le denominó Maquinhuayo.

La tranquilidad se fué restableciendo a medida que se propagaba la noticia de la conciliación. La guarnición de Huancavelica (3 May); el batallón Paruro, Coronel Guillén en Andahuaylas; la compañía de granaderos del Mayor Leon en Santa Rosa; la provincia de Castrovirreina, y el Cuzco, bajo Bujanda, se sometieron al gobierno, si bien éste le escribió a Gamarra, *que había procedido así temiendo que otro se pronunciara y le tomara preso.* (17 May). Pronunciamientos.

Disponía Bujanda del batallón Quispicanchi (700),

Teniente Coronel Aranzabal; del escuadrón Lanceros (150) capitán Barra; la artillería, Coronel cívico Pozo, y un piquete (30), capitán Mar.

Regreso a Lima.

De Maquinhuayo el ejércitó pasó a acantonarse en Jauja, y Orbegozo pasó a Lima, en la que fué recibido espléndidamente el 6 de Mayo.

Para reparar el desastre de Cangallo, decretó el bloqueo de Islay y cerró los puertos de Intermedios, medidas que no se ejecutaron con motivo de la dispersión de los rebeldes.

Se festejó el triunfo con un soberbio banquete en palacio. A los postres, y cuando todos estaban entusiasmados con el restablecimiento del orden, Salaverry, copa en mano, dejó cortados a los conciliadores: "Brindo, señores, dijo, porque aprovechemos de la traición y despreciemos al traidor." Algunos hubieran deseado que se los tragara la tierra.

## CAPITULO XI

Somos esencialmente revolucionarios.

Creo que es peculiar de la América Latina, el dejarse mecer por la ilusión que sofocada una revuelta, no se presentarán otras durante un largo periodo. Pocos son los persuadidos que tenemos inoculado en la sangre el virus revolucionario, y que faltan todavía muchos años de muertes, sangre, estragos y tropelías, para que vivamos tranquilos a la vez que horrorizados de las calamidades de la política. Las inhumanaciones repetidas e inesperadas, y los hospitales repletos de heridos, son legados funestos de las emancipaciones prematuras. Las promesas y espectativas revolucionarias y políticas son tan falaces como los juramentos del timbirimbero. Con cien años mas de guerras civiles vendrá al fin la verdadera libertad.

Desde que La Fuente se presentó en Lima, se rodeó de un círculo sospechoso en el que figuraban los gamarristas y los desairados del gobierno. Manejos subversivos.

Las visitas eran a Vidal, a Torrico y a Raygada, presos en Santa Catalina, y en una ocasión se prestó a llevar carta de éste a Salaverry, en la que le decía, que en la situación del país, era La Fuente el único que podía salvarlo.

Sostenía en público y privado, que la Convención se había exlimitado al nombrar presidente provisorio, y que no habiendo habido elecciones, era él el único presidente legal.

Cuando Orbegozo marchó al centro insistió en que le llevara. para vengarse, según decía, de las tropelías de Gamara. Se le nombró Jefe de Estado Mayor, y su primer paso fué colocar a militares sospechosos e ineptos, y el segundo sembrar la discordia entre extranjeros y peruanos. Al presidente le ocultaba la posición del enemigo, y hubo vez en que escapó de caer prisionero solo por milagro.

Después de Huaylacucho celebró un conciliábulo en su casa para concertar la manera de separar a los Jefes extranjeros.

Intentó seducir al Coronel Arguedas y al Comandante Noriega *para un paso que se debía dar en honor del ejército.* Desairado por los dos, se opuso a que el primero, después del abrazo, marchase al sur con el general Otero.

La noche aquella que llegó Saldías, repartió boletines de Bermúdez contra los Jefes extranjeros, contando que este acto se lo imputarían al parlamentario.

Hecho el pronunciamiento en Matahuasi, pidió y obtuvo que se le comisionara a tratar con los rebeldes. Se le ordenó que tomara la división Bermúdez y la trajera a

Jauja. Él se permitió otorgarle garantías a éste y a Pando: olvido del pasado a nombre de Orbegozo, cuando los desdichados estaban en una situación tal que hubiera sido difícil, con los pueblos sublevados, que hubieran podido llegar a Ayacucho.

Ambos le habían escrito a Orbegozo (Pampas 27 Ab), ofreciéndole salir del país y retirarse a la vida privada. El olvido absoluto era una gracia. Ya hemos visto en la pág 49 lo que contestó el gobierno a Miller sobre las garantías; y no era lógico que a los rendidos se les hiciera más concesiones que a los que tenían las armas en la mano.

Para justificar sus procedimientos, Orbegozo publicó un folleto titulado la *Razón Motivada*, del que protestó Salaverry porque en el se le presentaba como denunciante de los planes de La Fuente.

Loya refutó el folleto (Set, 10–34) a nombre de la Subirat, sosteniendo que al esposo de ésta se le había autorizado para dar esas garantías en carta de 28 de Abril; pero habiendo sido otorgadas éstas el 24, basta la cita para abrumar al refutador. Orbegozo cometió el error de mandar suspender esta publicación.

Otra insolencia y desacato de La Fuente fué nombrar de ayudante al capitán Navarrete, asesino conocido, a quien extrajo de la cárcel de Jauja. Orbegozo le volvió a meter.

En el mismo pueblo alojó en su casa a Pando y a Bermúdez, y en su precencia y de muchas otras personas, discurrió largo sobre la ilegalidad de la presidencia.

Cuando vino trayéndolos a Lima, los dejó en Santa Clara temiendo las iras del populacho, y con Orbegozo sostuvo un violento altercado por haberle echado en cara éste su mal proceder.

Bermúdez y Pando creyeron conjurar la tormenta

presentándose como prisioneros en el castillo de la Independencia.

Baquíjano y Riva Agüero de un lado, y de otro, la familia Mar y Tapia, expulsada del Cuzco por Bermúdez (Marz.), indujeron a Orbegozo a que expulsara a los tres: viendo vacilar a éste, La Fuente continuó sus visitas al castillo, a los disgustados del gobierno y a los gamarristas.

Estos manejos sospechosos en cualquiera, eran demasiado alarmantes en el detentador del año 29, por lo que se le mandó preso al castillo, y el 16 de Mayo fue deportado a Punta Arenas en Costa Rica. De allí se vino a Guayaquil poco después (Ag). Destierro de La Fuente.

Los mismos detenidos se encargaron de colmar la medida. Para reparar la falta o malicia de La Fuente, se le pidió a Bermúdez las notas para que los Jefes del sur reconocieran a Orbegozo: las entregó, y al leerlas, se vió que hablaba del *gobierno legal* en abstracto, cuidando de no reconocer al actual.

Tanto no era posible soportar. Respetando las garantías concedidas después a los rendidos (25 Ab.) por el Coronel Panizo, se mandó salir del Perú a Pando y a Bermúdez. El primero pasó a Chile y más tarde (6 Set) a España; y el segundo a Costa Rica, satisfecho con la pitanza de 2,000 pesos que le mandó dar Orbegozo. En 13 de Mayo se despidió en una hoja suelta del Perú (Callao).

## CAPITULO XII

El gobierno dictó algunas disposiciones que merecen mencionarse detalladamente.

Accediendo a la solicitud de la colonia británica, y pa- Cementerio de Bellavista.

ra prevenir los ultrajes del populacho al cementerio protestante de S. Lorenzo, el gobierno le concedió una gran extensión de terreno en Bellavista para un cementerio, con el gravamen de un peso al año en reconocimiento del dominio. Poco después amplió el donativo para la habitación del guardián (27 varas por 28), y siguiendo las tropelías e insultos de la plebe cada vez que había una defunción, hubo necesidad de dictar un decreto severo contra los insolentes (22 Ab 34).

Modelo de Estadística: una buena descripción.

Este año se publicaron dos trabajos de mucha importancia: la Estadística del Dr. Choquehuanca que el gobierno mandó que sirviera de modelo a las subprefecturas; y la descripción de la provincia de Maynas del Coronel Requena y del subteniente Salinas Zenitagoya.

Vía fluvial al Atlántico

Los oficiales de la fragata inglesa Samarang, fondeada en el Callao, SS. William Smith y Frederick Lowe, animados por su compatriota Mr. John Thomas, vecino de Lima, por el Consul inglés Bedford Wilson y el Comandante de la fragata, emprendieron la ardua tarea de descubrir un camino o salida al Atlántico, siguiendo la corriente de uno de los tributarios del gran Amazonas.

El ministro de relaciones Dr. Leon y el de guerra y marina, General Valle Riestra, les ofrecieron la protección oficial, y al efecto, se nombró el Coronel Althaus, al Mayor Beltrán y al teniente Azcárate para que los acompañaran, ofreciendo hacerlo voluntariamente el diputado Valdizán y el Dr. Villarán cura de Panao.

Para protegerlos de los caníbales Cashivos cuyo territorio tenían que atravezar, se les prometió alguna tropa en Huánuco, y terminados que fueron los preparativos dejaron Lima el 20 de Setiembre, provistos de cartas del Arzobispo para el Jefe de las misiones en el Ucayali, el Rev. Pad. Plaza. En Obrajillo se les reunieron Valdizán, Azcárate y Beltrán: en Culluay (26 Set) Althaus y el ca-

pitán Cañas, y siguieron por el portachuelo de la Viuda. Diezmo, Tambo Inca y Cerro de Pasco donde los recibió y trató bien el prefecto Quirós. Siguieron a Huarjaca y llegaron a Huánuco, donde el teniente Brousset los esperaba con 9 soldados para escoltarlos; pero tanto el prefecto de este lugar como el del Cerro, les manifestaron que, aparte de la fuerza, no habían recibido orden para prestarles otra clase de auxilio. Tuvieron pues los viajeros que comprar bestias y lo demás necesario con su dinero para continuar el viaje. De Huánuco continuaron por Panao, Chaclla, Cruzpata, Muña y Pozuzo, donde vieron que no tenían elementos para emprender la navegación fluvial, por lo que resolvieron regresar a Huánuco por la via de Cocheros, Chinchao y Casapi. Llegada a Huánuco.

En Huanuco tropezaron con algunas dificultades. Ni el gobierno, ni la prensa se cuidaron de explicar cual era el objeto importantísimo de la expedición, por lo que los cultivadores de coca recibieron mal a los viajeros, sospechando que con el descubrimiento de los plantíos de los salvajes, bajaría considerablemente el valor de la hoja, que constituía la riqueza del departamento. Althaus, las autoridades y la comitiva, tuvieron que desengañar a los vecinos explicándoles cual era el verdadero objeto del viaje, y solo asi se pudo conseguir las bestias, guias y provisiones que les eran necesarias. Resistencias locales.

El 1° de Diciembre salieron para Cascay, Acomayo, Cocheros y Casapi, donde fueron atendidos por el portugués S. Martinez que era propietario de una hacienda a orillas del Huallaga. Un Sr. Ruiz, empleado de éste, se comprometió por 200 pesos a dejarlos en Sarayacu.

De Casapi pasaron a Chinchao; aquí se embarcaron en el Huallaga y pasaron por Caracol, Cayumba, Malpaso, Juana del río, Uchiza, Tocache, Sión, Lupuna, Pachiza, río de Huayabamba, Juanjui, Anchuayo, Salinas Se embarcan en el Huallaga

Rev. Pad. Mariano de Jesus.

de Pilluana, Shapaja, Tarapoto y Chamta, donde los trató afablemente el misionero Mariano de Jesus. Pasaron al río Chipurana; arribaron a Yanayacu, y de allí mandaron a Ruiz, que, de paso, diré, fue el angel bueno de la expedición, donde el padre Plaza, con la carta del Arzobispo y otra del mayor Beltrán. En Santa Catalina, el enviado le hizo creer a los indios, que un sacer dote, un general y un santo venían a visitarlos, y esto bastó para los Jefes se vistieran de gala, y, seguidos del pueblo, llenos de contento, salieran a recibirlos. En la plaza pública le hicieron los honores a una mesa enorme cargada de frutas, guisos y bebidas del lugar.

El Rev. Padre Plaza.

En Yapaya encontraron al Padre Plaza (2 Feb), el que vino a su encuentro rodeado de miles de sus catecúmenos. El misionero los abrazó a todos con efusión como antiguos conocidos, asegurándoles que disfrutarían de todas las comodidades que el lugar podía ofrecer. Los indios de uno y otro sexo los abrazaban también dándoles el título de "amigo," unica palabra castellana que conocían, y porfiaban entre ellos para llevarlos a sus casas, atenderlos y agasajarlos.

Faltos de dinero, el Padre les facilita el viaje.

De Yapaya pasaron a Sarayacu y se alojaron en el convento, regalándolos todos los días el Padre con platos de aves y peces exquisitos. Se consultaron con él sobre la manera de proseguir el viaje, y les contestó que sin recursos o dinero era imposible pasar al Pará, pues tenían necesidad de 300 peones por lo menos para descargar y trasportar las canoas en los rápidos que eran muy numerosos. Le ofrecieron al Padre mandarle 50 libras oro del Pará, y les observó que solo al contado se podía contar con los indios. Le expusieron que no tenían dinero, y entonces el Padre examinó su equipaje y les ofreció, en cambio de ciertos objetos, algunos productos, tales como zarzaparrilla, caucho, gomas, resina, de

fácil realización en los lugares del tránsito. Hecho el arreglo tuvieron que esperar que estuviera lista la pacotilla.

Durante el acopio se dedicaron a la caza, a la pesca y llovieron las atenciones. El padre les refirió que desde 1801 había entrado a Sarayacu, y que con el auxilio del Padre Mariano de Jesus había podido reunir 2,000 indios, catequizarlos y construír la iglesia y convento de su orden. Incuría del gobierno.

En tan largo trascurso del tiempo, el gobierno del Perú jamás se había acordado de las misiones: renta no tenían; nunca habían recibido un centavo del fisco, y merced a su constancia habían podido sostenerse, siendo esta la primera vez habían recibido de Lima comunicaciones oficiales.

Anonadado de asombro se queda el pensador y el filósofo ante tanta abnegación. Dos infelices frailes, sin soldados, sin armas, sin apoyo ni subvención fiscal; con solo una cruz, una fe y una creencia; pobres, humildes, desvalidos, habían conservado la soberanía del Perú sobre cientosde leguas cuadradas y fundando un pueblo con iglesia, convento, calles y plazas bien distribuidas, y casas para más de 2000 catecúmenos, que vivían en orden sin jueces ni autoridades. Los libres pensadores, los tribunos y oradores de plazuela, los literatos a la violeta, con singular desenfado se mofan de esa religión divina que es la única que puede operar estos portentos; pero los que estudian a fondo las cosas, los espíritus serenos y los corazones generosos, se inclinan reverentes ante estos héroes del cristianismo que, con la mirada al cielo, desdeñan las glorias mundanas y hasta los aplausos de la historia. Solo la religión puede hacer estos prodigios.

El patriotismo verdadero no puede permanecer indiferente ante un hecho tan sublime, y pide que se Es necesario un monumento.

levante un monumento que conmemore a las edades futuras el nombre de esos dos singulares y benefactores misioneros.

A principios de Marzo (6) se separaron el Mayor Beltrán y el teniente Ascárate de los ingleses, y por Yurimaguas, Moyobamba, Chachapoyas, Cajamarca y Trujillo llegaron a Lima.

Los marinos entraron al Ucayali, siguieron por Tierra Blanca, isla de Sacarata, Tepisha Nueva, Tapiche y entraron al Marañón el 15 deFebrero a las cinco de la tarde. En Nauta los recibió y trató bien el gobernador D. Ramón Enriquez. De allí pasaron a Omaguas, Iquitos, Manito, Oran, Pebas y Tabatinga. El 28 llegaron a San Pablo (llamado también Olivenza, y por otros Yavary), donde compraron un buque pequeño al S. Bentez en el que entraron al Pará término de su viaje. (29 de Mayo) El 14 de Junio se embarcaron en un bergantín inglés para Barbados, donde se detuvieron algunos días, y después, se dieron a la vela para Inglaterra, llegando a Falmouth el 5 de Agosto de 1835.

## CAPITULO XIII

Renuncia la presidencia

El regreso de Orbegozo coincidió con la llegada a Lima de la noticia de la derrota de Cangallo. La consternación fue general. Se creyó al gobierno al borde del abismo. Orbegozo presentó su renuncia y al mismo tiempo que ordenó el bloqueo de Islay, mandó a Cerdeña a Ica a levantar una división. (6 Mayo).

Se tiraron hojas sueltas contra Gamarra y Bermúdez que eran leídas con avidez. Doña Antonia Bernales, madre de la Zubiaga, se las arrancó en la calle al vende-

dor y le dió de bofetadas, y esto que bastó para que la plebe enfurecida persiguiera a la Señora hasta su casa y la saqueara en un santiamén.

Al tumulto la Convención se reunió en el acto; no aceptó la renuncia, y concedió al gobierno facultades extraordinarias para dominar la situación.

Facultades extraordinarias

Al efecto, se creó una Junta de purificación para excluir a los bermudistas, y se borró del escalafón a Gamarra, a Bermúdez, San Román, Escudero, Vargas, Gamio, Bujanda, y, más tarde, a Torrico y a Raygada, declarando que los cuatro primeros no podían volver al Perú.

El ministro Corvacho no quiso quedarse atrás (Mayo 34). Habiendo denunciado un artículo de El Telégrafo, la Municipalidad declaró que no había lugar a formación de causa, y, disgustado, mandó preso al torreón al administrador del periódico S. Bueno. Poco después, por igual motivo, desterró de Lima al administrador de la imprenta Republicana S. Concha. No se fundan democracias con semejantes tropelías.

Abusos del Ministro Corvacho.

Siendo Chile el mercado principal de nuestros productos y habiendo subido el precio del trigo, se nombró de ministro plenipotenciario, previa consulta a la Convención, a D. Santiago Távara, secretario a Escobedo, y ayudante a Valle Riestra, con la misión de celebrar un tratado de comercio (9 Jun).

Ministro en Chile.

Entonces, vencidos y vencedores, quien lo creyera! se lanzaron ávidos contra la caja fiscal. La Convención y el gobierno lucharon en emulación para conceder ascensos. Pasaron de 300 los conferidos. Grandes Mariscales, Miller y Necochea: Generales de división, Orbegozo, Otero, Plaza, Nieto: de brigada, Castilla, Valle Riestra, Loyola, Quirós, Salaverry, el que a poco fue nombrado Inspector general del ejército, con facultad de enviar a las provincias inspectores subalternos, jefes de instruc-

Ascensos a granel

ción, ayudantes; proponer ascensos hasta Teniente Coronel, y, más tarde, sin reflexionar que una elevación tan rápida le haría perder el seso al más cuerdo, le nombraron Gobernador de las fortalezas y de la plaza del Callao. Se había puesto la base para otra revolución. Con premios inmerecidos o exagerados se alimenta el orgullo y se da pábulo a la jactancia. En la democracia no hay más que llaneza, verdadero mérito, sincera abnegación.

Se busca el apoyo de la plebe

No teniendo apoyo Orbegozo en la alta clase social a la que pertenecía, por ser ella desde entonces indiferente a la política, y notando que el ejército le desdeñaba por no ser militar de escuela, organizó al populacho en clubs que dirigía un desalmado matón llamado Zumaeta (*Muerto frío*).

Secretos

Reglamentó las municipalidades y la Beneficencia de Lima, la que se compondría de 40 socios y atendería a la Inclusa, a las cárceles y los hospitales. En la capital habían 6: S. Andrés, S. Bartolomé, Santa Ana, Caridad, S. Juan de Dios y S. Lázaro que funcionaban; y 4 más para las epidemias: Incurables, Barbones, Espíritu Santo y Camilas.

Reglamentó la policia y dictó oportunas disposiciones contra la vagancia (25 Set): dictó el reglamento de Jueces de paz e instaló solemnemente el Consejo de Estado (30 Junio): le componían Salazar y Baquíjano, que lo presidiría; Moreyra, Corvacho, Palomino, Noriega, Villarán, García de los Godos, Iturregui, Bermejo, Oyarzabal, Delgado, Calvo, Macedo, y Cano, que era el secretario.

En la misma fecha declaró vigente la ley por la que nadie por podía ser expatriado sin sentencia judicial, debiendo tratarse como piratas a los capitanes de buques que deportaran a algún ciudadano (20 Nov. 32).

Nombró una comisión reformadora de las Ordenanxas, compuesta de 10 mienbros.

La nueva constitución, promulgada y jurada por el gobierno y las autoridades (18 Jun.), puso término a las facultades extraordinarias. Ella estableció el principio saludable que las sentencias debían ser públicas y motivadas. Constitución.

Se dió la ley de elecciones, y al efecto se convocó a los colegios de parroquia y de provincia para el 2 de Setiembre; y la de premios y medallas para los vencedores y los que siguieron al presidente a los castillos.

A fin de establecer relaciones permanentes con la Santa Sede, con aprobación del congreso, se nombró de ministro al Dr. Dieguez. (14 Julio).

La Convención creó un Consejo de guerra el que se compondría de 3 Generales del ejercito, uno de la armada y 3 Vocales de la Suprema. La presidencia le correspondería al General de mayor grado y antigüedad.

El 28 de Julio, un paso cómico que pinta admirablemente a un hombre singular de fama inmerecida, y que además da idea de la cultura social, tuvo lugar en palacio. Al felicitar a Orbegozo el Dr. Vidaurre, como Presidente de la Corte Suprema, con su acostumbrado aplomo y prosopopeya, entre otras cosas, le dijo: Escena cómica.

"La tempestad ha pasado. La nave después de muchos contrastes ha llegado al puerto. Se perdieron las velas: se rindieron los mástiles; faltaron las clavazones: terrible destrozo. A carenarla, a carenarla en el momento. Continue sus viajes con mayores auspicios. Perversos pilotos la condujeron a escollos donde debió fracasar. La sabiduría y la prudencia la dirijen con dulce céfiro en mar pacífico. La aguja señala el rumbo. Aunque algún viento opuesto al aquilón quiera trastornarla, —*a la bitácora, señor, a la bitácora*, no separar de

allí los ojos. La tormenta será muy pasajera: lograremos de un cielo claro y sereno, de una primavera continuada, de un perpetuo maridaje de la libertad e independencia."

Risas reprimidas se escucharon en el salón. Orbegozo y los ministros no pudieron permanecer serenos. Se popularizó el dicho para expresar el trabajo a machote, y el discurso se repetía y comentaba en todos los círculos cuando se quería excitar la hilaridad de la concurrencia.

Elecciones. Malicia de Salaverry.

Se aproximaban las elecciones. Salaverry le aconsejó al presidente que se fuera al sur para asegurar su nombramiento, y también, que llamara a Nieto y le encargara la Inspección general del ejército. De esta manera alejaba al enemigo y se aseguraba del segundo, único que podría contrarrestarle.

Esta malicia la apoyó Castilla, prefecto de Puno, sin darse cuenta. A principios de Octubre le escribió a Orbegozo, que el Coronel Echenique movía el sur en favor de Santa Cruz: que 2.500 bolivianos se acercaban al Desaguadero, y que Salaverry desde Lima apoyaba estos desórdenes. Miller le escribió sobre el último en el mismo sentido.

Las cartas no alteraron la confianza que se tenía en el joven gobernador. Se apresuró la partida. Difícil es descubrir a la perfidia cuando media nuestra conveniencia.

Consultado el Consejo autorizó la marcha, y para obviar dificultades le concedió a Orbegozo facultades extraordinarias por tres meses.

Jubileo Santo

Completaremos este capítulo de digresiones, con el Jubileo Santo decretado por su Santidad Gregorio XVI, cuya bula obtuvo el pase el 5 de Setiembre de 1834. En 26 del mismo mes se dispuso por el Arzobispo Bena-

vente, que los ejercicios espirituales se seguirían desde el 2 de Octubre hasta el 7 de Diciembre: que el jubileo comenzaría el primer domingo de adviento, duraría tres semanas y terminaría el 27 de Diciembre. Durante él, atrajo mucha concurrencia a la catedral la palabra eficaz del Rev. Pad. jesuita Aguilar, el que desde entonces hasta un fallecimiento, no tuvo superior en la elocuencia sagrada.

El 9 de Noviembre salió Orbegozo de Lima, y Baquíjano prestó juramento al día siguiente. Su primera disposición fue que con su sueldo se reparase el palacio de gobierno y que el sobrante se devolviera a la caja. Orbegozo dirigió una proclama a la nación, y, seguido de un batallón y un escuadrón tomó el camino de Ayacucho, llevando de Jefe de Estado Mayor a Valle-Riestra, el que dejó el ministerio al Coronel Fernandini (11 Nov). Sale Orbegoso al Sur.

En Huamanga quiso Orbegozo conocer el famoso campo de Ayacucho y solemnizar allí el aniversario. El ejército a las órcenes del General Tristan formó en batalla durante la misa de gracia. El sermón lo pronunció el Rev. Pad. Blanco capellán de S. E. Aniversario solemne (9 Dic.)

La linea se formó en este orden: a la derecha, al mando del Teniente Coronel Gonzales, los batallones Pichincha, 3 de Enero y el 1°. de línea: al centro, una columna de los veteranos de Ayacucho con el Coronel Casanova: a la izquierda, Defensores de la Libertad con el Mayor Urías. A retaguardia el escuadrón Guías Coraceros con el teniente Coronel Luján, y la escolta al mando del hijo de Orbegozo. Durante los oficios se hicieron tres descargas. Al terminar, Orbegozo y Casanova le hablaron al pueblo y le conmovieron hasta hacerlo verter lágrimas. Solar también tomó la palabra.

En seguida la tropa formó pabellones; la caballería clavó sus lanzas; y todos corrieron a dar un abrazo a los

veteranos de la columna sagrada del centro. Era el tributo del corazón al valor legendario.

En el banquete posterior se brindó por Bolivar, por San Martín, Sucre, Córdova, y, sobre todo, por el virtuosísimo La Mar, que cual estrella luminosa en la constelación de tantos malos gobernantes que después nos deparó el cielo, nos sirve aún de pauta para presentarlo a la juventud como modelo político digno de imitarse. Quitados los manteles, principió el baile al que concurrió la selecta sociedad de Ayacucho, y al terminar, cuando el generoso Frontignan empezó a surtir sus efectos, se veía a un teniente tocando ataque; a un Comandante cuadrándose con un fusil; a un capitan batiendo una bandera; a un Mayor redoblando, orgullosos todos de la clase humilde que desempañaron en las batallas legendarias. Lo más conmovedor de la historia es la ebullición del patriotismo.

Entra al Cuzco

Orbegozo entró al Cuzco el 26 de Diciembre, y se le recibió con grandes fiestas en las que se repartieron monedas de plata y cobre.

Aquí vino a darse cuenta de las tentativas de Gamarra, La Fuente y Salaverry para trastornar el Estado, y que a todos ellos no los movía la grandeza de la patria sino el interés personal.

D. Casimiro Lucio de la Bellota, San Román, Urbina, Montesinos, Ponce y Salcedo eran los agentes de Gamarra. Con el primero tuvo Orbegozo un violento altercado, del que resultó que Bellota, Bujanda. Infantas y 17 más tuvieron que ir a presentarse al Jefe del ejército del sur en Arequipa.

Habiéndosele preguntado a Orbegozo en un círculo politico sobre la federación, contestó con sagacidad, recordando a Santa Cruz, que sobre punto tan grave decidiría el congreso.

Rodeado de personas que le eran hostiles, decretó la pena de muerte contra el espía y los que no denunciaran una revolución.

El General O' Briend, abusando de la hospitalidad y del respeto que se le dispensaba por consideración a Santa Cruz, se puso al frente del populacho embriagado (20 En), y quemó en la plaza pública las Memorias del General Miller. Decía, que se había apropiado las glorias de sus compañeros. El autor, que estaba en el Cuzco, se creyó suficientemente vengado del ultraje y falsa imputación, con la turba de borrachos que aplaudián y acompañaban al incinerador.

Quema de las Memorias del Gen. Miller.

Orbegozo mandó al batallón Libres a Arequipa, y, habiendo sabido a principios de Marzo, el pronunciamiento de Salaverry, se dirigió a Puno con el propósito de tener una entrevista con Santa Cruz. En el Cuzco dejó a Miller de Comandante general, con orden de pasar a Ayacucho con Pichincha y el escuadrón 13 de Enero, tomar allí al batallón Ayacucho y apoderarse del valle de Jauja.

## CAPITULO XIV

Bajo muy malos auspicios se abrió el año 35. La tentativa de Becerra, la revolución de Selaverry, la invasión de Santa Cruz, las incertidumbres de Orbegozo, los varios pronunciamientos y cambios de Gamarra, lo hacen uno de los más tristes e interesantes de nuestra historia.

Año fatal.

El 1°. de Enero a las 5. 30. a. m. el sargento Becerra con el batallón Maquinhuayo se sublevó en el castillo proclamando de Jefe Supremo al General La Fuente, el

Motin de Becerra. Aparición de La Fuente.

que se había presentado el día anterior en el Callao, a bordo del bergantín sardo Octavia Carolina, solicitando que se le sometiera a juicio por las imputaciones que se le habían hecho. Cuando se verificó el pronunciamiento tuvo la prudencia de trasladarse a la corbeta de guerra americana Fairfield.

En el castillo fueron víctimas de Becerra. el capitán Villalba que mandaba la guarnición, y cuatro infelices mujeres a las que las balas no respetaron: se apresó al General Loyola y a los Jefes y oficiales. La Fuente recibió orden de dejar el puerto inmediatamente.

Grande fué la inquietud en la capital. En los primeros momentos, Nieto y Salaverry volaron a las fortalezas con algunas tropas. El Consejo de Estado autorizó al ejecutivo para aumentar la fuerza armada y levantar empréstitos.

Toma de las fortalezas.

A las 9 de la noche se rompieron los fuegos: un círculo de guerrillas mandadas por Carrillo, que se renovaban cada hora, envolvieron a los castillos hasta las 10 de la mañana. Al amanecer el Teniente Coronel Arrieta los atacó con 48 hombres por la ciudad: Solar por la puerta del Socorro, al mismo tiempo que el Mayor Arnaes les llamó la atención con una pequeña columna por Bellavista.

A las 10, habiendo disminuído el fuego de los sitiados, Salaverry creyó que era el momento oportuno de hablar con Becerra, y hacer valer su influencia por haber sido su jefe. Por medio de un corneta le hizo llamar: habló unos minutos con él, y lejos de reducirle, recibió orden de alejarse de prisa y en el acto, bajo la amenaza de hacerle fuego. Cuando se retiraba se desprendió del castillo un piquete para prenderle, y esta felonía le enfureció de tal manera que, al llegar al campamento, dió orden de marchar al asalto.

Nieto a la cabeza de los Hñzares que mandaba Caravedo, y Salaverry con una compañia y un piquete de caballería se precipitaron sobre el glacis de la muralla. Ginetes e infantes llegaron al puente levadizo: le forzaron, bajaron y penetraron al castillo en medio de una lluvia de balas, en tanto que las tropas de la reserva sin esperar órdenes se unieron a los asaltantes y escalaron las murallas. Los primeros en dominarlas fueron el Sargento Mayor Torres, el capitán Funes y el teniente Herrera, en el orden que van mencionados. La rendición fue incondicional.

Los rebeldes perdieron 13 hombres; los asaltantes 4, entre ellos al teniente García y 9 heridos. Becerra y 40 de los suyos fueron sometidos a juicio sumario y pasados por las armas. El General Loyola llegó a probar que los soldados habian estado sin paga y alimento 48 horas.

Complicidad de La Fuente.

Aunque esta declaración, y el hecho de haber ofrecido La Fuente su espada al gobierno le podrían excusar, habían otros antecedentes que le eran desfavorables. Conspirar era su elemento: vivo el deseo de vengarse de Orbegozo: de Guayaquil salió con el nombre de Manuel Gundián: a su llegada se precipitaron los acontecimientos: el asilo después de la rendición le acusan, y en el Cuzco se le predijo al presidente lo que tendría lugar.

Sale á Chile

Notificado La Fuente por el ministro de guerra Fernandini para que dejara el puerto, ofreció hacerlo en la goleta Isabel, pero habiendo manifestando temor que después de embarcado se le extrajera, el gobierno pagó 12 onzas por su viaje en la fragata americana Perla, y el 9 de Enero salió para Chile.

No se dejó de observar que habiendo sido llamado La

Fuente por el ministro Zavala, éste no dió un solo paso para sacarle de sus dificultades.

El juicio contra Loyola se mandó cortar, pero él renunció la gobernación. Nieto, por segunda vez, no quiso aceptar las palas de general división.

Matias Maestre

El mismo día murió en Lima un hombre notable, D. Matías Maestre, al que debemos muchos servicios. Fue natural de Victoria, Viscaya (24 Feb 1766), hijo legítimo de D. José Maestre y de Doña Antonia Alegría Quilchano, y, desde pequeño, reveló que era un artista. Llegó a Lima en 1785, y aunque se dedicó al comercio dió a conocer en breve sus felices disposiciones para la arquitectura, por lo que el Virrey Croix le encomendó la construcción de un fuerte en Huarochirí. Se ordenó de sacerdote en 1793, y como verdadero ministro del altar se distinguió desde el principio por la caridad y el desprendimiento: costeó los gastos de la toma del velo de una novicia y vendió sus bienes para repartirlos a los pobres. Fue Sacristán Mayor de la Iglesia de San Marcelo, hasta que el Arzobispo La Reguera le elevó a Prosecretario de cámara (1796), encargándole que coleccionase las buenas memorias de la diócesis. En sus ratos desocupados estudiaba la pintura y la arquitectura de las que dejó obras notables, tales como el Cementerio general, la torre derecha de la catedral y la de San Lázaro, desquiciadas por el temblor del año 28; el altar mayor y el de la Antigua de la primera, que hoy ya no existen, y muchos cuadros de la sala consistorial del Cabildo eclesiástico.

Refaccionó los templos de San Pedro, Santo Domingo, San Agustín y San Francisco, y construyó la casas de ejercicios de los Descalzos y Santa Rosa de las monjas. El Protector le nombró miembro de la Sociedad patriótica; le encargó el estudio de la emisión del

papel moneda, y le agregó a la Municipalidad cuando se emprendió la refacción y mejor arreglo de los hospitales. La disposición de los salones de la Biblioteca corrió a su cargo, y al discutirse en el congreso (1822) el plan financiero, la Comisión de hacienda le llamó para consultarle a sus sesiones nocturnas. Abogado de pobres y director de Beneficencia hasta que Orbegozo la reglamentó. Miembro perenne de ella después: director de la casa de ejercicios de mujeres llamadas de Córdova, por muerte de D. Tomás Gorozabel; serio, grave, generoso, lleno de virtudes, la calumnia no podía encontrar blanco más codiciado para sus envenenados tiros, y le imputó vicios desdorosos a sus votos, rodeándole asi de esa aureola de dolor que enaltece y honra a los discípulos del Crucificado.

Fundó la casa de maternidad que dirigió por 30 años gratuitamente; dió ideas para la contrucción del panóptico, y puso los cimientos de la fábrica de un hospital que no se pudo terminar por las convulsiones políticas.

Cuando Santa Cruz estuvo al frente de la Junta de gobierno, le concedió cartas de naturalización y ciudadanía.

Muchos de sus cuadros adornan las iglesias de Lima, y en el incendio de la capilla del Milagro (14 Ene. 2 a. m. 1834) desaparecieron algunos de los mejores.

Formó el Indice de las capellanías del arzobispado: escribió la historia de los arzobispos, ilustrándola con retratos sobre bronce grabados por él: hizo un compendio de la crónicas del Perú y compuso un tratado sobre el sesto orden de arquitectura.

En las exequias solemnes de los personajes, era él el que trazaba, armaba, adornaba y embellecía los túmulos y catapalcos.

Entregó el alma al Señor el 9 de Enero de 1835 a la una del día. Tenía 70 años, 15 días. España perdió un hombre ilustre y el Perú un incansable y abnegado benefactor.

En 1º de Setiembre de 1857, la Beneficensia de Lima pagando una deuda sagrada de agradecimiento, mandó que se trasladaran sus restos, y los de D. Antonio Chacón, otro benefactor que legó su fortuna a los pobres ($ 260,000), a un modesto mausoleo que se levanta hoy en el Cementerio general.

## CAPITULO XV

Finanzas

Al dejar Gamarra la presidencia se debían 48,000 pesos a la lista civil, 70,000 a la militar, 55,000 á la escuadra, 80,000 a la moneda y 250,000 al comercio con hipoteca de la aduana. De estas cantidades, en el espacio de 6 meses, solo pudo pagar Orbegozo, como ya he dicho, 35,484 pesos en la Moneda, empleando el resto de las entradas ($ 241 992) en los gastos de la guerra. Bermúdez y Gamarra para sostenerse le habían sacado al país 665,000 pesos.

Ejército

Establecida la paz, la medida administrativa más apremiante fue reducir los gastos, y al efecto se redujo el ejército a 7 batallones: Pichincha, 3 de Enero, Legión Peruana, Defensores de la Libertad, Cazadores del Rimac, Ayacucho y Maquinhuayo. El regimiento de Húzares de Junín, los escuadrones Lanceros de Arequipa, Cazadores de la Libertad y Guías, componían la caballería. En la artillería había una sola brigada.

Pero ¿de qué servía esta sabia disposición, dejando en pié otro ejército de militares, muchos de ellos en las asambleas, en las sub-inspecciones, en las Mayorías de

plaza, en la comisión de reforma de los códigos militares, en la comisaría general de marína, y empleados excedentes en los ministerios, a los que se daba sueldo para que no se lanzaran a la revolución? La fuerza pública es una necesidad inaplazable para conservar el orden; pero mantener ociosos para contar con ejército, es un círculo vicioso en que solo incurre una mala administración.

Los ascensos y la reforma pusieron al Estado al borde de su ruina. A la renta de los beneficiados había que agregar la del destino cuando era llamado al servicio. Incapacitada la hacienda para atender a los pagos, el número de los descontentos aumentaba diariamente.

La guardia nacional, que no prestaba servicio alguno, costaba muchísimo; y la cuenta de los Jefes por bagajes y traslaciones era bastante crecida.

Las Mayorías de plaza, de más o menos importancia según los departamentos, tenían igual dotación de empleados.

Se sostenían oficinas, como las comisarias de marina y artillería, que habrían podido sustituirse con una mesa en el ministerio.

La armada compuesta de buques viejos e inservibles gastaba mucho en reparaciones. Con el importe de ellas y el valor de los buques se habría podido tener unos cuantos rápidos y buenos.

Falta de unidad administrativa.

La unidad administrativa no existió jamás, ni había esperanzas de establecerla. No había subordinación jerárquica. La mala ó buena educación distinguía a los subalternos insolentes de los cumplidos.

Abusos de los prefectos.

Hacía tiempo que los prefectos de la Libertad, Ayacucho, Cuzco y Puno no rendían cuentas de los ingresos. Muchos de ellos pagaban cuentas sin orden del gobierno, y de

allí que algunos empleados percibieron sueldos duplicados: ya era un general a quien se obligaba a devolver en el Cuzco el sueldo que se había hecho pagar en Ayacucho: ya un diputado a quien se le quitaba la renta de una fiscalía que no desempeñaba: ya un desterrado a Manila que se hacía pagar dos veces los 600 pesos del viaje: ya un fiscal de la Suprema que se negaba a despachar en lo administrativo, porque según la ley tenía que acusar, terminado el periodo, al Presidente y a los ministros: pero qué, si hasta los convencionales demoraban la clausura para gozar de más dietas!

El mismo desorden reinaba en las aduanas. La de Lima no rindió cuentas durante los años 1830, 1832 y 1833. Alejada la marina mercante española no había tenido reemplazo, y las revoluciones desanimaban a las importadores. En 1834 la de Lima solo produjo 1.089,954 pesos, y en proporción, las demás.

La Caja de Amortización tampoco rindió cuentas en 1832 y 1833. Los prefectos no remitían el contingente mensual de 15,000 pesos.

Vida aventurera. Aversión al trabajo.

Las guerras civiles, o mejor diré, los ascensos por escaramuzas habían acostumbrado al pueblo a la vida aventurera. En cada familia había un militar por lo menos. Se creía que el trabajo personal, la industria, la agricultura, el comercio eran una degradación. Ni lo más inteligentes aspiraban a la categoria cívica de ser contribuyentes. Personas acaudaladas no se avergonzaban de solicitar puestos humildes que apenas podían servir para pagar a la lavandera; lepra social que, triste es decirlo, se ha propagado mucho el día de hoy.

Llevados de este mal ejemplo, los mozos y sirvientes, a la menor revuelta, abandonaban el trabajo para enrolarse en las montoneras y vivir del robo y el saqueo.

Malhechores

Las medidas contra la vagancia y el reglamento de sere-

nos, no pudieron impedir que los caminos estuvieran plagados de malhechores, y que los asaltos y robos se cometieran a menudo en la misma capital.

Al ocio y a la falta de iniciativa, agreguemos el desenfado con que las autoridades legales o improvisadas oprimían a los capitalistas. A cada paso había que habilitar al gobierno y a los insurrectos a la vez, sin que el desembolso de ayer sirviera para excusar la resistencia de hoy. Unos y otros se titulaban *constitucionales*, con derecho a sostenerse a costa de los vecinos, y asi, los Goyeneche, Gamio, Tristán, Hurtado y Ugarte en Arequipa; Candamo, Barroeta, Allier y Rodrigo en Lima, después de habilitar al gobierno tenían que suministrarle fondos a los revolucionarios, y viceversa.

Como estos ataques a la propiedad se repetían a menudo, el capital se expatrió voluntariamente, privando a la industria y al comercio del elemento principal del movimiento mercantil.

Se defraudaba a la nación pública y privadamente. Contrabandos.

Los innumerables decretos aduaneros no habían impedido el contrabando, el que, según el gobierno, había adquirido proporciones alarmantes. Muchos empleados de hacienda formaban parte de compañías de contrabandistas.

En Piura, Pacasmayo, Lambayeque y Huanchaco se improvisaron fortunas.

El temor a la revuelta se llevó hasta proponer el desarme del Callao. Esta idea descabellada la propuso, quién lo creyera! el ministro de hacienda Zavala, encargado de resguardar la principal entrada de la república, como si por el temor de un motín o asonada, se había de exponer al insulto o al atropello de una potencia cualquiera el pabellón nacional. Idea fatal.

La agricultura y la mineria en total decadencia. Agricultura y mineria postradas.

Faltas de brazos, no obstante el decreto que permitía la internación de esclavos americanos (10 de Marz); oprimidas alternadamente por el gobierno y los revolucionarios, sin orden ni garantías; asaltadas por malhechores y montoneros; pagando las contribuciones coloniales en estado de paz, languidecían vegetando, siendo feliz el industrial que con sus rendimientos sostenía a su familia.

Con tan escasos recursos, un gobierno débil que trató de consolidarse confiriendo ascensos a granel, aumentó sus dificultades.

## CAPITULO XVI

Reconocimiento de la independencia.

Seriamente contraída la atención del gobierno a las revueltas intestinas, no pudo apoyar las gestiones de Inglaterra ante la corte de España para obtener el reconocimiento de la independencia de las repúblicas sud-americanas. La ocasión no podía ser más propicia. El Ministro de la Reina Regente, Cea Bermúdez, había cambiado de ideas, y estaban en buen pié las negociaciones; pero habiendo sido invitado el Rey Fernando por el Estado Oriental para restablecer el virreinato en Buenos Aires, Perú, Chile y Bolivia, acogió con avidez la oportunidad de normalizar la sucesión al trono y de pacificar el reino, ofreciéndole una espléndida corona al pretendiente D. Carlos. Con este motivo quedaron a un lado las gestiones del gobierno inglés; pero habiendo muerto el Rey fracasó la innoble tentativa del Uruguay.

Si a estos graves asuntos externos no atendía Orbegozo, poco o nada se preocupaba de los interiores. Las elecciones se aproximaban: era menester cambiar en titular la presidencia provisoria.

La instrucción pública era muy deficiente: de documentos oficiales consta que en este ramo éramos los más atrazados en Sud América. Los particulares pagaban por sus hijos muy buenas pensiones en planteles deficientes organizados por la especulación. Los ricos contrataban maestros en casa, que recibían buen sueldo por soportar el engreimiento o la insolencia del alumno. Instrucción primaria.

En Lima había dos aulas de latín, una en Santo Tomás, y otra en la Cascarilla, sin útiles de ninguna especie. Una escuela central lancasteriana de primeras letras en Santo Tomás, con mesas y bancas unicamente, en la que los niños tenían que llevar pizarra, tinta, tiza y papel, era la única estable de instrucción primaria. En el hospital de San Lázaro se establecieron dos para niños y niñas, que no pudieron funcionar hasta que el párroco proporcionó los útiles necesarios.

Orbegozo instaló el Colegio de San José para huérfanos, (25 May) pero no tuvo entereza para obligar a pagar a la municipalidad y a la Caja de amortización los 4,000 y 7,000 pesos anuales que, respectivamente, debían al ramo de enseñanza.

En la instrucción superior, solo es digno de mencionarse que por renuncia del Dr. Agüero fué nombrado Rector del Colegio de la Independencia el Dr. Cayetano Heredia (Ab. 34): y que se restableció el Colegio Militar según el decreto del 30 de Noviembre de 1826. Instrucción superior.

Merece una palabra de encomio la sociedad de Beneficencia, que este año (30 Nov.) abrió el hospital de San Andrés y el manicomio.

Se celebró un contrato con D. Tomás Gil para arreglar y tener expedita la carretera del Callao, concediéndole el derecho de cobrar peaje (24 Jul).

Las leyes españolas subsistían en toda su fuerza, pero a su gran número que traían consigo el embrollo y

la chicana, había que agregar que unas eran inconducentes, otras inoportunas por anticuadas, y muchas contrarias a los principios democráticos; siendo lo peor que las autoridades encargadas de aplicarlas no las conocían o las interpretaban mal, haciendo eterna la tramitación.

Para remediar el mal, la Corte Suprema celebró una sesión en la que se acordó que su presidente el Dr. Vidaurre redactase un proyecto de códigos, el cual sería examinado por una comisión compuesta de los doctores Araníbar, Figuerola y Perez Tudela, y corregida por el Dr. Cabero. Los 40 pesos asignados al amanuense no se pagaron jamás. Vidaurre levantó una suscripción entre sus amigos, y como éstos pagaban puntualmente y nunca vieron una foja, se negaron a seguir, y el Dr. se quedó con sus manuscritos, si es que llegó a escribirlos. Esta es la historia lamentable de todas las comisiones en el Perú.

La administración de justicia aliada permanente de la fortuna, se doblegaba humildemente a los empeños y a las influencias. "Gamarra y Bermúdez, decía Orbegozo al cerrar las sesiones de la Convención, dejaron en el país muchos prosélitos, que no son encausados porque las fórmulas del foro son interminables e ineficaces."

Dr. Maruri de la Cuba.

Parece contradecir esta afirmación el hecho, que habiendo descubierto la Corte Superior de Lima, que el vocal Maruri de la Cuba, íntimo amigo de Gamarra, había sido condenado por calumniante por la Suprema (13 Oct 26), en la causa con D. Vicente León, se sobrepuso al espíritu del cuerpo y le condenó en primera instancia a perder el empleo (13 Feb 34). Desgraciadamente, esta entereza laudable tuvo lugar porque el protector ya no mandaba y no había que temer. Poco después, habiéndose descubierto que Maruri, Rodulfo y Pardo eran agentes de Gamarra, se mandó que el vocal saliera de Lima, y los otros del país, si bien en Mayo 26 se revocó la orden con

tra D. Felipe. La Suprema revocó también el auto contra Maruri y le devolvió su puesto en la Superior (Ag 12).

Aun los hombres más ilustrados que habrían debido dar ejemplo, eran remisos en el cumplimiento de su deber Los representantes de entonces como los de hoy, eran los más persuadidos de la inutilidad de las sesiones parlamentarias. Luna Pizarro no salía de palacio conversando de política. Vijil no iba por haber tenido un disgusto con otro diputado. Mariátegui, y la mayor parte por incuria o indiferencia. Dolencias sociales.

Pocos eran los pretendientes que se conformaban con un empleo. Vagos, ignorantes y descamisados llenaban palacio solicitando un destino. Sin preparación para el comercio, sin el ingenio que requiere la industria, sin la constancia que demandan los trabajos agrícolas, o servían al gobierno o se lanzaban a la revolución. De treinta personas, solo una vivía de su trabajo: las demas, ignoraban lo que vale el esfuerzo y la actividad individual.

La política, la caída del gabinete, el nuevo ministerio, los escándalos parlamentarios, que son el tema de las tertulias de los grandes capitalistas en los países adelantados, eran aquí la charla favorita de los barberos, de los estudiantes ociosos y de las comadres del barrio.

La ciencia o el arte mataban de golpe la conversación. Trabajar era ocupación de esclavos y de los extranjeros. La fortuna debía improvizarse, y de allí la inclinación natural a la revuelta, a la lotería o al juego. Se puede decir que el gobierno fomentaba el ocio, porque a la menor noticia o suceso halagador, un tratado de alianza o de comercio. un encuentro de tropas favorable, el cumpleaños del presidente, se concedían dos o tres días de fiesta.

Con ideas tan absurdas crecían las pretenciones con Ideas estravagantes.

la insuficiencia; y la altivez y el descaro, con los puestos arrancados por el favoritismo o por el temor.

Con semejantes elementos no era posible fundar una democracia. Pretendemos amar la libertad y ser republicanos, cuando en realidad somos y hemos sido siempre esclavos del poder y de los que gobiernan. Superiores y subalternos sirven al Estado por la pingüe renta de que disfrutan, sin que entre en ellos para nada la idea del deber; la obligación de apoyar al que tiene derecho; la de repeler el agravio, el abuso y la tropelía de donde viniere: la de conservar el orden, y, por último, la de velar por el estricto cumplimiento de la ley.

Prensa.

La prensa no era el reflejo de la opiniónpública: poco o nada se preocupaba de las cuestiones económicas, políticas o sociales. Vivía de la diatriba, de la sátira y de la oposición sistemática. *El Limeño*, *El Voto Nacional*, *La Conquista y El hijo del montonero*, eran los diarios más insolentes. Sojuzgada bajo Gamarra, no tuvo una palabra de aliento para Orbegozo que la devolvió sus fueros y pacificó la república, sino que, al contrario, se lanzó a hostilizarle, contribuyendo asi a cimentar la anarquía que arruinó al pais. El gobierno tuvo que apelar a la Caja fiscal para defenderse, y asi gastaba 575 pesos mensuales en subvencionar al *Genio del Rimac, al Constitucional y al Montonero*, y, después, vencida la revuelta, tuvo que amordazarla.

Nulidad de los políticos de la América Latina.

Sospecho que Bolivar no ha estado quieto en su tumba. Su muerte prematura fue un presente de la Divinidad. Proclamó libres a los que merecían cien años más de esclavitud. Sus sucesores fueron una multitud de infelices, elevados a la magistratura por un destino implacable, para poner en ridículo la tarea contraproducente del emancipador. A ellos se debe el estancamien-

ta político de la América Latina durante casi un siglo; la farsa eleccionaria, el nepotismo y la empleomanía; la incompetencia del empleado público: los congresos de políticos temerarios y demagogos ventrales, y, en paises como México y el Ecuador, la felonía, la farsa y el asesinato sustituyendo al sufragio libre.

¡Qué contraste! Mientras en América se contempla con dolor este embrollo político interminable, allá en las apartadas regiones del ocaso, en medio de las rayos y truenos de la tormenta, la lluvia de fuego de los volcanes, las ráfagas furibundas de los tifones, se ve a un pueblo amarillo levantarse en los brazos de sus hijos, y en diez lustros, ponerse al nivel de las primeras potencias del mundo! Reves histórico abrumador para los estadistas de esa raza blanca desdichada, que ha cien años domina de la boca del Colorado al Cabo de Hornos.

Condiciones para la democracia.

Moralidad, buenos usos y costumbres; persuación de que el trabajo es el único que ennoblece; amor y respeto a la ley, son las condiciones que debe reunir un pueblo para constituirse en república. Los turbulentos, los aspirantes y corrompidos nacieron para ser esclavos, porque ya lo son de sus pasiones. La libertad no puede existir y sostenerse sino con la abnegación, el altruísmo y la virtud; y cuando los mandatarios no atienden sino a su conveniencia, y desempeñan el puesto como una granjería y no como una pesada carga, ya se puede predecir que pronto presenciaremos los estragos del despotismo o los horrores de la anarquía. Después de la muerte de Sócrates murió la libertad en Atenas: César, mientras vivió Ciceron, no pudo ser tirano de Roma: Napoleón no hubiera tratado despóticamente a la Francia y a la Europa entera, sin las infamias y los crímenes de la revolución.

Esta rápida ojeada nos revela que el mal no era

del momento sino que procedía de los fundadores. Habían querido equiparar a un petimetre limeño, con un alumno esclarecido de Nueva York: a un pardo radical declamador de Caracas, con un orador concienzudo de Washington; y a un pelucón cursi de Santiago, con un comerciante honrado de Boston, como si fuera posible el símil entre los que tenían entonces y tienen hoy ideas tan distintas sobre la iniciativa individual, el decoro, la patria, el poder, las leyes y la sociedad en general.

## CAPITULO XVII

En el estado calamitoso en que he descrito al Perú una catástrofe era de esperarse.

Revolución de Salaverry.

La toma del Castillo de la Independencia realzó el mérito de Salaverry por haber sido su principal hecho de armas. En Nieto todo parecía natural y poco meritorio: se referían de él otras hazañas y proezas. Se confió al vencedor la fortaleza tomada, y al General se le nombró gobernador de la plaza del Callao.

El batallón Maquinhuayo de 400 plazas que mandaba Rivas, guarnecía el castillo, en el que habían además algunos artilleros para el servicio de las piezas (300).

Los gamarristas conociendo el flaco de Salaverry le incitaban a levantarse proclamando a su caudillo, y él los supo engañar tan bien que Bujanda le entregó 20, 000 pesos de orden de Gamarra.

Muerte del Dr. Muñoz.

El 23 de Febrero, cuando se deploraba en Lima la muerte del Dr. Muñoz, sacerdote distinguido, teólogo y canonista, alumno de S. Marcos y Santo Toribio, cuyo nombre figuraba en dos constituciones, muy de mañana, se levantó Salaverry en el batallón, y ofició a

Baquíjano desconociendo su autoridad. Nieto fue tomado en el Arsenal y en la Peruviana se le mandó a Panamá. Al Maquinhuayo se le denominó Victoria.

Rivas fue destacado a Lima con dos compañías, mientras se preparaba Salaverry a seguirle en caso de resistencia.

Rivas y el oficio llegaron a Lima al mismo tiempo. La consternación fue general. No se pensó sino en la fuga. Necochea reunió en la plaza de la Independencia al batallón de cívicos, a los Húzares, y a las fuerzas de policía, total 800 hombres, y les habló de la necesidad de sostener al gobierno; y, para animarlos, les dió la noticia que los atacantes no eran sino 300. El silencio más sepulcral acogió sus palabras: murmullos y cuchilleos se oyeron por aquí y allí; y luego tuvo lugar un desbandamiento general. Apenas quedaron 70 hombres con los que escoltó a Baquíjano seguido del ministro Leon, Riva Agüero, Aparicio, Vidal, Pardo de Zela y Loyola. Al pasar el puente de piedra se desertaron algunos con 7 oficiales, y la pequeña comitiva tomó el camino de Canta. Fuga de Salazar y Baquíjano.

El Consejo de Estado se reunió precipitadamente, y con arreglo a la atribución 4ª del art. 101 de la Constitución, autorizó al ejecutivo para adoptar las medidas necesarias: y que en caso de que se le depusiera, reasumiera el gobierno Orbegoso, con plenas facultades en cualquier parte del territorio. Consejo de Estado.

Esta resolución adolecía del defecto de no enumerar las facultades extraordinarios (art 27 Const.), y no considerar que la presidencia de la república quedaba suspendida de hecho, cuando el ejecutivo mandase en persona el ejército o se aumentase más de ocho leguas de la capital (art 83. Const).

Rivas, entretanto, se apoderó del cuartel de Santa Ocupación de Lima.

Catalina, y con los Húzares y gendarmes dispersos engrosó sus filas.

Salaverry esperó que Baquíjano estuviera más allá de la distancia legal, para declararse Jefe Supremo, en mérito de la acefalía del mando, y haber salido Orbegozo al sur, a disponer en su favor los colegios electorales. (25 Feb)

Nuevas autoridades y decretos terroristas

Nombró a Layseca prefecto de Lima, y a Bujanda Gobernador del Callao: puso a Salmón en la escuadra, y entre sus edecanes distinguió siempre a su cuñado el Sargento Mayor Pérez.

Expidió una proclama y otorgó premios a los que le secundaron. Levantó un empréstito voluntario que no dió resultado; y apeló al sistema de cupos de 4 hasta 20,000 pesos, pagaderos en el acto bajo amenaza de embargo de bienes y venta al mejor postor. El canónigo Tagle fue lanzado de su casa con su familia, sin respetar a una anciana moribunda. D. Miguel Blanco entró a Santa Catalina donde le remacharon una barra de grillos. Candamo y otros capitalistas pasaron a la cárcel: D. Santos Gao a Casamatas. Los hacendados, huerteros y panaderos tenían que dar dos o cuatro hombres, según sus proporciones, o dos o cuatro caballos, amenazándolos con cárcel, grillos o fusilamiento. Al comercio se le impuso 60,000 pesos pagaderos en 15 días; vencido el término sin haber cumplido, los principales fueron detenidos, y se les dió cinco días de prórroga con el aumento de 2,000 más. La casa Huth Gruning fue la favorecida: su jefe Brown sacó a Salaverry de no pocos apuros pecuniarios. También produjo bastante, el decreto por el que se confiscaron los bienes de los que no regresaron a los 15 días. En consecuencia se dictó el secuestro de los bienes y propiedades de Orbegozo. Más

de 200 familias abandonaron Lima. ¡Tál fue el terror que llegó a inspirar!

Reunió todos los ministerios en una secretaría general, que confió a Espinar, el que a poco de comenzar, presenció tantos horrores que presentó su renuncia. (15 Ab.)

No es pues extraño que en breve dispusiera de 600 mil pesos. Se asignó un sueldo de 48,000 al año y 1400 para gastos mensuales, que es la cuota que desde entonces perciben los presidentes.

Recuerde el lector, que el que tenía entonces 10,000 pesos era tenido por rico. Con semejante incentivo no se podía pensar en la patria. El egoísmo lo absorvía todo.

Nació Salaverry en Lima (6 May 1806), y fueron sus padres D. Felipe Santiago de Salaverry, natural de Guipozcoa y Doña Micaela del Solar, Cueva y Estrada. Tuvo dos hermanos legítimos, D, Mariano Miguel Saturnino y Doña Narcisa. D. Mariano casó con una señora de Lurín; era tres años menor, y murió ahora 30 años, poco más o menos. D. Pablo Salaverry y D. Juan Rivero eran hermanos ilegítimos; al último le permitió más tarde usar su apellido. Estudió en los colegios de San Carlos y San Fernando de Lima, hasta que los abandonó para enrolarse en el ejército Libertador en Huaura. Nacimiento.

Era Salaverry más bien alto que bajo, delgado, ágil y de mucha fibra. Sabía hacerse querer, pero le faltaba la voluntad y prefería inspirar terror. Pálido, de mirada torva y fugaz, el brillo siniestro de sus ojos pardos, la ceja poblada y la constracción del labio inferior cuando estaba molesto, le daba un aire duro y sombrio. La frente y la nariz algo curvas y salientes; los perfiles agudos de la cabeza producidos por sus movimientos vivaces, la agitación de las ventanas de la nariz cuando le Retrato de Salaverry.

dominaba la ira, revelaban a primera vista al hombre resuelto, de coraje y cruel. Ligero el andar, elegante y sencillo en vestir, desde que asumió el poder usó una capa roja sobre el uniforme que le llegaba a la rodilla.

Su tía materna D.ª Nicolasa del Solar refería, que desde pequeño se complacía en hacer sufrir y matar poco a poco a los animales. No tenía un amigo: su trato era peligroso: una distracción, un delito; una ofensa, la muerte.

En el batallón Legión Peruana en el que se batió en Ayacucho, tenía reyertas continuas con los oficiales, los que le pusieron el apodo de *pasquinero.*

En Bolivia amarró y le cortó la cara con la navaja al barbero que se echó a reir, cuando el imberbe le pidió que le afeitara,

En la dispersión y retirada de Oruro, le pidió su mula a un pobre transeunte, el que buenamente le ofreció llevarle al anca; sacar la pistola, dejarle en el sitio y seguir en la bestia todo fue uno.

El General Cerdeña acostumbraba recomendar la vigilancia a sus oficiales con un dicho que le era peculiar. Un día que Salaverry, semi-dormido, le sintió sentarse a su lado, se libró del arresto, gritando en voz alta «Cabo de guardia, el que cabecea pierde».

A un goloso entremetido que iba todos los días a su casa a tomar un vaso de agua, o mejor diré, los buenos dulces a que el caudillo era muy aficionado, no le propinó un tósigo porque le contuvo la piedad de su mujer.

Estando de paseo en Tacna, descalabró a un pobre labriego que se colocó delante de él, sin advertirlo, y le impedía ver.

El Perú era su patrimonio. Los peruanos los había creado el Señor para que le sirvieran. Gastaba sin tasa ni medida. De subprefecto de Tacna dispuso de las

contribuciones, y de Coronel, de la caja del batallón. Denunciado por el capitán Martorel (3 Feb), Gamarra le quitó el cuerpo: intentó matar a éste; se le desterró al norte, y de allí provino el levantamiento de Trujillo y la hecatacombe de la Garita de Mochi.

De Jefe Supremo hizo fusilar a Martorel pór faltas de disciplina, como si fuera homicida calificado. Los padres del infeliz murieron de dolor: la esposa se volvió loca y entró al manicomio de la Caridad, y los hijos pasaron a la Inclusa. Fusilamiento de Martorel.

Salazar y Baquíjano levantó ún sinnúmero de montoneras que le hostigasen en la capital y los alrededores, para tener tiempo de organizar un ejército en el intetior. Con este motivo, fastidiado Salaverry de las irrupciones diarias, dictó este párrafo que lo pinta admirablemente: "La sangre de los delicuentes es de un olor suave para la justicia ofendida; y la ofrenda más grata a la patria agonizante, las cabezas horribles de los montoneros. Oid el grito de nuestros conciudadanos: ellos os piden venganzas de sus atentados y yo os ordeno un castigo terrible y ejemplar".

¡Era una chanza la vida eterna!

Conociendo el buen genio que, en general, caracteriza a los peruanos, andaba diciendo, a menudo: "Háganme Coronel que yo haré lo demás," Hasta las mujeres pronosticaron su encumbramiento. ¡Cuál no sería la ceguedad de Orbegozo!

Valiente hasta la temeridad, atrevido y cruel de condición y temperamento; orgulloso de su valor, no presumía que los verdaderos fuertes, los firmes, los invencibles van siempre con la frente alta y el rostro apacible inspirados en el temor de Dios!

Para él el terror era la clave del mando: la crueldad la garantía del cumplimiento de la ley.

Tál fue el hombre que nuestra mala suerte puso a la cabeza de la república! La ignorancia de nuestra historio ha llegado a tal extremo, que he oído a varias personas cultas elogiar los actos de este energúmeno, que enlodó con su sangre y la de muchos el suelo patrio, contradiciendo así la benignidad laudable y conocida del caracter nacional.

Casamiento

Casó con la señorita Juana Pérez, hija de D. Manuel Pérez y de Doña María Feliciana Infantas, en la que tuvo un hijo llamado Alejandro. Doña Juana era toda una matrona piadosa y cristiana. Solo en la religión pudo hallar consuelo a las crueldades, locuras e infidelidades de su marido.

## CAPITULO XVIII

Se esperaba la revolución.

Con estos defectos y tan pocas cualidades, hacía ya tiempo que el recelo de sus compañeros de armas, le había designado como el caudillo de una revolución que era esperada por las pocas dotes de mando y la debilidad de Orbegozo. Las prevenciones y los delatores no faltaron a Baquíjano, pero el gran número de unas y otros produjo la incredulidad.

Tomando té una noche Salaverry en casa de Orbegozo, donde estaban los ministros y muchas personas notables, le dijo el Presidente con mirada escrudiñadora, "que ya se le designaba como caudillo de la próxima revolución." Salaverry sin inmutarse, le contestó con impavidez: "Excmo Señor, si así fuera comenzaría por fusilar a V. E."

Coraceros de Salaverry.

De Gobernador del castillo, armó y vistió con gran lujo 12 hombres de caballería, de gran talla militar, realzada por un casco airoso con plumas en el que se leía: "Coraceros de Salaverry;" ellos formaban su escolta. La

presidencia no estaba mejor guardada. La tolerancia acreció la insolencia del Gobernador. Baquíjano quiso cortar el abuso, y luego que tomó el mando le ordenó que los licenciara. Salaverry no le hizo caso, y pocos días después verificó el movimiento.

Se ha pretendido defenderle alegando, que no habìan leyes ni garantías, que estábamos peor que bajo la España; que nos habíamos acostumbrado al derroche, y que la autonomía nacional estaba en peligro con Santa Cruz de Presidente de Bolivia. Pero yo pregunto, era un loco presumido el que nos iba a quitar esos malos hábitos y costumbres, a infundirnos respeto a la ley y estímulo para llenar los deberes sociales y políticos? No se le puedo excusar.

Un cambio tan radical, obra del tiempo y de la educación, no es tarea de un mandatario, sino de los hombres cultos de una época que compiten en trabajar con emulación por la grandeza de la patria. Solo Dios puede hacer evolucionar de pronto a la sociedad. Si al mejor estadista y político, no le apoyan sus contemporáneos, serán ineficaces los proyectos más bien concebidos para mejorar la condición del Estado. Salaverry no sabía sino disciplinar un ejército a golpe de baqueta e inspirándole terror.

A las 6 p. m. del 24, Salaverry, a la cabeza del batallón Victoria cruzó a galope las calles de Lima hasta llegar a su casa. El silencio más imponente reinaba en la capital. De pronto se repartieron algunos papeluchos en que se pretendía justificar la revolución. Entra á Lima: reconocimiento.

El acto del reconocimiento fue una triste ceremonia. (4 de Marzo). El Presidente de la Suprema, Dr Vidaurre, a la explicación de los motivos que justificaban el haber asumido el poder, contestó secamente, "Quedamos enterados" y con una venia de los vocales terminó la audiencia.

Su primer cuidado fue arreglar la hacienda. Con los cupos no era posible proseguir. Permitió la exportación del oro a real castellano, y la de la plata a 4 reales marco. Subastó los cañones averiados del Callao; vendió a los carlistas gran parte de la artillería de las fortalezas, y declaró libre la introducción de esclavos americanos.

Decretos halagadores.

Expidió una multitud de decretos para atraerse el aura popular. Halagó al indio con la abolición de la contribución de castas; al proletario fijando en uno por ciento el interés del dinero; al industrial derogando las patentes: al civismo declarando que los empleos públicos eran irrenunciables: a la ciencia poniendo al frente del Colegio de San Carlos a Pardo, a Agüero y a Santiago que lo reglamentaron; desterrando a los charlatanes, restableciendo el Protomedicato, y, por último, creando la clase de clínica en la Escuela de San Fernando.

Algo más, a los extranjeros les facilitó la adquisición de la ciudadanía, y a los que se batieron por la independencia, los declaró peruanos de nacimiento; a los veteranos los prefirió en los empleos: a los hacendados de los valles vecinos a la capital, los exhoneró por 5 años de las contribuciones; a los liberales con la ley funeraria de San Martín (31. Dic.), y, al comercio, suprimiendo los martillos, abreviando los juicios mercantiles, amortizando los créditos del Estado con el 5 por ciento de las pastas, restableciendo la aduana en el Callao y asegurando el tráfico de los caminos con el Tribunal de Acordada, en el que puso al terrible Coronel Guillén: Vocales fueron los Tenientes Coroneles Negrón y Carrillo, y Asesor el Dr. Asencios.

Insolencia de los montoneros.

Hay que confesar que la tranquilidad fue del momento. Ni el terror que inspiraba el caudillo, ni las repetidas ejecuciones disminuyeron las tropelías. El co-

merciante D. José María Barinaga, se vió asaltado y saqueado en su tienda en el centro de Lima. Samián, el negro León, Escobar, Flores, Tano, Medina, eran el coco de los niños y también de las familias. La alarma llegó a tal punto que, a la noticia de su aproximación se cerró todo el comercio. Salaverry, indignado, ordenó que volviera a abrir. En las haciendas nadie se consideraba seguro.

Salaverry tuvo que ponerse al frente para arrojar a Ninavilca de Huarochirí. En otra ocasion, derrotado el Coronel Solar, tuvo el caudillo también que salir para castigarlos. A las seis de la tarde regresó sin haber visto un montonero, y con la pierna adolorida, por haber recibido en ella, al caer, el peso del caballo.

Dos horas después los montoneros asaltaron palacio; le retaron a que saliera: rompieron muchos vidrios con los disparos, y en el mayor orden se pusiera en retirada (31 Marzo).

Montoneros á talla.

Bujanda, prefecto del departamento, ofreció 500 pesos al que matase a uno de los cabecillas. Se decretó que los hacendados debían armarse y perseguir a los montoneros, bajo pena de 4000 pesos de multa, y en caso de reincidencia, el Tribunal de Acordada los mandaría a presidio. ¡Robespierre encargando al ciudadano la conservación del orden!

Para paliar tanta severidad se concedió anmistia a la tropa que se presentase a los 40, y a los montoneros a los 8 días.

Muerte de Bolivar y Crespo

Los asaltos siguieron adelante. Las partidas de Zárate y del negro León, y de los toreros Florián y Samián, asesinaron vilmente en la Molina de Ate a los hacendados Crespo y Bolivar.

Estando Salaverry en el norte, Bujanda declaró fuera de la ley a Florián, Leon, Samián y Escobar: cual-

quiera podía matarlos donde los encontrase. Los azotes. el rollo y la horca volvieron a funcionar: los cadáveres de los montoneros eran arrastrados por las calles! La severidad produjo algún efecto. Gonzáles, Duntan, Gálvez y Guerrero se acogieron a la ley de amnistia. (15 Ab.)

Algunos montoneros se someten.

Y así, los robos seguían y el Tribunal no descansaba. Los voluntarios del Callao desbarataron una montonera en el Conventillo de la Legua: Arrisueño batió en Manchay a las de Samián y Florían matándoles 4 hombres (29 May); y más tarde, el Mayor Deustua desbarató una partida de cien en el fundo de S. José (Chincha Alta) en el sitio llamado Tejada, obligando a someterse a los sobrevivientes. (2 Jun.)

Estado de Lima

Como se comprenderá Lima estaba en verdadero estado de sitio. Los decretos terroristas, los asaltos diarios de los montoneros, la carestía de los víveres, la falta de correspondencia, la imposibilidad del tráfico, las tropelías, el reclutamiento, la confiscación, el empréstito forzoso habían colocado a los limeños en una situación insoportable, y en la que no podían tampoco contrarrestar al poder.

Era menester que el escándalo salvara la frontera para sacar a la sociedad de su apatía habitual.

Oquendo, Escobar y León asesinaron en Villegas al arrendatario S. John Rearson, súbdito inglés. Poco después, la partida del último, se dió en la chácara de San Tadeo, con el Vizconde Sartigue y Lord Clinton, hijo del Duque de Newcastle, a quienes habia convidado a pasear el Consul Inglés Mr. Bedford H. Wilson. Huesped y convidados fueron desvalijados de sus prendas, vestidos, zapatos y hasta de la camisa, y, en estado primitivo, en camiseta, y alternándose sobre el lomo pelado de un burro que, por por caridad les dejaron, que iba arriando con una caña el de a pié, despeados, molidos, con fiebre, y una erisipela general, llegaron a las inmediaciónes de Chorrillos, don-

de sus amigos les trajeron ropa para que pudieran atravezar la ciudad.

La gravedad del suceso exasperó los ánimos, y se dió principio a una persecución tan tenaz en todos los valles, que León y otros cabecillas licenciaron su gente y se presentaron pidiendo garantías. A Inglaterra se debió pues, que volviera la seguridad en los caminos.

Se acaban las montoneras.

## CAPITULO XIX

Salaverry tuvo la gran cualidad de comunicar a la administración la actividad, exactitud y rigorismo propios de su carácter.

Administración de Salaverry

En la administración había que hilar muy delgado: el temor imponía la mayor rectitud: un desliz era una desgracia: un céntimo distraído u olvidado, era la destitución bochornosa. La grandeza del puesto sin el extricto cumplimiento del deber, no inspiraba seguridad. El libro de la Caja de Amortización, extinguida antes, no parecía. Se mandó prender a los Jefes; se les sometió a la Acordada y en el acto se le tuvo.

Llamó a su alrededor a los hombres de todos los partidos: supo interesar a las familias principales empleando a sus hijos, y acreditó que más importancia le daba al cumplimiento del deber, que a las relaciones, a la riqueza y a la posición social.

A Riva Agüero le concedió el salvo-conducto que pedía para venir de Cañete. Se presentó en el Callao; se trasbordó al bergantín de guerra francés Acteón, y, no estando Salaverry en Lima (15 Ab.), le pasó una nota a Espinar en la que le decía, que había resuelto permanecer a bordo porque los médicos le habían aconsejado el aire de mar. La desconfianza agravió al benefactor.

Lazarte, de orden de Espinar, le retiró el salvo-conducto y le dió 48 horas para dejar el país.

Organiza su ejército.

Una vez que Salaverry estuvo en fondos, principió a reunir el ejército que debía sostenerle. Sobre la base de sus Corazeros formó el escuadrón de ese nombre, que reforzó después con los Húzares de Baquíjano. Los esclavos corrieron a enrolarse para escapar de las fatigas de la labranza. Los reclamos de los patrones no fueron atendidos. Concluída la guerra el gobierno tuvo que devolverlos. El reclutamiento fue espantoso: pronto tuvo 3,600 hombres.

Con dos pequeños destacamentos mandó primero al norte al teniente Zapata, y después al Coronel Joaquín Torrico. El primero consiguió que el batallón Libres se pronunciara en Cajamarca; y el segundó tomó tierra en Huanchaco (6 Marzo), y en Trujillo trabajo con éxito apoyando a Lizarzaburu.

Muy sagaz estuvo Salaverry al hacer creer a los gamarristas que trabajaba por elevar a su Jefe, por que sin el engaño habría tenido que luchar desde el principio con los aspirantes y especuladores.

Sin tropas, sin armas, sin dinero, joven, odiado por los militares viejos, parece increible que en poco, meses hubiese levantado al ejército más disciplinado, resuelto y de mejor porte marcial que ha tenido el Perú. El gobierno se declaró imponente para combatirlo y tuvo que buscar auxilio en la república vecina.

En Marzo regresó a Lima Távara, de Santiago, con el tratado de comercio que había celebrado con Rengifo, ministro de Chile. Salaverry lo ratificó el 6 de Junio- En Octubre 3 le reemplazó D. Felipe Pardo, a quien se le dió primero la legación de España (27 Mayo) y luego la de Bolivia (11 Jun). Ninguna de éstas llegó

a desempeñar, no obstante de haber recibido más de 30 y tantos mil pesos.

Este tratado nos merecerá un estudio más detenido porque la suspensión de él fue causa de una guerra internacional.

Orbegozo le había mandado a Távara una partida de arroz para que la vendiera, y con el precio comprara 2,400 rifles de la Casa de Lesica en Valparaíso. El arroz no pudo venderse. Távara lo retuvo, y, de la demora se aprovechó Salaverry para atraerse al ministro. Por su orden se vendió por lo que ofrecieron: se compró una goleta y en ella se vino Távara al Callao. Por las armas se mandó a Valparaíso a D. Pedro Salmón, pero se le adelantaron los agentes de Santa Cruz que ofrecieron tres pesos más por cada fusil.

Puertos cerrados y bloqueados.

Para impedir que la federación echara raíces y que Orbegozo dejara el país, o recibiera elementos del extranjero, se cerraron los puertos de Pisco a Islay, y se decretó el bloqueo de éste y de Arica, debiendo el bergantín Huascar hacerlo efectivo.

Al llegar a Islay (8 Marz) encontró a la goleta Convención y le intimó que saliese: la goleta y la batería rompieron los fuegos, y por tres horas estuvieron batiéndose hasta que habiendo perdido dos hombres la goleta, tres la batería y abandonado el puerto las autoridades políticas y administrativas, la guarnición del bergantín se apoderó de él. El Huascar tuvo dos muertos y varios heridos.

Boterín.—Iladoy.

Más tarde, cuando el capitán de navío Boterín reconoció a Salaverry y le trajo las fuerzas navales de Nieto de Paita, compuestas de la fragata Monteagudo, el Arequipeño y la Peruviana que mandaba Juan Otero, se envió estas naves al sur con Iladoy, al que se nombró Jefe de la escuadra bloqueadora, quedando Boterín de Jefe de

toda la escuadra. El Arequipeño se apoderó de Islay: tomó las piezas de artillería y apresó a la corbeta mercante Libertad, que Orbegozo había contratado como trasporte.

Iturregui.

Cerrados los puertos del sur, Salaverry creyó que era el momento de imponerle la ley a Orbegozo. Al efecto, comisionó a Arequipa al Coronel Iturregui para proponerle que le reconociera, ofreciéndole toda clase de garantías y la devolución de sus bienes; y, además, que le manifestara que su espada era necesaria para sostener la integridad nacional, amenazada por Gamarra y Santa Cruz. El comisionado y su misión fueron mirados con menosprecio.

## CAPITULO XX

Combate de la Oroya.

Salazar y Baquíjano se estableció en Jauja con las pocas fuerzas que le acompañaron, y se dedicó a reforforzar al batallon Ayacucho y al escuadrón Húzares de Junín. La Comandancia general se la encomendó al bravo Necochea.

En su persecución se había destacado a los Coroneles Quiroga y Torrico (J. C.) con 130 hombres, los que fueron batidos en la Oroya por el General Otero, con una compañía de tiradores del batallón y 60 flanqueadores del escuadrón, ya citados.

Entretanto, y sin que mediara coacción alguna los pueblos fueron reconociendo a Salaverry.

Se levanta el Cuzco. Miller preso.

El 14 de Marzo al amanecer, el Coronel Lopera y el prefecto del Cuzco Arguedas, con el batallón Defensores, sobornado por un capitán y un oficial *(Sancho Frio)*,

apresaron al General Miller, a sus ayudantes, al Coronel Casanova y al Comandante Hurtado, y se pronunciaron por la neutralidad hasta que se decidiera la cuestión de la presidencia. Nombraron de prefecto al Coronel Concha, y de Comandante militar a Lopera. Sorprendieron en el pueblo de San Sebastián al escuadrón Lanceros, y a Miller le mandaron con guardia a la hacienda de Potreros en el valle de Santa Ana. A los jefes y oficiales que no quisieron adherirse los mandaron a Paucartambo.

Cuando la noticia del suceso llegó a Limatambo, se sublevó el batallón Pichincha, apresó a sus Jefes y se replegó al Cuzco. Beltrán en Lampa se adhirió el 17.

Levantamiento de Limatambo, Lampa, Ayacucho, Huanta

Castilla destacó al Sargento Mayor Céspedes contra el último, con 30 hombres al mando del capitán Hurtado, con los tenientes Cano y Valverde, y 14 caballos con el subteniente Vasquez, los que en Calacoto apresaron al Jefe y proclamaron a Gamarra. Céspedes logró escapar por su entereza (22 Marz). Al siguiente día, dimitió Castilla la prefectura de Puno ante la Municipalidad, y entregó el mando al gobernador Romero por ausencia del sub-prefecto, y la Comandancia militar a Rivarola.

Tenía Castilla un conocimiento tan perfecto de los hombres de su tiempo, que desde el 15 de Octubre (34) le anunció de Puno a Orbegozo por cartas, en las que resalta su insolencia y falta de respeto, la revolución que intentaba Salaverry: y, después, la que se verificó en el Cuzco (14 Marz). Ahora voló a Arequipa a presentarse a Orbegozo.

Zubiaga en Ayacucho tomó preso al prefecto y a Pardo de Zela, y reconoció a Salaverry. Tristán era muy querido del pueblo, por lo que una reacción le volvió a colocar en la prefectura, y en ella encabezó el verdadero pronunciamiento (29 Marz), al que se adhirió Huanta po-

co después. Tristán levantó un batallón de 300 plazas que confió al Coronel Medina

Se piensa atacar a Arequipa.

Volviendo al Cuzco, mil hombres de Defensores, en su mayor parte reclutas, quisieron hacer una reacción: y la tentativa fue sofocada fusilando a algunos cabos y sargentos. Con estas fuerzas bien dirigidas se podía haber ocupado Arequipa, último baluarte del gobierno legal, pero Defensores y el escuadrón se resistieron, y entonces se mandó parte de la tropa a Vilque y parte en Pucará para dominar Puno.

La idea de la patria no entraba para nada en estos pronunciamientos. Se verificaban como el que hace un negocio, toma una chácara o denuncia una mina. Buena renta y deseo de mandar eran las miras predominantes.

Incertidumbre

En el Cuzco fue más acentuada la incertidumbre. Lopera en Lampa (4) y el prefecto Concha en el Cuzco, (5 Marz) reconocieron a Salaverry obedeciendo a Gamarra, que se valió de este ardid para que Santa Cruz le dejara salir de Bolivia, en la fundada esperanza de que una vez libre, haría causa común con él para batir al caudillo.

Otros proclamaron la federación, y la mayor parte, que ignoraban los manejos secretos de los pretendientes, proclamó a Gamarra, para que con las fuerzas del sur marchase a pacificar el norte. Este partido era el más popular; llamaba a la presidencia a un paisano; le prometía a los cuzqueños puestos, honores y pingüe renta; y encontró en San Román un Jefe respetable, el que luego que recibiò la noticia de la retirada de Castilla, salió de La Paz y de hecho asumió la prefectura de Puno con el título de Comandante general.

Al llegar Castilla a Arequipa se reunió una Junta general y se resolvió, que Orbegozo comisionase a Llo-

sa Benavides a Puno, y al Coronel Quirós al Cuzco, para que averiguasen si en realidad estaban por la federación; en cuyo caso los invitasen a un congreso ante el que renunciaría él la presidencia, a fin de alejar todo pretesto de revuelta. Los comisionados no fueron siquiera recibidos.

Baquíjano manda una comisión.

En Jauja, Salazar y Baquíjano viò brillar los últimos resplandores de su autoridad. El 31 de Marzo mandó en comisión al sur al ministro Zavala, al General Aparicio, al Coronel Echenique y al Teniente Coronel Mendiburu. Llevaban la misión de combatir la revolución de Salaverry de palabra y obra; consultar a los pueblos si estaban por la federación; en caso de hallarlos dispuestos a aceptar esta forma de gobierno, celebrarían pactos a nombre del gobierno, si veían que de esa manera se podía evitar la guerra civil.

A las 2 p. m. del mismo día salió Baquíjano para Huancayo, ordenando que Ayacucho, Coronel Vidal, y el escuadrón Húzares le siguieran. Todo fue que dejó la ciudad, el subprefecto Iriarte y Bermúdez se pronunciaron por la federación: reunieron en la municipalidad a los principales vecinos y juraron oponerse a toda dominación extranjera, poniendo lo resuelto en conocimiento del gobierno de Lima. El entusiasmo del batallón al hacer el movimiento contrastó con la frialdad de los Húzares, y, temiendo una reacción, los capitanes Picoaga y Valcárcel, a la una de la mañana del 2, invadieron de improviso el corredor en que dormían éstos, los despertaron a balazos, y los que no quedaron en el sitio, que no fueron pocos, fugaron o fueron hechos prisioneros.

Al amanecer, Picoaga salió para Huancayo con Ayacucho y los prisioneras, con la idea de prender a Baquíjano. La marcha fue muy inquieta como era natu-

ral entre ofensores y resentidos. En las cercanías de Huancayo los Húzares reaccionaron; dispararon sus armas contra Ayacucho, y cruzando el río pasaron a Mito y Chupaca, reunieron sus dispersos, y al mando de los capitanes Ramos y Tarazona, persiguieron a Picoaga el que por Pampas continuó a Ayacucho.

Picoaga y los suyos le escribieron a Salaverry reconociéndole como Jefe Supremo, y, participándole: «Que marchaban al Cuzco a consultar la prosperidad de ese departamento.» En el camino se dieron con Nadal mandado por Lopera, a la sazón en Andahuaylas con el batallón Granaderos (700), él que traía el encargo no tanto que se pronunciaran por la federación, que era la máscara de los gamarristas, como de atraerse a Picoaga que era un jefe de reconocido valor.

Las fuerzas que quedaron en Jauja se confiaron al Sargento Mayor Santibañez, el que las entregó al Coronel Rivas mandado por Salaverry.

Layseca en Lima, dejó la prefectura a Lavalle, y salió a batir en el puente de Pasamayo, a una partida del Coronel Camilo Carrillo. Con unos cuantos tiros le puso en fuga y le quitó 33 caballos y algunas armas. (18 Marz). Carrillo evacuó después toda la provincia que cayó bajo Loyola.

## CAPITULO XXI

Cuando la noticia del levantamiento de Salaverry llegó a Arequipa, Orbegozo se quepó anonadado, tanto por el crimen político del caudillo como por su ingratitud. En menos de un año le había puesto las palas de Coronel y de General, y, considerándole un completo caballero, no había querido dar oídos a las repetidas de-

nuncias, públicas y privadas, que se le hicieron, sobre sus pretenciones al mando supremo.

Valle Riestra en Pisco.

Pasado el estupor del primer momento, hizo que de Islay se diera a la vela para el puerto de Pisco (16 Marz), el General Valle Riestra con una división, que debía operar sobre Lima de acuerdo con Necochea, el que dejaría en Jauja al General Otero, mientras que unido con Miller, que disponía de Pichincha y el escuadrón 13 de Enero, ocuparía Ayacucho y extendería la vista al valle de Jauja.

Plan de campaña.

La división de Valle Riestra se componía del batallón Libres, del escuadrón Junín, de dos piezas de artillería, y llevaba 400 fusiles para armar la gente levantada en Ica por el General Salas. Pronto sería reforzada por el batallón Defensores de la Libertad ,al que se le dió orden de partir del Cuzco a marchas forzadas al puerto de Islay, mientras Orbegozo levantaba apresuradamente un batallón y un escuadrón, con los que se pondría a la cabeza de todas las fuerzas..

Recursos de Salaverry.

Al saber en Lima Salaverry que el Gral. Nieto había desembarcado en el norte y se dirigía al interior, resolvió ocupar el centro, y al efecto avanzó hasta Matucana, y al informarse allí de la aproximación de Valle Riestra, que era su enemigo personal, varió de dirección y por una de las quebradas laterales cayó sobre Lurin. No contaba entonces sino con el batallón Victoria y el escuadrón Coraceros, pero en su vivacidad, en el conocimiento de los hombres que figuraban, fáciles de ganar con la intriga y el cohecho, tenía elementos más poderosos que un gran ejército, almacenes y parques bien abastecidos.

Proclamas terroristas.

Al llegar a Pisco (21 Marz) Valle Riestra, dejándose llevar de la aversión personal, lanzó una proclama terrorista en la que se leía la siguiente frase: "Limeños; si es llegada la hora de borrar con sangre tan horrible

crimen, borrésmole. Pisemos los cadáveres de nuestros mismos hermanos, amigos y compatriotas." Digna de ella fué la no menos sangrienta respuesta: "De las canillas de los enemigos haremos clarines para la guerra." Con frases parecidas se enardecían para el combate en los campos Catalaúnicos las feroces huestes de Teodorico y de Atila.

El General Salas, compadre de Valle Riestra, vino de Ica a ponerse a sus órdenes, y, debiendo proporcionarle las bestias necesarias para moverse, pudo entretenerle facilmente, mientras perjeñaba con Coloma, Lanao y Luján el plan de prenderle y pronunciarse por Salaverry. Coloma fue encargado de vigilar a Morán y no separarse de su lado; Lanao seduciría a los oficiales de su batallón, y una vez que lo consiguiera, sorprendería al escuadrón de Luján y se pronunciarían ambos por Salaverry. El 28 de Marzo a las 4. a. m. se dió el grito, y se mandaron dos partidas donde Valle Riestra y Morán, con orden de prenderlos si no querían adherirse al movimiento. Al primero le entregaron un papel firmado por Coloma, Lanao y Luján en el que le garantizaban que iría a reunirse con su familia.

Al General le remitieron al Callao con el capitán Arellano. A Morán le ordenaron que siguiera a Lima por tierra, y él se aprovechó de la confusión del primer momento para escaparse a Arequipa con la caballada.

En el Callao

Al llegar al Callao se pasó el parte respectivo a Bujanda, el que con el fin de ocultar su plan siniestro, había mandado arreglar una casa para alojar al General. Bujanda mandó a bordo al español San Julián para que le trajese, y este regresó diciendo, que el General se negaba y que no desembarcaría sino obligado por la fuerza: imputación que resultó falsa después.

Se mandó entonces al Sr. Rivero, y con él vino a tie-

rra Valle Riestra y pasó al castillo. Bujanda le invitó a almorzar; estuvo atento con él y le aseguró que se le permitiría ir a Chile. Levantados los manteles, le condujo a la casa preparada, donde pasaron a verle su esposa, hijos y su hermana, no habiendo quedado en Lima sino su anciana madre en la mayor consternación, no obstante de asegurarle Bujanda que no esperaba sino encontrar buque para Valparaíso que llevase al General.

Aunque en la casa había un oficial de guardia, entraban y salían los llamados por el detenido para conseguir letras sobre Chile. ¡Cuánta ingenuidad! Al anochecer del 1.º de Abril, expidió Salaverry la sentencia de muerte, *entre dos luces*, que entregó a Soffia.

La esposa de Salaverry que era una matrona voló a echarse a sus piés: le pidió encarecidamente la contra-orden: ruegos, súplicas ardientes, caricias, lágrimas, todo fue inútil: le habló de su hijo, y obtuvo lo que deseaba. Un propio bien montado a todo escape partió al Callao.

Bujanda recibió a Soffia, y, creyéndose exento de la imputación de malicia por sus atenciones, no esperó que amaneciera, sino que le ordenó a Garrido que le fusilara en el acto, poniendo al desdichado *entre dos faroles*.

El General fue arrancado de los brazos de su esposa, diciéndole que pasaba a un pontón—«Me parece, hija, le dijo el desdichado, al despedirse, que esto es más que ir a un pontón».

Al salir se dirigieron a la puerta del Socorro de la fortaleza, y observando el General, que ese no era el camino para el muelle, Garrido tuvo al fin que confesarle la verdad—«Hombre, replicó, aquel con singular sangre fría ¡qué comisión tan fuerte le han dado a Ud!»

En la puerta encontraron a un español Larrar y al capellán del castillo Olleregui, con los que pasaron al re-

ducto de Santa Rosa, donde los esperaba el pelotón ejecutor al mando del oficial Vivanco.

Valle Riestra pidió permiso para escribir algunas lineas: arrancó una hoja de su cartera, y escribió, que no tenía bienes; que dejaba tres hijos vivos, uno por nacer; agregando, que jamás había traicionando a su patria, habiéndola servido siempre con amor y fidelidad. El papel se lo entregó a Vivero: su capa y sombrero se los obsequió a la tropa, y a Garrido le confió la cartera para que la pusiera en manos de su esposa. Llamó al capellán y se confesó.

Creyendo hacerle un favor, se le dijo que se le iba a fusilar por la espalda, a lo que protestó con energía, suplicando que le tirasen a la cabeza. Larrar dió la orden de fuego, y una bala le partió el corazón. Cuando llegó el propio, el español y el oficial le sepultaban en las bovedas del castillo.

Al día siguiente, el Sr. Caso, cuñado de Valle Riestra, muchas personas de influencia, y aun el mismo Bujanda se empeñaron con Salaverry para hacerle exequias solemnes. El cadaver fue traído a la Iglesia de San Agustín, y el 3 de Abril, con asistencia de la alta sociedad de Lima y de un gentío inmenso, se celebraron los oficios, predicando la oración fúnebre el afamado fraile agustino Rev. Pad. Urías.

Los restos fueron depositados en el Cementerio general, nicho 11, de los destinados a la plana mayor del ejército.

No tiene excusa.

Se ha querido disculpar al revolucionario que en sus proclamas sangrientas hacia preveer que pasaría por toda clase de atropellos, violencias y delítos, alegando, que ese día funesto estaba exaltado con los ataques de los montoneros a palacio; con las noticias del desembarco de Nieto en Huanchaco, el destrozo de los Torricos

en Trujillo, la pérdida del batallón Legión en Cajamarca, (que resultaron falsas), y otras más perjeñadas para atenuar el fallo severo de la historia; pero el fusilamiento en guerra civil, sin previo juicio, afronta al reo su crimen y deshonra al audaz que le defiende.

La magnanimidad del alma se revela en aquellos momentos terribles en que todas las pasiones se aunan para precipitarnos en brazos de la crueldad. Los grandes contratiempos son aquellos que precisamente realsan a la virtud. El verdadero patriotismo no se ha confundido jamás, ni aun por los más obtusos, con la ambición, la ira y el interés personal. La posteridad a primera vista descubre las falsificaciones. El filósofo y el pensador al oir relatar la historia de su país, escuchan en su interior una voz secreta, que censura o justifica el pasado, y que les evita fatigosas lucubraciones. Y es que el patriotismo es un sentimiento inmenso que de súbito persuade a la inteligencia, cuando ya de antes ha trasmitido un ardimiento invencible al corazón. El hombre que verdaderamente se sacrifica por el bien de la patria, para salvarla de un trance supremo, sabe esquivar con dignidad el vituperio de sus contemporáneos y esperar tranquilo y sereno el aplauso unánime de la posteridad. La ejecución de Valle Riestra consternó a toda la república, y un murmullo profundo de reprovación atronó los oidos de Salaverry. La desdichada esposa quedó como aletargada: la de Salaverry enferma.

¡Parece que el destino estaba aglomerando paliativos que atenuasen la responsabilidad de otros crímenes más horrendos!

En los libros de la tesorería aparece una partida de entrega de 6000 pesos al General Salas para gastos secretos.

## CAPITULO XXII

Nieto se escapa y desembarca en Huanchaco.

El General Nieto puso en movimienio el norte y alarmó a Salaverry.

Antes de partir a Panamá, su esposa pidió y obtuvo que se la permitiera remitirle alguna ropa. Durante el viaje, un día que el General abrió su maleta para sacar una muda, le llamó la atención el peso de ella, y, registrando, encontró dos revólveres y algunas onzas de oro. La salvación estaba en sus manos.

Le habló al capitán del buque, Mr Parker, y al día siguiente se fingió enfermo, esperando el momento en que se le diera rancho a la guarnición (10. a. m). Revólver en mano, y en paños menores, para distraer a la centinela, cogió a ésta por el cuello y la desarmó: paró un tajo del oficial de guardia con la izquierda y de un tiro le tendió muerto, al mismo tiempo que su sirviente despachaba al negro asesino, sacado de Casamatas, que se había traído a bordo para guardarle. Seguido de su ordenanza y el capitán se lanzó a popa donde almorzaba la tropa, y hallándola desarmada y desprevenida, les fue facil rendirla y encerrarla en la bodega.

Del hachazo del oficial, el General tenía la mano izquierda toda ensangrentada.

Dueños del buque, enmendaron el rumbo a Huanchaco, y en Trujillo, San Pedro, Chiclayo y Lambayeque fueron bien acogidos y proclamaron a Orbegozo. Nieto destacó al general Plaza con dos compañías a Cajamarca, para sorprender a la guarnición, y llamó a Rázuri de Piura con su escuadrón.

Las dos compañías se sublevaron, pusieron en la cárcel a Plaza, de donde logró escaparse a Trujillo.

Nieto con tres compañías batió en Ascope a los de Salaverry. Pasó a Cajamarca y derrotó al batallón Libres, prendiendo a su Jefe, Rivero, hermano de Salaverry, y se disponía a reunirse en Jauja con Necochea, cuando el desembarco de Lizarzaburu en Huanchaco y el pronunciamiento de Trujillo, le hicieron comprender que la campaña no había terminado aún.

Pocos días después recibió intimación para rendirse en 8 días con toda clase de garantías, y su respuesta fue prepararse para recibir al caudillo.

Veamos la marcha de éste:

En 6 de Abril, salió Salaverry del Callao con 600 hombres, dejando a Bujanda de Jefe político y militar, y una junta de administración compuesta de Lazarte, Mendiburu y Soffia. En el puerto quedaban 300 hombres y 378 con el Coronel Rivas entre Tarma y Jauja. Campaña del norte (6 Ab.)

El 13 desembarcó en Malabrigo, y con la misma facilidad que Nieto fue acogido, le aclamaron a él y le reconocieron. En esa fecha también, Lambayeque prendió al subprefecto Baca y al Mayor Lerzundi y reconoció a Salaverry, el que trasladó su cuartel general de Paiján a Chócope (14–15 Ab), donde le dió algún descanso a la tropa.

De allí paso a Ascope: esperó que se le reuniera la guarnición de Lambayeque, y el 19, a la vez que destacó a la vanguardia al Coronel Montoya para que atacara de frente a Nieto, retrocedió a Trujillo para emprender, a marchas forzadas, una de aquellas jornadas históricas que inmortalizaron a los soldados de Valdez. Ayacucho fue el cuerpo que le cortó a Nieto la retirada a Junín.

Una cordillera inmensa; punas crudelísimas; ba-

rrancas y desfiladeros escarpados; lluvias y tormentas diarias, no arredraron a la tropa que, en 8 días recorrió 70 leguas. La columna entraba en Huaraz cuando la vanguardia había acampado en Recuay. ¡Pies de gamo: pulmones de cóndor!

Famosa jornada.

A Montoya se le pasaron dos compañías de las fuerzas que tenía Nieto en Huaylas, aprovechando que éste no se había movido todavía de Cachapampa.

Sus tenientes entregan a Nieto.

Al saberse que Ayacucho había llegado a Huaraz, cortándoles la retirada a Jauja, la tropa de Nieto se desmoralizó, y él mismo pensó en rendirse; pero sus tenientes le ganaron de la mano y la entregaron al Mayor Zavala (10 May. 10. a. m.). Cavada, Espinoza, Paredes, Díaz, Ramos, Navarrete, Mendoza, Lerzundi, Velesmoro, Gallegos, Utivistondo, 3 capitanes, 5 tenientes y 6 subtenientes prendieron a Nieto, a Morán, Carrillo, Villa, Ríos, Tejada, Vijil, Barloque, Lucero, Gonzáles, Barba y Quiñones.

Morán obtuvo la libertad prometiendo no servir contra Salaverry: fea mancha en su brillante carrera militar.

Mucha instancia hizo Salaverry a Nieto para que sirviera a sus órdenes, ofreciéndo conservarle su grado y honores. Solo le pudo arrancar el juramento de no servir contra él: le dió mil pesos, y salió para Valparaíso, de donde regresó poco después.

Salazar y Baquíjano pide garantías.

Todos estos repetidos jaques acabaron de convencer a Salazar y Baquíjano que había llegado el término de su carrera política. De Canipaco le escribió a Salaverry (2 Ab) diciéndole, que dimitía al mando por estar privado de las fuerzas destinadas a sostenerlo, y que le concediera garantías a él y a los que le rodeaban. Concedidas que fueron se puso en marcha para Lima por la ruta de Lunahuaná.

Necochea y Otero dejaron el Perú. (24 Ab.)

## CAPITULO XXIII

Salaverry para aumentar su prestigio regresó por tierra a Lima, y notando que Gamarra trataba de sustraerle los departamentos meridionales engañándolos con la federación, destacó al Cuzco al Coronel Larenas con una división. Salaverry combate la federación.

Gamarra no reconocía superior; no había nacido sino para mandar; y tan insoportable había sido para él Bolivar y La Mar, como lo eran ahora Orbegozo y Salaverry, o podría serlo más tarde Santa Cruz.

Salaverry se dedicó en seguida a fijar las bases de su gobierno rodeándose de buenos elementos, y así dividió la administración en tres ministerios: gobierno y relaciones que encomendó a Ferreyros, guerra y marina a Bujanda y hacienda a Iturregui. Organiza su gobierno.

Creó un Consejo de Estado de 24 vocales al que llamó a los hombres de todos los partidos, fueran o no partidarios de él, como Salazar y Baquíjano, Luna Pizarro y otros que no especifico, porque no llegó a funcionar. Consejo.

Convocó para Julio un congreso que se reuniría en Jauja. Creó el departamento de Huaylas, compuesto de las provincias de Cajatambo, Huaylas, Conchucos y Santa (12 Jun). Congreso.

Prohibió la importación de artículos similares a los del país: estableció el estanco; formó una Junta de comercio que inspeccionase las aduanas, y declaró que los vales y pagarés producirían el mismo efecto legal que los escrituras públicas. Decretos.

Desterró del juicio de concurso muchos trámites inútiles y simples formalidades; desautorizó las cartas dotales firmadas por el fallido en fraude de los arceedores; suprimió los azotes, el rollo y la horca implantados por Bujanda, y no omitió medio para desvestir a la adminisiración de la violencia y arbitrariedad de los primeros días.

En armonía con este nuevo modo de pensar, en 29 de Mayo decretó que todos los disturbios políticos quedaban relegados al olvido, esperando conseguir la unión de los peruanos, y que los deportados y expulsados desde el 28 de Julio de 1821 hasta el 27 de Mayo de 1835, podían regresar a sus hogares sin ser molestados.

Consolida su gobierno.

Una multitud de sucesos felices e inesperados consolidaron su gobierno: la mayor parte de la república llegó a reconocerle: solo Arequiqa sostenía a Orbegoso, y no pocos amigos de éste, y aun enemigos de Salaverry se le plegaron al fin seducidos por el éxito.

La tolerancia política fue del momento porque volvieron los decretos sanguinarios. El que favoreciera a Orbegozo, el desertor y el ocultador serían fusilados. Por el desertor presentaría un reemplazo el pueblo de su nacimiento y otro el pueblo en que desertó.

Crueldades inauditas.

Un zapatero ocultó a un aprendiz que, con arreglo al decreto de 28 de Agosto, debía presentarse al servicio. Descubiertos que fueron, maestro y discípulos pasaron a mejor vida.

No había mes que trascurriera sin fusilamiento. Los oficiales culpables de traición, motín, sedición, robo, duelo, eran juzgados por el Tribunal de Acordada, en 24 horas y fusilados.

Un día se reclutó a uno de esos zambitos claros color canela, bien parecidos, que nuestras abuelas criaban junto con los niños de la familia. La ma-

dre le reclamó, y como tuviera 18 años y fuera ágil y fuerte, encontró la negativa más absoluta. El amor la hizo ser importuna, e informado Salaverry de sus continuos reclamos, en un momento de rabia, mandó que le pusieren al muchacho una coraza de fieltro grueso que un sastre había confeccionado contra las balas. Se le colocó debajo del pórtico de palacio que del patio conduce a la caballeriza, y disparándole algunos tiros, el infelíz cayó herido de muerte.

¡Las gradas de la catedral eran el altar de sacrificios tan horrendos! ¡Los padres del caudillo se estremecían a cada paso en su tumba!

Con semejantes medidas temblaron los suyos y tambien los enemigos!

Sin severidad no habia jamás ejército.

Es verdad que la invasión de Bolivia vino a justificar en parte esta severidad. En el Perú, para formar ejército, hay que ser inflexible y usar de mucho rigor, por que la blandura del carácter nacionales opuesta a la entereza militar. Con Jefes condescendientes no se forman buenos soldados, y de allí el papel triste que hemos hecho en las contiendas internacionales. Salaverry lo comprendió así, y a él debemos esa útil enseñanza que no hay que olvidar, cuando tengamos que hacer valer nuestros derechos con las armas en la mano.

Bellavista.

En seguida estableció su cuartel general en Bellavista. En el mes de Julio todo era alli agitación y movimiento. Diseminados en el llano se veían numerosos pelotones haciendo ejercicio bajo veteranos cubiertos de cicatrices. La táctica y la disciplina a la orden del día. En los ratos de ocio la esgrima y la gimnasia. Los instructores más se cuidaban de inculcar a los alumnos el orgullo de la carrera, el porte marcial y el amor a la a la bandera hasta rendir la vida, que a enseñarles los vistosos desplieges y las rápidas evoluciones militares.

Insultado en el teatro por un inglés el subteniente Contreras, se le degradó al día siguiente en presencia de todo el ejército, por no haber pedido inmediata reparación.

La oficialidad se distinguía por su elegancia y sus finos modales. En las reuniones de la alta clase social, los militares disfrutaban de las deferencias del bello sexo. Llevaban el uniforme con el orgullo de ser el baluarte de la patria.

Salaverry tuvo el talento de trasmitir a sus soldados la vivacidad de su espíritu y el amor a la disciplina, de manera que en breve dispuso de batallones sumisos hasta el sacrificio, orgullosos del arma y del denuedo de su capitán. Sin hipérbole se puede decir, que en moral, valor y destreza, este fue el ejército más florido que ha tenido el Perú. En el se educaron prácticamente los mejores tácticos y estratejas.

Personalmente inspeccionaba los ejercicios matinales: muchas veces les daba la voz de mando; hablaba personalmente con los oficiales y las clases que se distinguían, y a los primeros los sentaba a su mesa, o les obsequiaba un terno, una espada, un morrión,un kepí. Sabía atraérselos, pero no inspirarles aquella confianza en el superior que solo da el arte militar; esa fe ciega que es solo obra de la virtud.

Con todo, este sistema despertó en Jefes, oficiales y soldados emulación general. Al saber que el ejército boliviano había cruzado la frontera, todos ellos en masa, movidos como por un resorte, renunciaron al sueldo, no admitiéndoseles sino la mitad con el carácter de depósito.

Maestranza: talleres.

Se organizó una maestranza y varios talleres de costura y talabartería, en los que se podía satisfacer pronto, a bajo precio y con buenos materiales, cuanto necesitara el ejército. Fuera de las armas, lo demás lo

producía la industria nacional: asi se llegó a poner en pié de guerra, a fines de Setiembre, un ejército de 3, 600 hombres, bien vestido, armado y equipado como no lo tuvo jamás el Perú. Bonaparte no los habría desdeñado. Componíase de 5 batallones: 1° y 2° de los Carabineros de la Legión de la Guardia: Cazadores de la Guardia; Cazadores de Lima y Victoria. Ejército activo.

La caballería constaba de los escuadrónes Húzares de Junín, Granaderos del Callao, y el Regimiento de Coraceros de tres escuadrones.

La artillería tenía 6 piezas de campaña con sus dotaciones correspondientes.

Orgulloso el caudillo de su ejército, y persuadido de que a su frente era invencible, en 26 de Agosto suspendió el reclutamiento.

He aquí porqué Salaverry, no obstante sus crímenes, despertó en muchos amantes de su país extraordinarias simpatías. Todos comprendemos que con presidentes probos, rectos y honorables, que levanten un ejército semejante, el Perú, dejándose de la amistad de otras naciones y de las fantasías del Derecho Internacional, recobrará su territorio y volverá al puesto eminente que antes de ahora ha ocupado en la América Latina. Una explicación.

De los afanes y turbulencias de la guerra civil, se distrajeron los limeños con las fiestas de la consagración del arzobispo Benavente, que puso término a la viudedad de la iglesia de Lima. Cuando el último arzobispo español, Dr. Bartolomé María de las Heras, partió a España, el cabildo eclesiástico eligió de Vicario capitular al Dr. Echagüe, el que tuvo por sucesor al Dr. Pedesmonte, y éste al Dr. Erazo como ya hemos referido. A la muerte de las Heras (Madrid 5 Set. 23) el congreso autorizó a Bolivar para proponer al suce-

sor (8 Marzo): mas el congreso posterior declaró ilegal esa y otras promociones, y los cabildos designaron a los que deberían ocupar las sillas vacantes (22 Set. 27).

Benavente elegido por el de Lima, prestó juramento ante la Corte Suprema, y luego fue consagrado solemnemente en la catedral por el Obispo del Cuzco. (28 Ag). Fue instituido por el Papa Gregorio XVI (Roma 23 Jun. 34), y la bula obtuvo el pase en 20 de Julio de 1835.

## CAPITULO XXIV

Oligarquía militar.

La historia es el relato de los vicios y virtudes de los gobernantes, y de las costumbres y hechos de los pueblos, y hay que contrapesar detenidamente unos y otros para explicarse muchos acontecimientos.

Una verdadera oligarquía se habia apoderado del Perú desde su emancipación. La clase militar dueña del poder, no permitía que ninguna otra ejerciera la soberanía. El militarismo era el único medio por el que se podía medrar, y como era general la idea de la nulidad individual para conquistar fama y fortuna, la aspiración general estaba cifrada en la carrera de las armas. La Universidad podía elevarnos a la magistratura o al ministerio, pero para pretender la presidencia era menester haber saboreado el rancho de la caserna.

Estos eran los que componían los cortejos del gobierno y de los revolucionarios: los que representaban la patria y los autores de los repetidos pronunciamientos. Ellos nos habían emancipado, y solo ellos tenían derecho a los puestos públicos. El Perú y sus rentas debían repartirse entre ellos.

A fines de Mayo era apurada la situación de Orbegozo. El enemigo le tenía en jaque por todas partes. Las defecciones del centro, de Pisco, la campaña del norte pusieron al Perú en manos de Salaverry. La severidad le hacía temer: la crueldad odiar. Hacía poco que tenía 600 hombres el que ahora contaba con un ejército. La audacia lo había hecho todo. Apurada situación de Orbegozo.

Orbegozo había reunido 2,500 reclutas distribuidos en los batallones Ayacucho, Libres, 1.º y 2.º de la Guardia nacional, y en los escuadrones Húzares de Junín, Inmortales y Lanceros, y, además, una brigada de artillería con cuatro piézas. Sus tropas.

Estas tropas creadas y sostenidas más por el carácter belicoso del arequipeño que por la actividad del Jefe, eran el último baluarte del orden constitucional. Principiaban a instruirse en la táctica cuando ya casi toda la república obedecía al caudillo, y no pudiendo vencer a éste, se buscó en el extranjero quien pudiera derrotarle.

Si Salaverry no hubiese manchado los actos de su administración con crímenes horrendos; si el fuego irreflexivo de los pocos años lo hubiera templado la prudencia; si la arbitrariedad del primer momento hubiese sido remplazada por el estricto cumplimiento de la ley, no hay duda que su poder habría sido inconstrastable. Pero la crueldad no tenía cuando cesar; las víctimas sacrificadas estaban pidiendo venganza; la guerra a muerte abrió un abismo insondable entre los combatientes, y el caudillo a fuerza de tantas arbitrariedades acabó por hacerse menospreciar. Orbegozo, rodeado de los constitucionales, y alentado por los gemidos de las familias de las víctimas, cobró alientos para castigar tantos delitos, y entre el despotismo que nada respeta, y la intervención del político ennoblecido por muchas de nuestras glorias, esco- Su crueldad impedía la unión.

gió al amigo que, había cifrado su grandeza en reparar la desmembración egoísta del genio, *para asegurar la supremacía de su patria en la América Meridional.* Santa Cruz excusó a Orbegozo: llamar a otro hubiera sido un crímen.

La Confederación obedecia a un alto fin histórico.

Ya hemos visto que hacia mucho tiempo que el plan germinaba en el cerebro del Presidente de Bolivia. Diversas tentativas habían abortado; pero es indiscutible qus debido a ellas había ido creciendo lentamente el número de sus adeptos.

Bolivia enclavada en el centro de la América Meri, dional, separada del Océano por un desierto de arena· obligada a valerse de nuestras aduanas, veía palpablemente las ventajas de la federación, y Santa Cruz consideraba al Perú, como un teatro más vasto y explén-dido para el que aspiraba como él a pasar a la posteridad· Súbditos y mandatarios anhelaban la unión política de ambas repúblicas.

En el Perú, las continuas guerras civiles, las desdorosas administraciones de Gamarra y de La Fuente, los crímenes de Salaverry, habian hecho protestar a muchos de la bondad de la democracia; y todo esto unido a la contemplación de la tranquilidad y progreso relativos de que disfrutaba Bolivia, dió lugar a que muchos de nuestros compatriotas estuvieran por la federación.

Oposición a la intervención.

Pero si uno y otro pueblo deseaban confederarse, ambos eran opuestos a la intervención. La del año 28 había dejado profundo resentimiento, sin embargo que a ella debe su autonomía Bolivia; y la que se proyectaba ahora no era muy deseada, aunque se palpara el peligro de perpetuar la más espantosa de las tiranías. Muchos amigos de Orbegozo le aconsejaron que resignara el poder.

Constitucionalmente hablando, Bolívia la había re-

chazado. El diputado Olañeta, instigado por Santa Cruz, la presentó a la cámara el año 33 y no pudo hacerla aceptar. Vinieron entonces las influencias oficiales; Santa Cruz no se dejaba vencer fácilmente. Se repartieron puestos, honores y distinciones entre los representantes, y cuando se creyó el terreno suficientemente preparado, se volvió a insistir. Entonces se obtuvo una de aquellas resoluciones que no otorgan lo que se pide, pero que ponen en manos del ejecutor un poder inconmensurable. En 5 de Noviembre de 1833, en seción secreta, el congreso lo autorizó para "tomar todas las medidas necesarias para precaver los contagios del desorden y defender la república de toda clase de agresión, manteniendo la superioridad que le había dado a Bolivia, el orden y la paz de que disfrutaba."

**Resolución legislativa.**

Apoyado en esta resolución, Santa Cruz levantó y mantuvo un ejército de 5,000 hombres, y al frente de él impuso silencio a los suyos e intervino en el Perú.

Una autorización expresa hubiera sido mejor. Por lo menos habría tenido que dar cuenta de sus actos en la asamblea de Chuquisaca, y las cuestiones que después se suscitaron con Chile, se habrían tratado en ésta con más calma y habrían tenido mejor solución.

**Misión de Gomez Sánchez.**

Tal era el estado de nuestras relaciones con Bolivia cuando Orbegozo, resuelto a pasar por todo, y no viendo en sus tropas sino defecciones y pronunciamientos, envió al Dr. Gómez Sánchez a La Paz (11 Abr) con la misión de pedir un ejército que oponer a Salaverry.

# CAPITULO XXV

Cómo se realizó un sueño.

Tanto en público como en privado trataba Santa Cruz por desbaratar la obra que el egoísmo colombiano había impuesto a Bolivar.

Para ser amigo de Santa Cruz o arrancarle algún servicio, no había más que manifestarse celoso partidario de la confederación. Muchos de nuestros compatriotas estaban dispuestos a secundarle, señalándose el ministro La Torre, Quirós, los Macedo, los Comandantes Coloma y Guarda, que en unión de los agentes de Santa Cruz, le buscaban partidarios.

Malicia de dos maestros.

Gamarra que no pensaba sino en regresar al Perú, aunque no fuera sino para vengarse del gobierno que había mandado vender sus bienes y los de su esposa para cubrir su deuda, acogió la idea con calor, y cuando el levantamiento de Salaverry, le escribió a San Román a Urbina, Ponce, Montesinos. Salcedo y demás partidarios, para que se pronunciaran en el Cuzco por la federación halagando a Santa Cruz (14 Marz).

En vano se le esperó: no tenía cuando venir: sus amigos le escribieron que tendrían que reconocer a Salaverry para librarse de sus ataques, y entonces fugó de Cochabamba (principios de Ab,) en momentos que Orbegozo pedía que se le alejara 80 leguas de la frontera, según el tratado.

Santa Cruz que también quería pisar el Perú, vió el cielo abierto, y resolvió no dejar escapar la oportunidad. Gamarra le serviría no solo para contener a Salaverry, enemigo temible popularizado por la guerra ex-

tranjera, sino para arrancarle a Orbegozo el mando del ejército unido que le haría árbitro de dos repúblicas.

El complicado plan se puso en ejecución. Gamarra fue perseguido, tomado en Oruro y conducido a Chuquisaca. La Torre le alojó en su casa; asistió a las conferencias con Santa Cruz, y fue testigo del contrato verbal que celebraron, sin que el ministro creyera faltar al decoro y al deber, autorizando con su presencia un acuerdo para federar el Perú y Bolivia e invadir el primero.

Famosa carta de La Torre.

Poco después le escribía a Gamarra: "¿Cómo en efecto creer que un hombre de mundo y de tacto como Ud. pueda desconocer que su único, su exclusivo interés consiste en unir los suyos con los del Presidente de Bolivia? ¿Cómo creer que un peruano tan peruano como U. desconozca los fatales, los horrorosos resultados que podría producir cualesquiera diferencia que tendiese a disminuir al crédito, la opinión o el poder de los personajes encargados de salvarnos de la actual crisis? ¿Cómo creer que U. que conoce el prestigio del Presidente de Bolivia, el reposo que caracteriza sus deliberaciones, la constancia con que las lleva a cabo, y en fin su carácter y opiniones todas relativas al negocio que nos ocupa, pueda deslumbrarse hasta concebir el proyecto de obrar solo por sí y olvidando los acuerdos prexistentes?" (Chuquisaca 27 Jun 35.)

Así hablaba a su padrino el ministro del Perú, que no lo hubiera hecho mejor un agente de Santa Cruz, sobre un acuerdo verbal que descansaba solo en la buena fe.

Habil cambio

Gamarra cambiando de plan y conociendo el flaco de Santa Cruz, le escribió entonces a los cuzqueños que se pronunciaran por Salaverry, y de aquí que Lopera en Lampa (4 Marz) con el escuadrón Lanceros, y Martin G. Concha en el Cuzco (14 Marz), reconocieron a Salaverry.

nombrando el primero al segundo Jefe político y militar. Los amigos de Gamarra que no estaban en el secreto, de atemorizar a Santa Cruz, se quedaron estupefactos.

Cuando la noticia llegó a Chuquisaca produjo el efecto deseado. En el acto se le extendió el pasaporte y se dejaron a un lado los cumplimientos con Orbegozo. Gamarra, prometió de palabra trabajar por la federación y pasó al Perú. El temor a Salaverry hizo el milagro.

También aguijoneó a Santa Cruz la salida de Lima de la división Larenas, en apoyo de los últimos pronunciamientos. Dejarla entrar al Cuzco habría sido un desatino. Era menester que los peruanos vinieran entre sí a las manos, para acreditar ante el mundo que en el Perú grasaba la guerra civil.

Gamarra, por su parte, no se quedó atrás. Conocía a fondo a su compañero y combatió su malicia con la perfidia. Una vez libre se olvidó del contrato verbal y concibió un plan diabólico. A Larenas le escribió (Lampa 27 May, 34), que ya contaba con el apoyo de Santa Cruz, y que le mandara su secretario o auditor para hablar con él; a Santa Cruz le pidió fusiles y pólvora para asegurar la federación; y para sí resolvió con las tropas del Cuzco batir a Larenas si era menester, y reforzado luego con los vencidos, marchar contra Salaverry para vencerle u obligarle a estrellarse contra Santa Cruz, o batir primero a éste y luego al joven caudillo.

A fin de excusarse con Santa Cruz, habló de la federación en una próclama en quechua que dirijió a los indios, en la que se leía la siguiente frase: "La federación es el deseo de los pueblos, y el único sistema que puede hacerlos felices. El que anhele por el bien general, debe cooperar eficazmente a la consecución de este sagrado objeto. Así

lo encarece a sus amigos y verdaderos patriotas, Gamarra."

Con esta treta cumplió con Santa Cruz. Pocos curas entendieron la proclama, y no se enagenó la voluntad de los salaverrinos y gobiernistas. ¡Qué escuela de bribones!

Castilla, prefecto de Puno, se vió rodeado de enemigos. Abandonó la ciudad que ocupó Lopera, el que entregó a Gamarra los batallones Pichincha, Defensores, Puno, Paruro y Quispicanchi, el escuadrón 13 de Enero y 2 piezas.

Con estas fuerzas se quitó en parte la máscara; proclamó la federación de los departamentos del sur tanto para engañar a Orbegozo como a Santa Cruz: se tituló Jefe del Estado del Centro, y retrocedió al Cuzco para batir a Larenas (20 May).

Gamarra se quita en parte la máscara.

Las relaciones de amistad, industria, comercio y hasta de familia que existían y aun existen entre los cuzqueños, puneños y bolivianos, facilitaron el plan de Gamarra, el que pronto se vió al frente de un ejército mandado por buenos capitanes y de una numerosa indiada armada de palos y hondas.

Su primer paso fue invitar a Larenas, a la sazón en Ayacucho, a pasar al Cuzco, donde esperaba quitarle la tropa más con la intriga que con las armas. Larenas, que ignoraba las últimas proclamas de Gamarra, aceptó la invitación; entró en el Cuzco el 28 de Mayo, desocupado el 27 por el Paruro en marcha para Sicuaní. El silencio y abandono de la ciudad le inspiró sospecha: ordenó que Paruro volviera a ella, y al no obedecerle comprendió que se tramaba alguna maquinación En esto llegaron a la ciudad el Coronel Valdivia y después el Dr. Flores, mandados por Gamarra con fútiles pretestos, pero en realidad para sobornar a la gente de Lare-

nas. El 7 de Junio, en la noche, el subteniente Lara con 10 hombres se alzó con la caballada que llevó Oropesa donde estaban las avanzadas.

Al día siguiente, despejada ya la incógnita, Larenas clavó sus cañones, quemó las cureñas, y con los batallones Pichincha y Victoria se dirigió a Anta. Al salir se batió en los arrabales con la fuerza de Rebollar, enviado para favorecer el pase de los ya comprometidos. Larenas tuvo que variar de dirección; sostuvo el ataque con las compañías 2ª y 6ª del Victoria al mando del Coronel Medina y del Comandante Villamar, y con el resto marchó al norte a tomar posiciones en Urubamba. Ya era tarde: el capitán Ramos de la 1ª compañía y su teniente Medrano, y poco después la 6ª, dispararon contra sus oficiales, y aunque la última fue perseguida por su mismo capitán Vargas hasta dar con la tropa de Gamarra, que le tomó prisionero, siguió la 1ª del Victoria con el capitán Ruso y el teniente Paz, no obstante los esfuerzos del Coronel Rivas y del Mayor Balta. Muchos de estos cayeron después en manos del invasor y recibieron su castigo!

Junta de Guerra.

Larenas reunió una Junta de guerra: hizo presente la desmoralización de la tropa; la imposibilidad de seguir adelante por haber cortado el Teniente Coronel Larrea los puentes del Apurimac, y propuso pedir salvo conducto para los que quisieran seguirle y entregar la tropa a Gamarra; la moción fue aprobada, salvando sus votos los Coroneles Rivas, Medina y el Mayor Balta.

Se persigue a Larenas.

Gamarra recibió con gusto las fuerzas y de mala gana firmó los pasaportes, pero ordenó que se les hostilizara. En Abancay tuvieron que compeler a Larrea para que los dejaran seguir a Andahuaylas.

De esta manera, en 40 días se puede decir que se evaporó la división Larenas, y Gamarra se vió dueño ab-

soluto del inmenso territorio que se extiende del departamento de Ayacucho a las márgenes del Titicaca.

Para poder sostenerse redujo la lista civil y la militar a medio sueldo (25 Ag).

## CAPITULO XXVI

Orbegozo convocó un cabildo abierto en Arequipa, (27 Marzo) y en él se resolvió que se enviaran comisionados a Cuzco y Puno para conocer el verdadero cáracter de los movimientos que habían tenido lugar, y que en caso que realmente estuvieran por la federación, los invitaran a una Asamblea general, la que decidiría la determinación que se debería adoptar. La idea fue rechazada en los departamentos. Fue en esta sesión que el General Tristán hizo la oferta generosa de sostener al gobierno durante dos o cuatro meses, la que no fue aceptada, dándosele las gracias. Cabildo abierto

Si la revolución de Salaverry despertó al General Orbegozo y le hizo sacudir esa calma que le era habitual, el fusilamiento de Valle Riestra y los pronunciamientos de Cuzco y Puno le sumieron en el mayor abatimiento.

Su autoridad disminuía en proporción a sus fuerzas, y mientras en Lima todo era animación y preparativos bélicos, en Arequipa reinaba la división y la tristeza.

Hombre pacífico, nada militar, y sin entereza para sobreponerse a la situación difícil que atravesaba, Castilla y otros le recordaban sin piedad, que lo que ocurría se lo habían pronosticado hacía muchísimo tiempo. Si el caudillo sabía hacerse temer, Orbegozo sabía hacerse menospreciar.

A pique estuvo de aliarse con Salaverry o con Gamarra. Plan de unirse con Salaverry o con Gamarra.

Ya hemos dicho que Puno se pronunció por la federación (24 Mayo), y que Castilla, prefecto del departamento, lo comunicó al gobierno a tiempo que se ponía en marcha para Arequipa. En la entrevista que tuvo con Orbegozo, se fueron de palabras por no haber creído éste sus predicciones y se retiraron muy disgustados. La insolencia de Castilla no habría tenido lugar, sin el abatimiento en que habían sumido a Orbegozo los acontecimientos graves de la capital.

No queriendo aumentar el número de sus enemigos y conociendo los méritos militares de Castilla, en vez de castigarle por el desacato, le encargó la Secretaría y el Estado mayor. Perdonar al que delinque, es nobleza y religión; pero agasajarle, es disponerlo a que nos desprecie. Fue entonces que Castilla contrajo matrimonio con la Señorita Francisca Diez Canseco.

Actividad de Castilla.

Castilla llenó bien su cometido. A su actividad se debió la formación de una maestranza para fabricar armas, pólvora, balas, monturas, correajes, así como la organización de la infantería y caballería.

Se formaron dos divisiones: una que se dió a Castilla el que la llevó a Quepeña para disciplinarla, y otra a Morán que la dividió entre Sabandía y Socabaya.

La conducta de Gamarra luego que tomó los departamentos de Puno y Cuzco, la proclama en quechua, y el armamento que recibió de La Paz, estaban acreditando que marchaba de acuerdo con Santa Cruz.

Castilla en medio de tanto embrollo conservaba la vista clara Indignado del procedimiento equívoco de Santa Cruz, concibió el plan de unirse a Salaverry o a Gamarra para conservar la independencia del Perú, prefiriendo en todo caso al primero, no solo porque era más patriota y más guerrero, sino porque estaba

en posesión de la mayor parte del territorio que es un gran factor en una causa internacional.

Siguiendo su plan condujo su división a Characato para dominar a la de Sabandía; comunicó su proyecto a Orbegozo y a Morán, y convinieron en que mientras ellos operaban en el sur, se iría Orbegozo al norte a suscitar una reacción haciendo valer sus numerosas relaciones de amistad y familia. Todo estaba listo para el viaje, caballos, equipaje, escolta y hasta el buque que debería conducirle.

Se descubre la la trama.

Pero una combinación en que intervinieron tantas personas no podía permanecer secreta. El Coronel Quirós, secretario privado de Orbegozo y amigo íntimo de Santa Cruz, y uno de sus más celosos partidarios, se llegó a imponer de la trama, y en el acto habló con el General Cerdeña, y ambos le hicieron presente a Orbegozo que, habiendo desconocido Salaverry y Gamarra su autoridad, era de todo punto imposible que se pusieran a sus órdenes para abatir a Santa Cruz.

Darle el mando del ejército nacional a cualquiera de ellos, era complicar la situación, porque en el acto levantarían bandera los partidarios de Santa Cruz, y el gobierno tendría que sofocar tres revueltas cuando al presente no habían más que dos.

Si la invasión del Perú estaba resuelta, era mejor convertir al enemigo en aliado, y con su auxilio, lanzar del territorio a Salaverry y a Gamarra. Esta alianza tendría para Santa Cruz mayores atractivos que otra alguna, por el hecho de llevar a cabo la federación con menos tropiezos, a la sombra de la autoridad y de la ley. La prudencia exigía que se quitara a Castilla la división sin hacer estrépito, y que en el acto se mandara a Bolivia un comisionado para celebrar un tratado de auxilio, bajo las condiciones que impusiera Santa

Cruz Al deportador de La Mar y al asesino de Valle Riestra ningún contrato los podía obligar.

Cambia Orbegozo.

Espantado retrocedió Orbegozo ante el peligro a que se había expuesto, y con la misma facilidad que aceptó el plan de Castilla determinó conducirse de manera de obligarle a presentar su renuncia.

Al efecto le ordenó que colocara al Comandante Gonzáles al frente del batallón de Bonifaz. Castilla no obedeció, creyendo que el cambio tenía por objeto espiarle, por lo que al mismo tiempo que se le reiteró la orden, Cerdeña pasó a Characato para contenerle, y Orbegozo y Quirós a Sabandía para asegurarse de la división Moran.

Castilla comprendió que se desconfiaba de él; renunció la Comandancia (4 Jun), y también el ascenso a General de brigada, y pidió que se le sometiera a juicio. Abierto éste, Orbegozo mandó cortarle tres días después. La división fue encomendada al Coronel Casanova.

## CAPITULO XXVII

Misión de Gómez Sánchez

Durante estos acontecimientos, Gómez Sánchez, restablecido de la grave dolencia que le detuvo algún tiempo en Oruro, entabló las negociaciones. Pidió 3,000 hombres con caja militar para 3 meses por lo menos: los gastos, hasta el regreso, serían de cuenta del Perú: las tropas debían cruzar en el acto el Desaguadero, previo aviso; al regresar, dejarían una guarnición encargada de la conservación del orden hasta la instalación del congreso, al que presentaría Orbegozo el proyecto de federación, que trataría de hacer aprobar. Santa Cruz exigió el mando del ejército unido sin limitación alguna, y, no estando au-

torizado el plenipotenciario tuvo que pedir instrucciones.

Santa Cruz, que ya tenía asegurada la invasión por otro tratado no gastó muchos cumplimientos con Gómez Sánchez. Continuó acopiando víveres, forraje, y con el armamento los iba remitiendo a Puno. De allí le mandó 1,000 fusiles a Gamarra con Rivarola.

Más tarde, sin haber firmado tratado alguno, ordenó que la primera división del General Herrera y el Coronel Ballivián cruzara los límites y extendiera sus avanzadas hasta Vilque: se componía de los batallones 1° de la Guardia, 4 de línea y el regimiento Avilés (16 Jun.) Un manifiesto redactado por Mora defendiendo la tropelía iba a darse a luz y repartirse, cuando la llegada de un nuevo comisionado a La Paz impidió que se publicara.

El General Tristán fue el más empeñado en que se llamara a Santa Cruz, quizá, por habérsele prometido la presidencia de la asamblea del sur. Orbegozo no era para medirse con Salaverry o con Gamarra, y no pudiendo arreglarse con ninguno de ellos, no había más que tratar con el ambicioso que, aunque extranjero, amaba de veras al Perú. Si no le traía él, le traería Gamarra. La invasión estaba resuelta.

Misión de Esteves.

Cansado de esperar a Gómez Sánchez, mandó que el secretario de éste, D. Manuel Ruperto Esteves (30 Mayo) propusiera la invasión en el acto, comprometiéndose Orbegozo a convocar una asamblea de los departamentos del sur, dimitir cuando se reuniera, e irse al norte para convocar otra, llevándose 2 batallones, 2 escuadrones y la tropa boliviana que se le quisiera dar.

Como en este nuevo tratado tampoco se confería a Santa Cruz el mando del ejército unido, se entretuvo a Esteves con retardos y moratorias, en tanto que se envió a Arequipa al Coronel Elías Bedoya, agente de Santa

Elías Bedoya

Cruz, con el encargo de minar las tropas de Orbegozo y provocar una revolución si era menester.

Misión de Quirós.

Orbegozo comisionó entonces a su secretario privado Coronel Quirós, el que llevó de secretario al Dr. Valdivia (5 Jun.) para que conferenciaran en La Paz con el Dr. Calvo, ministro de relaciones. Convinieron en los puntos siguientes: (15 Jun.) Bolivia mandaría el ejército necesario para pacificar el Perú con caja militar para 3 meses al mando de Santa Cruz, o del General boliviano que éste ordenase; los gastos serían de cuenta del Perú desde la partida de los cantones hasta el regreso. El pré del soldado y los sueldos, iguales a los del ejército peruano. Una vez que el ejército boliviano pisase el territorio, Orbegozo convocaría a los departamentos del sur a una asamblea que se reuniría en un lugar central, cómodo y libre de las influencias del poder. Bolivia garantizaría el cumplimiento de la convocatoria y la respetabilidad de la asamblea: pacificado el norte se convocaría otra asamblea igual a la del sur. El tratado sería ratificado en 15 días. El oficial mayor del ministerio S. Loza lo autorizó por parte de Bolivia. El Comandante Siles fue comisionado para llevarlo al Perú.

El tratado caía por si solo. Santa Cruz no tenía poder. La asamblea de Bolivia solo le había autorizado para levantar tropas. Orbegozo estaba en igual condición. Él no era sino el General en Jefe del ejército. Salazar y Baquíjano no le había trasmitido legalmente el poder, y aunque el Consejo de Estado le autorizó para adoptar las medidas necesarias a la conservación de éste, en ellas no se comprendía la de llamar al extranjero que exige poder directo y especial del legislativo. Quirós se excedió de sus instrucciones, y tanto, que Gómez Sánchez se negó a firmar el tratado.

Las facultades extraordinarias son intrasmisibles al extranjero porque son constitucionales. Ellas no pueden ejercitarse sino en el territorio. La federación se implantaba de hecho sin consultar al congreso. Se convocaba a dos asambleas, dividiendo a la nación y también al cuerpo legislativo, y lo que es más grave, se encargaba la pacificación del país a un estraño con prescindencia absoluta del ejecutivo.

Cuatro administraciones regían el Perú; un gobierno legal débil: dos revolucionarios, y un extranjero poderoso. La nación mantenía cuatro ejércitos distintos que montaban a 16,000 hombres. La autoridad de Orbegozo desapareció de hecho, no pudiendo disponer, como el mismo dijo, ni de una compañía. Condición bochornosa que le salvó de mancharse con los crímenes horrendos que se cometieron después.

Merecía el Perú su suerte? Indudablemente que si. Sin vigor para hacer respetar las leyes y sostener al mérito y a la virtud: débil y pusilánime ante tiranos cobardes, que al menor grito de indignación hubieran fugado despavoridos; con una alta clase refractaria al trabajo, y dispuesta a servir al gobierno o al rebelde que le asignara renta, no había razón para concederle magistrados honorables, galardón de los pueblos persuadidos, de que la verdadera libertad es el cumplimiento del deber.

Segunda División boliviana en el Peru. Convocatoria

A fines de Junio, condujo la segunda división Santa Cruz a Puno donde fijó su cuartel general.

En cumplimiento del tratado, Orbegozo, en atención a que la república se hallaba dislocada por los motines militares, motivo por el que no se había reunido el congreso extraordinario convocado para Mayo, ni podría reunirse el ordinario, convocó a los departamentos de Arequipa, Puno, Cuzco y Ayacucho para el

26 de Octubre en la villa de Sicuaní, a una asamblea que fijaría las bases de la nueva organización política: e igual convocatoria hizo a los departamentos del norte para la villa de Huaura, una vez que estuvieran libres de la fuerza que los oprimía. (26 Junio)

Entrevista y ratificación.

En seguida pasó al pueblo de Vilque: conferenció con Santa Cruz y ratificó el tratado en 8 de Julio y no el 24 de Junio, en Arequipa, como aparece del original, de manera que antes de ratificarlo ya había principiado a cumplirlo como se ve por los decretos anteriores. Se convino en que Orbegozo se dirigiría al norte de la república a levantar a los pueblos contra Salaverry: y como era probable que no pudiera comunicarse con Santa Cruz por más o menos tiempo, le trasmitió a éste por nota del mismo día, las facultades extraordinarias y la suprema autoridad política, para que no tuviera embarazos en la campaña ni en la administración.

Decreto tranquilizador.

Demasiado cuerdo era Santa Cruz para no comprender, que siendo la trasmisión notoriamente ilegal tenía que sembrar desconfianzas y recelos en el Perú, y trató de aminorar los efectos de su poder omnímodo, declarando en un decreto (10 Jul.) que pacificaría el país y le organizaría según el derecho de gentes, fijando las bases en que estribarían su seguridad y reposo y observando la más extricta imparcialidad: el territorio ocupado por su ejército quedaba bajo su inmediata protección: garantizaría los principios del sistema popular representativo, la religión católica romana y la independencia del Perú: coadyuvaría a la reunión de las Asambleas y sostendría sus deliberaciones, y si el Perú se dividía en dos Estados independientes, Bolivia se comprometía a formar parte de la confederación cuya existencia política sería determinada por una Convención general. El ejército mediador garantizaba el honor, la libertad, la

propiedad y la plena seguridad de los ciudadanos de los tres Estados: los peruanos disfrutarían de tranquilidad en sus hogares sin ser molestados, reconvenidos, ni juzgados por autoridad alguna, y el que con escritos, o actos subversivos o sediciosos intentase perturbar el orden y la tranquilidad pública, sería considerado como enemigo de la paz y de la patria, y como tal se le sometería al rigor de las leyes.

Esta declaratoria se repartió en hojas sueltas a los pueblos, se insertó en el Boletín, y lo que es más importante, se cumplió religiosamente.

## CAPITULO XXVIII

Por los antecedentes se ve, que el gobierno y los caudillos procedían con tanta cautela que ninguno conocía los actos y pasos del otro. Gamarra se veía dueño del Apurimac al Desaguadero: Orbegozo de Arequipa y Salaverry del resto del Perú. Manejos ocultos

Gamarra, sin sospechar que las negociaciónes del gobierno y Santa Cruz estuviesen concluídas, mandó a Basagoitia a Arequipa a proponer que se entendieran con èl, si Orbegozo dejaba el mando y prometía trabajar por la federación del sur. Se le enseñó el tratado, y Basagortia regresó más que de prisa llevando carta de Tristán a Gamarra en la que le aconsejaba que volviera sobre sus pasos y se dejara de imponer condiciones.

En el intervalo, Santa Cruz que veía el peligro que Salaverry y Gamarra se unieran, les escribió ofreciéndose como mediador de sus deferencias con Orbegozo. El primero contestó con el decreto de guerra a muerte (7 Santa Cruz ofrece mediar

Jul), y el segundo pidiendo el departamento de Arequipa y el lanzamiento de sus autoridades.

Se corre el velo

La vuelta de Basagoitia despejó laincógnita. Santa Cruz había cruzado la frontera sin dar aviso. Maliciosamente había celebrado de palabra el contrato de Chuquisaca para quedar libre, y ahora le pedía a Gamarra un estado minucioso de sus fuerzas, con el pretesto de asegurarle, decía, el gobierno de uno de los estados del Perú, cuando en realidad quería saber con qué tropas y elementos marcharía para poder someterle.

Responde a la guerra a muerte

Al decreto de guerra a muerte contestó declarando, que haría la guerra con arreglo a los principios de las naciones cultas, exceptuando al caudillo y a sus Jefes hasta el grado de Coronel. Declaró a Salaverry fuera de la ley y ofreció por su cabeza 10,000 pesos. (Cuzco 17. Ag.).

Indultos recíprocos.

En Pisco, (7 Oct), Salaverry, para favorecer la deserción de los Jefes peruanos que servían a Santa Cruz, había decretado que si se pasaban, dentro de 90 días conservarían sus puestos y grados; y si habían militado con Orbegozo, serían declarados Beneméritos a la patria.

Santa Cruz prometió indultar a los Generales, Jefes y oficiales de Salaverry que se sometieran hasta fines de Diciembre, antes de pelear contra el ejército unido (6 Cuzco Nov.), dejando subsistente el decreto de 29 de Agosto, por el que se declaró que los delitos políticos perpetrados en el territorio del ejército unido quedaban exento del rigor de las leyes militares, exceptuando a los cabecillas, Jetes y promotores de la resistencia armada, y a los que firmaron el decreto de guerra a muerte.

Gamarra disimula

Gamarra se hizo el disimulado; contestó afablemente aprobando lo que se hacía: hizo que el prefecto del Cuzco publicase la convocatoria a la asamblea de Sicuaní, y en la misma fecha le escribió a Salaverry reconocién-

dole, solicitando su auxilio, y, poco después, le llamó a ponerse al frente de sus tropas (26 Julio) diciéndole, "que solo había venido a encarrilar el entusiasmo que reinaba en el sur por la federación."

A la invitación contestó Salaverry nombrando a Pardo y a Bujanda para tratar con Gamarra, y éstos se reunieron en el Cuzco con Salcedo, representante del último. He aquí las cláusulas: Gamarra renunciaría a la Jefatura del centro; reconocería a Salaverry como Jefe Supremo; concurriría al Congrero de Jauja convocado para Octubre, y entregaría el mando político y militar cuando Salaverry hubiere llegado a Andahuaylas. Sus empleados, Jefes y oficiales serían reconocidos y conservarían sus puestos, y Salaverry apoyaría a los departamentos sometidos a Gamarra. Éste lo ratificó en el Cuzco (27 Jul), e hizo reconocer como Jefe Supremo a Salaverry (25 Ag); y el caudillo lo ratificó en Bellavista siendo ministro Ferreyros. A Gamarra se le otorgó en premio la medalla de los restauradores. (12 Ag). Tratado de Salaverry con Gamarra.

Este tratado, que desaprobó San Román (Tinta, 9 Ag.) podía haber salvado la autonomia del Perú. La invasión hubiera sido imposible. El ejército de las partes, ascendía a 7,500 hombres mandados por buenos capitanes: Orbegozo habría tenido que ceder, y Santa Cruz, a su vez, hubiera desistido de su empresa ante los 9,000 hombres dispuestos a contrarrestarla. Se podía haber salvado al Perú

Desgraciadamente, por entonces, el Perú no entraba en las combinaciones políticas del gobierno o de los caudillos. El egoísmo más criminal los dominaba a todos: el ingenio y la inteligencia, Pardo, Pando, Mariátegui, Tudela, Ferreyros, y tantos otros literatos y ministros, se prestaban a servir con tan buena voluntad al rebelde como al gobierno; la cuestión era tener

renta; la constitución era letra muerta. Con excepción de Unanue, Tafur, y algún otro que se nos escapa, los palaciegos de Lima no se cuidaban sino de su interés personal: la idea de trabajar por la grandeza del Perú no los preocupó un momento, y los hombres que los rodeaban eran de los que maldicen la ley divina que ha condenado al hombre a ganar el pan con el sudor de su rostro.

Reproche injusto contra el genio

Y ahora es el momento de levantar el reproche que algunos de mis compatriotas han hecho al Libertador, con motivo del desprecio que le inspirábamos.

Un hombre de genio, de talento singular, que había renunciado a los goces de la fortuna y las comodidades de la vida para consagrarse a la emancipación de un continente, ¿qué idea se podía formar del Perú al encontrarse en Lima con hombres que estaban tratando con los españoles, o que llevados del egoísmo no tenían otra mira que vivir con renta y desahogo en un puesto del Estado?. Al que no trabaja, al que no ejerce honorablemente una profesión o industria, o rinde culto a las letras o a las artes, el talento le mira con el más alto desprecio. Para esto no hay necesidad de ser Bolivar; y de consiguiente, el que libertó un mundo sin tomar un céntimo del fisco; el que rechazó un millón que equivalía a diez de la moneda actual; el que se dejaba vestir por sus edecánes, y que al pié de la tumba vendió su vajilla para la dieta, qué concepto, repito, podía formarse de esta multitud de políticos advenedizos, incapaces de valer por sí, y que aspiraban a la emancipación para distribuirse las pingües rentas de la colonia?

Con virtudes tan excelsas como las de Bolívar, en las que sobresalían la grandeza, la magnanimidad, el desinterés y el patriotismo, los demócratas fiancistas de frac y de levita que encontró en Lima, ineptos para la adminis-

tración y sin temple para la guerra, no podían inspirarle sino lástima, al observar que su marcialidad y competencia política estaban en razón inversa de su codicia y descarada ambición.

Cada uno de esos desdichados se creía un personaje, y aun hoy mismo el historiador se queda estupefacto ante el empeño de sus contemporáneos de enaltecerlos, para brindarnos la satisfacción gratuita de poseer toda una galería nacional.

Los hombres son los hechos: los elogios nada valen ante la posteridad: ésta no atiende sino a las acciones y a las virtudes políticas y sociales.

Póngase cualquiera en la situación del Libertador y verá, que con las altas ideas y los nobles sentimientos que le dominaban y ennoblecían, la gente que le recibió en Lima no era para captarse su amistad, ni merece siquiera su benevolencia. Congresos serviles; prensa asalariada; magistrados esclavos del poder; clero ignorante y amodorrido; Universidades de títulos y diplomas, divorciadas de la ciencia; juristas y literatos a la violeta dispuestos a sostener por la paga al despotismo como a la libertad, no son para atraerse las simpatías del genio y del talento.

Aun hoy mismo, es preciso decirlo de una vez, con Beneficencia que explota al pueblo y le desmoraliza con loterías; policía con torturas; finanzas con timbirimba, Universidades con copias; bachilleres tribunos precoces de plazuela: Centro Universitario capitulero; catedráticos ajenos a la dignidad del claustro, al percibir renta del fisco y estipendio del alumno; y en la administración, prefectos, intendentes y comisarios manchados con pacapíu mozas indemnes y máquinas peseteras, el viajero que nos visita lleva recuerdos tan gratos, como al salir de Borneo, Málaca o de las Filipinas.

Y es que aquí y allá no se disfruta del bienestar que solo traen el comercio, la industria y el ejercicio pleno del derecho bajo la espada de la justicia.

Vivamos gratos al Libertador. Él es nuestro padre. Tratemos de imitar sus grandes virtudes si queremos ser libres, y avergoncémonos de los defectos, vicios y pasiones de los infelices que le recibieron. Tendamos la vista y veremos que, por desgracia, se han centipulado sus descendientes.

Fortuna es obtener la protección del genio, pero hay el peligro de que no se le puede engañar. Nuestros defectos y vicios más recónditos no se le escapan. Lo que él dice y sostiene de sus favorecidos es incontrovertible.

## CAPITULO XXIX

Marcha de los beligerantes.

Asegurado en el norte Gamarra volvió la vista al sur. Con 4,000 mil hombres, la mayor parte reclutas, y 6,000 indios con palos y hondas, un estrateja como él no podía esperar batir a Santa Cruz, ni compelerle a unírsele para batir a Salaverry. Con el tratado contenía a éste, y con sus indios amenazaría al boliviano, quedándole de refugio el ejército de Lima en caso de un descalabro.

En Junio, Salaverry le nombró ministro plenipotenciario en el Ecuador con el objeto de separarle del ejército, que era el mayor agravio que se le podía hacer, y a mediados de Agosto le escribió diciéndole categóricamente: "U. debe abandonar el Cuzco antes que exponer la suerte del Perú en un combate desigual; pero U. debe retirarse con el Cuzco entero."

Pero para Gamarra el Perú y Salaverry le impor-

taban un comino. Vencer con el último era una necedad; la salvación del Perú no era de atenderse estando él de sulbaterno. Era menester mandar a todo trance, y no perder la oportunidad que se le ofrecía, aunque fuera pequeña, de poder triunfar del invasor y ponerse a la cabeza de todos.

En estas falaces espectativas, Santa Cruz le invitó a tener una entrevista en Sicuaní, y Gamarra le contestó con la famosa carta que le pinta de cuerpo entero: "Anoche llegó Larréa y me entregó la de U. Iré a Sicuaní: yo iría a Puno y al fin del mundo, pero Guilarte le habrá dicho como he quedado: iré con sus amigos Mendoza y Campero encargado de U. pero que esta entrevista no sea como la del Desaguadero: demos al país un día de consuelo. Le mando una carta original del Coronel Vivanco y el parte del prefecto de Ayacucho, que anuncian que la *revolución de Lima es mi favor*. El 8 estaremos en Sicuaní. Irá Urbina con el encargo de una legación para concluir todo, y U. traiga un secretario: es falso que yo trato con Salaverry."

¡El tratado y la carta son de la misma fecha!

Conocía a fondo la malicia de Santa Cruz; sabía que tenía amigos y espías bien pagados en el Cuzco, y, temiendo caer en una celada, mandó a Sicuaní a Urbina con Astete de secretario. A San Román le ordenó, que preparase la entrevista muy en secreto; *que prendiera a Santa Cruz*, y que talase los campos y sementeras para que los bolivianos al avanzar no encontrasen pastos, ni forrajes. La sospecha fue fundada. San Román cayó en la trampa: al llegar su avanzada a Aguas Calientes, la sorprendió y le tomó preso el Mayor Irigoyen.

Gamarra, de la hacienda de Pucuto, lanzó una proclama furibunda al pueblo y otra al ejército protestando de la invasión (Ag 6.) y se preparó para venir a las manos.

Orbegozo que estaba informado de lo que ocurría, y que los conocía también a fondo a los dos, previendo el desenlace que acabo de referir, se apresuró a reconciliarse con Moran, retirado y resentido desde el fracaso del plan de Castilla, y le ordenó que con su división, al mando superior de Cerdeña, pasaran al Cuzco a ponerse a órdenes de Santa Cruz.

Se componía de los batallones Ayacucho, Libres, el escuadrón Húzares de Junín y 4 piezas de artilleria, la que entró en Lampa el 22 de Julio, y la revistó Santa Cruz el 31 de mismo mes.

El 1°. de Agosto se movió el ejército por Pucará, Ayaviri y Santa Rosa, cuartel general, donde se reunió también la caballería que partió de Taraco. (5 Jul).

El 6 pasaron la cordillera: el 7 en Sicuaní; nueva revista y proclama al ejército. Antes de comenzar las operaciones, se destacó al Mayor Rubina con proposiciones de paz. Gamarra le puso preso y comenzó la campaña.

El ejército siguió por Tinta, tomó la izquierda de la quebrada de Urcos, acampó en Marcacunca y el 12 llegó a Sallumayo. El mayor orden reinó en la marcha. Los soldados pagaban cuanto pedían: trataban bien a los indios y observaban la más extricta disciplina.

Malicia de Gamarra.

Gamarra al saber el avance del enemigo, fuerte de 5000 hombres, destacó a Lopera a Urcos, al mismo tiempo que mandó a retaguardia su tren, bagajes y provisiones y convocó una Junta de guerra, con la malicia de decirle más tarde a Salaverry que se había visto forzado a presentar batalla.

En la Junta, Lopera y la mayoría, después de ligera discusión, estuvieron por cruzar el Apurimac y esperar a Salaverry. Se adoptó este parecer, y al efecto, Lopera

evacuó Urcos, pero en el camino recibió orden de contra marchar y de buscar a los bolivianos.

Gamarra con sus tropas ocupó Andahuaylas, y Lopera al observar que Santa Cruz se cargaba a la izquierda para tomar las alturas de Yanacocha, se le adelantó, y siguiendo la quebrada que corre a la derecha del pueblo, ocupó los altos de Roncán, de donde pudo divisar a los bolivianos en el pequeño y encajonado valle de Yupalca. Allí no se les podía atacar, y se resolvió esperarlos manteniéndose a la defensiva.

Santa Cruz destacó a la vanguardia 4 compañías de cazadores y la escolta con Ballivián a las 7 a. m. A continuación las brigadas 1ª. y 2ª. de Bolivia y del Perú; luego la artillería y la caballería, guardando la retaguardia dos compañías del batallón Arequipa. Batalla de Yanacocha. (13 Ag.)

Ante un ataque tan poderoso, se ordenó a Lopera que abandonara los altos, y Gamarra desplegó en batalla sus tropas en el abra que domina el camino real por el que tenía que pasar Santa Cruz, apoyando la derecha en un cerro escarpado donde colocó sus 6000 indios con hondas y picos para arrojar galgas, y la izquierda en unas peñas ásperas, muy elevadas, donde algunos cazadores desplegaron banderas negras. La posición era bien escogida: el abra estaba medio cerrada por el lago Yanacocha, y el terreno desigual y quebrado que se extendía al frente, no permitía operar a la caballería.

Pinta admirablemente la deformidad moral de Gamarra, el hecho de haber escogido una buena posición, en la que no había retirada en caso de una derrota: allí no había sino vencer o morir, y el triunfo era imposible con *dos paquetes por plaza!*

Juzgue el lector del patriotismo y de las entrañas de Gamarra!

Siendo la izquierda la parte débil, a las 12 y media del día. Brown recibió orden de atacarla con la vanguardia de Ballivián, al mismo tiempo que Morán cargaría con los carabineros de Ayacucho y Arequipa apoyado por la escolta. Gamarra reforzó la izquierda con batallones, y por dos veces el enemigo fue rechazado.

Al dejar el alto, Lopera se vió perseguido por dos batallones bolivianos, por lo que hizo alto, se desplegó en batalla y apoyó su izquierda en Cazadores y Paruro. Al frente colocó una guerrilla, y a pié firme rompió un fuego nutrido que obligó a los contrarios a replegarse.

Sagarnaga con el 1º de la Guardia, el 4º de línea con el General Herrera; el 3º de la Guardia con el Mayor General Velasco, y el 2º con el Coronel Anglada, atacaron de frente; desalojaron a Lopera, el que se replegó a la línea que cerraba el abra de Yanacocha. Allí se disputó la victoria palmo a palmo: cargas repetidas de infantería y duelo de artillería tuvieron lugar durante dos horas, que resistió solo el batallón Paruro, el que barrió el campo con dos brillantes cargas a la bayoneta.

Entretanto, Granaderos y Andahuaylas en la derecha habían sido destrozados por Cerdeña y Morán con los arequipeños, los que flanquearon al Paruro, le detuvieron en su marcha victoriosa y le pusieron en fuga. La acción duró 2 horas y cuarto, cayendo todo en poder de Santa Cruz, con excepción de dos escuadrones que fueron dispersados al día siguiente en Oropesa. Panizo y Lopera se distinguieron por el valor, y después merecen mencionarse los Coroneles Valdivia, Frisancho, Pérez, Eléspuru, Zapata, La Torre, y el Comandante Valdivia, de la división Cerdeña, que murió en la acción.

La victoria se debió al flanqueo de Cerdeña y al de-

nuedo de Morán; ambos, llevados de su ardimiento, siendo de la reserva, sin orden alguna, combatieron en primera línea. Orbegozo los ascendió, respectivamente, a Gran Mariscal y General de brigada.

Cayeron prisioneros 915 hombres incluyendo 68 Jefes y oficiales. En Oropesa, 10 oficiales y 61 soldados. Se tomaron 4 piezas, 3 banderas y todo el parque.

Los muertos pasaron de 600: bolivianos 192; entre ellos el teniente Rodríguez y el sub-teniente Quirós. De la división de Cerdeña 19.

Heridos 154; bolivianos 65, entre ellos los capitanes Barrayros, Dávalos y el teniente Hurtado.

Gamarra y Lopera perseguidos por Morán, encontraron el puente de Apurimac quemado por la tropa de Vivanco, por lo que tuvieron que remontarse a las alturas para seguir a Lima.

En el campo de batalla se fusiló al capitán Moya, que mandaba la tropa que enarboló banderas negras.

Santa Cruz entró al Cuzco (16 Ag) y desterró a los señores Farfán y Bernales, prebísteros distinguidos. Por su orden, Cerdeña fusiló en San Sebastián al Coronel La Torre, firmante del acta de guerra a muerte; y más tarde se hizo otro tanto en Arequipa con Almonte y los oficiales Bacas y García, si bien algunos opinan que no fue por haber estado en la batalla, sino porque pretendieron sublevar al batallón Ayacucho.

Basagoitia fue puesto en la cárcel del Cuzco, y Hermosilla en la de Puno por no haber querido someterse al invasor. Ildefonzo Zavala, consejero de Orbegozo, tuvo que expatriarse voluntariamente a Chile: era enemigo personal de Santa Cruz

# CAPITULO XXX

La invasión populariza la causa de Salaverry.

Cuando llegó a Lima la noticia del tratado de 24 de Junio y la invasión del Perú antes de que se firmara, la indignación contra Orbegozo fue general: y desde ese momento Salaverry representó la causa nacional. A Orbegozo le debió el caudillo su prestigio, y, valiéndose de él expidió el decreto terrorista (7 Jun.), de la guerra a muerte a Bolivia y a sus aliados, entre los que se contaba Gamarra. El que matase un soldado, oficial o Jefe boliviano, sería declarado benemérito a la patria, y, por 5 años no pagaría contribuciones. El asesinato convertido en hazaña: el crimen rindiendo honores y pingües utilidades!

Salaverry se apresuró a dar publicidad a la derrota de Yanacocha, temiendo que la ocultación magnificara el desastre. Mandó que a La Torre se le hicieran exequias en toda la república: declaró en asamblea los departamentos libres llamando al servicio a los hombres de 15 á 40 años, en el término de 4 días; y ordenó que los particulares en el mismo plazo entregasen las armas que tuvieran, bajo la pena de ser fusilados. Para no desalentar a Gamarra y a sus partidarios, entre los que habían muy buenos militares, le llamó a ponerse al frente de la Junta que se encargaría del mando cuando saliera de Lima.

Fusilamiento del Coronel Delgado.

Un crimen horrendo empañó el bello cuadro que entonces ofrecía Bellavista. Al Coronel Delgado, en situación bien aflictiva, le había puesto Salaverry en el Consulado para que pudiera atender a su numerosa familia, El favorecido cometió la imprudencia de escribirle a

un su amigo de Lambayeque que se pronunciara, no se sabe si por Gamarra o Santa Cruz, y, habiendo tenido la desgracia de que la carta cayera en manos del caudillo, éste le mandó llamar y le preguntó si era suya la firma. A la respuesta afirmativa dió orden de que en el acto le pasaran por las armas.

La ingratitud es herida profunda que lastima y hiere las fibras del alma más delicadas, pero jamás la han equiparado los tratadistas con el homicidio calificado o con la traición a la patria. Ella es mancha del carácter; úlcera del corazón. El escándalo y la publicidad, que son requisitos primordiales del delito social para que sea punible, no fueron actos espontáneos del reo sino producidos por imprudencia o el crimen del acusador. Gigés mostrándole orgulloso al amigo oculto los encantos de su mujer. No le valió al infeliz ni el haber sido su Coronel en el famoso Numancia.

En pocos días más terminaron los apuestos militares, y se abrió la campaña mandando una expedición a Cobija al mando del Coronel Quiroga. 260 carabineros de la Legión de la Guardia se dieron a la vela del Callao en la corbeta Libertad y la goleta Limeña. Después de 18 días de navegación desembarcaron en Mejillones, 16 leguas al sur de Cobija, y atravesaron el árido desierto de Atacama. El camino era fatigoso; el soldado se hundía hasta el tobillo en la arena: agotada la provisíón de agua, la columna fue dejando un reguero de rezagados, de manera que no llegaron al puerto sino 150 hombres. Capitán de éste era D. Francisco Guzmán. El Coronel Aramayo defendía plaza con 52 hombres de línea al mando del capitán Suarez, y 300 cívicos, algunos de Atacama: en el puerto habían 18 piezas de artillería de 24, 18 y 12 con el Sargento Mayor Núñez.

Quiroga sale a Cobija.

Quiroga desplegó una guerrilla de 25 hombres a su

derecha con el capitán Salaverry, igual número a la izquierda con el Mayor Andrade, y con el resto atacó de frente sin disparar un tiro hasta llegar a cien pasos del enemigo. La audacia de soportar impasibles el fuego de cañón y fusilería, desconcertó al enemigo: presuroso corrió a parapetarse en el fuerte de la derecha: Quiroga, a cuerpo libre, sostuvo el tiroteo por dos horas, y cuando notó que disminuía dió orden de lanzarse al asalto. En ese momento se izó en el fuerte bandera blanca, y el parlamentario D. Antonio Molina trajo la rendición y la triste nueva de la muerte de Aramayo. Quiroga perdió 9 hombres y tuvo 18 heridos. El enemigo tuvo muchos muertos, entre ellos al teniente Rojas, dos oficiales más y 95 prisioneros. Vivo Aramayo no se hubiera vencido. El que más le elogiaba era Quiroga.

Clemencia de Quiroga.

La orden era pasar a cuchillo a todos los habitantes. Quiroga sabía que la obediencia ciega arrastra por el suelo a la dignidad. Se respetó a los vecinos y no se tocó a sus bienes La soldadesca quemó lo perteneciente al Estado; cargó a bordo con las armas, cañones, hierro y plomo que encontró en la plaza. Se puso en libertad a los prisioneres, y fue tanta la benignidad con se manejó Quiroga, que bajo su protección se reunieron los vecinos y en el mayor orden nombraron gobernador a D. Manuel Buitrago.

Esta hidalguía le salvó del fusilamiento cuando la hecatombe de Arequipa.

Division Plaza.

Volviendo a Lima, Salaverry mandó llamar a la división Plaza, la que se embarcó en Pacasmayo el 19 de Setiembre: se componía de Cazadores de Trujillo, Cazadores de Amazonas y del escuadrón 3º. de Húzares de Junín. El General para armarla, equiparla vestirla, había tenido que levantar un empréstito de 46,700 pesos.

Una vez que se unió al ejército en Bellavista, se di-

vidió éste en cuatro divisiones, dos de infantería y dos de caballería. Durante la ausencia de Salaverry, funcionaría un Consejo de gobierno, compuesto de Salas, Ferreyros y Campo Redondo, presidido por el primero hasta que viniera Gamarra. Solar quedó en los castillos; Raygada en la prefectura de Lima, y Pardo de Zela en la de la Libertad (15 Set). El Dr. Martinez fué nombrado Secretario general en campaña, con facultad de decretar sin consulta previa; y Tirado, oficial primero de guerra.

El nombramiento de Gamarra era una celada para atraerle. Salaverry era demasiado vivo para no conocerle. Se la tenía jurada. Cuando se apoderó de la división Larenas, lanzó una proclama furibunda contra él, y no era lógico que habiéndole desobedecido le pusiera al frente de la administración. Además, habiendo tenido que ausentarse Salas para hacerse cargo de la legación del Ecuador, Salaverry le reemplazó en la Junta de gobierno con Lavalle (10 Oct), añadiendo, burlescamente, que la presencia en ésta de Gamarra sería de *mal agüero* para los pueblos.

La infantería se embarcó en la Libertad, la Limeña el Congreso y el Arequipeño, con 200,000 pesos de caja militar (27 Set), y él salió por tierra con la caballería, dejando al fin respirar a sus anchas a la abatida ciudad. "Los extranjeros y el pueblo de Lima, le escribía poco después su mujer, son nuestros mortales enemigos" (Callao 25 En. 36).

Ejército en Pisco.

Las divisiones se reunieron en Pisco (6 Oct) y se prepararon a recibir a los vencedores en Cobija. Seguidos de numeroso gentío se dirigieron al puerto y formaron calles, por las que pasó Quiroga y sus valientes arrastrando las banderas enemigas. Los vivas y gritos de entusiasmo fueron como si hubiéramos terminado la campaña.

Premios.

A los carabineros se les gratificó con 150 reales por cabeza, y 25 pesos a los heridos; a los oficiales se les dió un ascenso, habiéndose distinguido Balta, Salaverry y Andrade. Al siguiente día se celebraron exequias por los muertos.

Un nuevo borrón vino a manchar los laureles de la victoria. Salaverry parecía empeñado en aglomerar excusas que paliasen más tarde la crueldad del invasor!

Fusilamientos de Giraldez y de Goyzueta.

Para ocupar Arica y tener una base segura en el sur, se había enviado del Callao al Coronel Carrillo con algunas tropas en el bergantín Congreso que mandaba Salcedo. Orbegozo le escribió a éste, y con Althaus le ofreció 8,000 pesos, y a Carrillo 6,000, si entregaban el buque, firmándose documentos por estas sumas en favor de D. Vicente La Rosa, amigo íntimo del último (18 Set). Los dos Jefes se degradaron: aceptaron la proposición; fingieron un levantamiento para llevar a tierra preso a Carrillo, y se echaron sobre la tropa qne mandó Althaus a bordo a tomar el bergantín: se componía de 18 soldados mandados por el Mayor boliviano Giraldez y el teniente Goyzueta, los que fueron remitidos a Pisco. A las cuatro de la tarde del mismo día en que se recibió a los de Cobija, el Mayor y el teniente fueron pasados por las armas. Carrillo pagó el engaño más tarde con la vida. Salcedo, desde entonces, con la dignidad.

## CAPITULO XXXI

Misión de Morán.

No fue solo con el objeto de apoderarse del departamento de Ayacucho, que Santa Cruz mandó a Morán

con su división después de Yanacocha; sino con el de alejar a Salaverry de la costa, para que con la escuadra no pudiera sorprenderle en Arequipa o en otro punto, y retirarse cuando quisiera. La división, compuesta de 700 infantes y 100 caballos avanzaría hasta Jauja, y de allí llamaría la atención del enemigo sin empeñarse en ningún encuentro.

En Pisco recibió Salaverry despachos de Lima y del interior. En los primeros se le anunció que 500 reclutas que le traía Cárdenas de Jauja, se los había arrebatado Ninavilca, proclamando a Orbegozo, la noche que pernoctaron en Cachicachi. En los segundos, que Morán había sido reforzado con la columna de iquichanos del Comandante Lobato en Huanta (600): que a su apróximación las fuerzas de Huancavelica se habían retirado, así como las que con Vivanco y Ortíz, salaverrinos, guardaban el puente de Izcuchaca; y que Morán, teniendo el camino libre, se disponía a seguir de frente a Jauja donde dos compañías salaverrinas habían muerto a sus capitanes y se habían dispersado. Malas noticias.

Pero la tropa de Vivanco desaprobó la conducta de sus Jefes al abandonar el puente: pronto reaccionaron: Vivanco y Ortiz lograron escapar, y la gente retrocediendo a Izcuchaca, quemó el puente temiendo que la persiguieran. Morán fue detenido primero, y posteriormente, Gamarra, el que tuvo que seguir por las alturas la marcha a Lima, como ya he dicho.

Calculando Salaverry la gran distancia que separaba a Morán de Santa Cruz, resolvió cortarle la retirada forzando la marcha, y batirlos sucesivamente. Las proclamas y boletines de Morán, en que anunciaba su marcha a Jauja, acabaron de engañarle.

Distinto resultado habría tenido la campaña si se hubiera presentado de súbito en el departamento de Are- Se debió seguir otro plan

quipa. El enemigo diseminado en el sur en lugares que distaban muchas leguas, no habría podido socorrerse oportunamente contra 3,000 hombres disciplinados, que se habrían apoderado facilmente de Arequipa y Puno, cortando toda comunicación con Bolivia. Invadir ésta hadría sido imposible; pero nó, apoyar un levantamiento popular contra Santa Cruz, que en esos tiempos allí y aquí eran imnumerables los sediciosos y conspiradores.

Este plan tan sencillo como realizable, no se le ocurrió a Salaverry, el que ansioso de conseguir una victoria que sentara su prestigio, dejó escapar la oportunidad de dar un golpe mortal.

Campaña contra Morán.

Luego que desembarcó en Pisco el escuadrón Carabineros de Chancay que mandaba Belaochaga, y otro de 120 caballos que levantó Salaverry al atravesar la provincia de Cañete, mandó que el ejército por divisiones pasara a Ica (9–14 Oct), dejando en Pisco al batallón Cazadores Lima para embarcarse con rumbo a Cerro Azul (13 Oct).

A fin de atraerse a los iqueños, los declaró exentos del reclutamiento y de toda contribución extraordinaria, y les mandó construir un panteón muy superior al que tenían (16 Oct).

De Ica destacó al general Valle (13 Oct) con el escuadrón Húzares de Junín para Cerro Azul, por la ruta de Chunchanga, de donde con el Cazadores tomaría por Lunahuaná y Viñas para atraer a Morán a Huancavelica, en tanto que el grueso del ejército le cortaría la retirada, internándose a Ayacucho.

A la vanguardia de éste marcharon los Coroneles Montoya y Ríos, y el 20 de Octubre los siguió Salaverry con 2 batallones y dos escuadrones de la división Fernandini. Componíase ésta, del batallón 1° de los Carabineros de la Legión de la Guardia, del batallón

Cazadores al mando de Deustua, y de los escuadrones 1° de Coraceros, Coronel Boza, y Granaderos del Callao Coronel Zavala, hijo primógenito del célebre Marquez de Valle Umbroso. El ejército siguió por Molinos, Romadillas, Tambillo y Ayabi, de donde se envió con comunicaciones para Valle al Coronel Layseca.

La división Fernandini llegó a Leñas; se le reunió Montoya (24 Oct), y allí supieron que una avanzada enemiga había entrado a Pilpichaca para reconocer a Ríos. Al siguiente día alcanzaron a éste en Pilpichaca, y le felicitaron por el rechazo del enemigo, y el Coronel Vivanco fue destacado a la vanguardia con la 6ª compañía de Cazadores y una mitad de los Granaderos del Callao. El ejército emprendió la marcha por Cuevas y Ninobamba.

El 27 se destacó al Teniente Coronel Villamar con otra mitad de Granaderos para dar caza a una avanzada en Quilcamachay, donde se le reunió el ejército el 28; y habiéndose sabido que Morán estaba en Huamanga, resolvieron darle alcance forzando la marcha.

Perseverando en el plan de atraer a Salaverry al centro, y después de haber desdeñado las escarpadas posíciones de Molinos a Tambillo, en las que hubiera podido destrozarle, o hacerle mucho daño por lo menos, Morán retrocedió a Ayacucho, al tener conocimiento del avance a Quilcamachay, y esto obligó a Salaverry a variar de dirección marchando derecho a la ciudad. A una legua de ella notó la falta de los Coraceros que que se habían extraviado; lleno de impaciencia tuvo que esperarlos,y solo a las 5 de la mañana se presentaron.

La demora salvó a Morán: de prisa se puso en retirada para Tambillo por la ruta de Huatata, de manera que cuando Salaverry llegó a Ayacucho (12), pudo divisar a lo lejos las banderas de los fugitivos. Con 2 es-

cuadrones y 200 infantes los persiguió hasta la hacienda de Ñeques, donde continuó la persecución el Coronel nel Boza con los infantes y una mitad de caballeria, mientras Salaverry con el resto regresaba a Ayacucho.

El 30 tomó 600 hombres, y por Tambillo marchó a la hacienda de Condoray. El 2 de Noviembre entró a Matará: destacó una avanzada para reconocer a Morán en Ocros y quemar el puente del Pampas, impidiendo así que recibiera refuerzos o que se reuniese a Santa Cruz. Morán evacuó Ocros perdiendo 84 hombres que se pasaron y 34 fusiles.

Encuentro de Tarapata.

La avanzada se componía de la 3ª y 6ª compañía de Cazadores a cargo de Montoya. El mismo día 2 llegó a la hacienda de Hibias, y en la noche ocupó Tarapata, a legua y media de Morán. A su aproximación, éste le ordenó al Coronel Divicia que con una columna de 300 hombres y 80 caballos la sorprendiese. No era empresa fácil: militar viejo, el peligro le desvelaba ante un enemigo superior. En lugar de sorprender a Montoya, Divicia fue sorprendido: una descarga cerrada le desconcertó: contestó apenas, y en la confusión del momento se corrió a la izquierda para ver si podía cortarle la retirada. Deustua, compañero de Montoya, se lanzó a la bayoneta con 20 Cazadores; el teniente Pérez le apoyó, haciendo fuego a pie firme; Montoya atacó con el resto de la gente, y, luchando en emulación tropas y oficiales, pusieron en fuga a Divicia que, herido en el brazo, dejó 43 muertos y 114 prisioneros. 60 hombres y el valor de Deustua ejecutaron esta hazaña.

Con la pequeña fuerza que le quedó, era de temerse que se renovara el ataque, y Montoya retrocedió a Matará donde estaba el ejército al mando de Quiroga.

## CAPITULO XXXII

Salaverry llegó al día siguiente con el resto de las tropas y los Cazadores de Valle, y al saber lo ocurrido se disgustó en alto grado. Montoya tuvo que regresar al puesto abandonado.

Salaverry dirije la Campaña.

Morán había llenado su misión: atrajo a Salaverry al centro; le hizo perder un tiempo precioso; le puso mil obstáculos; arrasó los campos y se llevó cuanto pudiera servirle.

Antes de volver a Tarapata, Montoya cambió sus tropas fatigadas con la 2.ª y 5.ª compañía de Cazadores, que dividió en dos pelotones. Deustua con el primero siguió por el camino real, y él con el segundo por las alturas. Ocupada Tarapata, se lanzaron a tomar los altos pe Cucayaco donde hicieron 14 prisioneros y dejaron 43 heridos, entre ellos al Coronel Romerio de Orbegozo (2 Nov.) Cuando llegó Salaverry con 800 hombres de la división Fernandini (9 Nov.), pudo descubrir a Morán a media legua de distancia en la inexpugnable posición de Ninobamba. Situada en la quebrada de Pampas, bañada al pié por el río de este nombre, a un lado un despeñadero horrible por el que corre una ladera estrecha, y en la parte que mira a Cucayaco, un barranco escabroso solo accesible por un estrecho desfiladero, cerrado a su término por una doble trinchera de piedras, zarzas y espinos, tal fué la posición en la que se creyó Morán más seguro que en una fortaleza.

Vuelta a Tarapata.

Sorpresa de Ninobamba.

Por entonces ya había recibido el refuerzo de los batallones 1, 2 y 3 de Bolivia y dos escuadrones de ca-

ballería, y siendo innecesarias tantas fuerzas en ese baluarte natural, ordenó que el Pichincha se retirase y cruzara el Pampas. (9 Nov.)

Esa noche, Salaverry le ordenó a Montoya que con Deustua y su gente (80 hombres cada uno), se apoderasen de la trinchera a todo trance. A las 11 se pusieron en marcha, o mejor diré, se arrastraron, en el mayor silencio, por el desfiladero; sorprendieron a las centinelas, y de lo alto de la trinchera hicieron un fuego terrible sobre los bolivianos dormidos, dejando 300 en el sitio y tomando 150 prisioneros; los caballos espantados aumentaron el estrago. Pichincha contuvo a los fugitivos. Morán cruzó apresuradamente el río; incendió el puente que ultimamente se había tendido; reorganizó a los dispersos, y se fortificó en el pueblo de Chincheros.

Los Morochucos.

Una tribu que por su valor y carácter peculiar se distingue de las que la rodean, de manera que sus miembros se reconocen a primera vista por el vestido, el idioma, la talla y la conformación física, es la de los morochucos. 300 de ellos se presentaron a Salaverry (8 Oct.) y le prestaron importantísimos servicios en Ayacucho. Habitantes de país frío, rudo y quebrado, lleno de abismos y precipicios, no conocen el miedo, y el valor es inherente a su naturaleza. Vigorosos, ágiles, infatigables, trepan y saltan por sus escarpados riscos como las vicuñas, o ginetes en sus caballitos lanosos, tan incansables como ellos, se lanzan a escape a detener una res por espeluznantes laderas donde apenas hay espacio para el casco de la cabalgadura.

Semejantes aliados no eran de desdeñarse, y desde el principio, Salaverry los empleó en importantes y peligrosas comisiones; propios, correos, proveedores, descubiertas, vigías, y, siempre, de avanzada del ejército.

No pudiendo continuarse la persecusión, se dejó al

Coronel Porras con 360 hombres y 12 caballos para que moviéndose por la derecha del Pampas, cubriese a la división Fernandini que debía dirigirse a Arequipa por Cangallo y Lucanas, donde favorecería, si era preciso, el desembarco de la tropa que de Pisco se mandaría en la escuadra a Ocoña. Fernandini avanzó hasta Tambo Cangallo.

Retirada. División Fernandini.

Salaverry, entre tanto, se retiró a Ica llevándose a los Cazadores Lima y al 1.° de Coraceros.

Estando en Lucanas, Fernandini intentó sorprender al Coronel Quirós, pero éste, advertido a tiempo, se retiró dejándole el paso libre. En refuerzo de Quirós vino el General Cerdeña, el que persiguió a Fernandini por las provincias de Parinacochas, Caylloma, Chuquibamba y Condesuyos, de donde le abandonó para incorporarse al cuartel general.

Fernandini entró a la provincia de Camaná, y continuó por Sihuas hasta la quebrada de Vitor, cuartel general.

Volviendo a Porras, no pudo mantenerse en la margen derecha. La columna se componía de reclutas que no conocían ni el manejo del arma, por lo que a la noticia que los bolivianos habían principiado a cruzar el río, Porras se retiró a Vinchos por Cochas y Cangallo.

Porras se rinde.

Con el hecho solo de cruzar el Pampas (20 Nov.), Santa Cruz se apoderó del departamento de Ayacucho, del que nombró Prefecto a Ballivián, y en la ciudad entró el General Brown a la cabeza del Zepita y el 6.° de Bolivia (24 Nov.). Estas fuerzas combinadas con las de Morán, que por caminos extraviados llegaron a dominar Vinchos, rodearon a Porras y le obligaron a rendirse. Santa Cruz dió orden de fusilarle: Morán protestó enérgicamente, diciendo que se retiraba, y le salvó la vida.

Salaverry vuelve a Lima.

Salaverry una vez que recibió en Pisco las tropas que le trajo el Coronel Medina, formó con otras una columna (400) que en los trasportes Adolfo, Ayacucho, Santa Ana y un pontón, mandó con el Coronel Valle y el Coronel Montoya a Iquique.

El Coronel Mendiburu con los Corazeros partió al valle de Vitor, cuartel general, y el ejército, en la escuadra, desembarcaría en la Planchada y continuaría a mismo lugar, mientra él se dirigía a Lima (25 Nov).

Morán destacó al Coronel Echenique para ocupar Ica, al mismo tiempo que el General Brown, de Pincos se movió rápidamente sobre Arequipa con Zepita y el 2.º de Bolivia.

## CAPITULO XXXIII

Gamarra en viaje para Lima

La ilación de los hechos me ha obligado a adelantarme, por lo que retrocedo para dar cuenta de la conducta de Gamarra.

La batalla de Yanacocha desarmó al Perú y lo dejó a discrección de Bolivia. La infidencia de Gamarra con Salaverry; la falta de conmiseración, o mejor diré, la temeridad para con sus tropas; su desprecio a la estrategia, por la codicia del mando que no sabe esperar, habían hecho desaparecer uno de los factores más poderosos para conservar la independencia nacional.

Fugitivo con Lopera, Valdivia y una pequeña escolta, atravesó el departamento de Ayacucho por Challhuanca y Andahuaylas, donde hizo que el primero le escribiera a Salaverry ofreciéndole elevar su fuerza a mil hombres en Ayacucho (19 Agto.), si le mandaba di-

nero, armas y pertrechos. Mucho candor se necesitaba para no comprender quien era el autor de la propuesta, y que se trataba de una tentativa para atraerse la piedad del superior ofendido.

La tropa de Gamarra se desbandó; parte de ella se unió a sus perseguidores, y cuando éstos llegaron a Andahuaylas, Gamarra dejó Ayacucho, camino de Izcuchaca, donde tuvo que remontarse a las alturas y seguir hasta Jauja, por haber roto el puente la gente de Vivanco, como ya he dicho. En Jauja renunció la presidencia de la Junta de Gobierno, ignorando que por un decreto burlesco se le había destituido.

El decreto abatió a sus numerosos partidarios, que abrigaban la esperanza de tenerle otra vez al frente del gobierno. Bujanda vió perdido el dinero desembolsado; Campo Redondo, Lazarte, Egúsquiza, Salmón y otros, que vivían confiados en que bajo la protección de Gamara serían siempre los predilectos, se vieron completamente perdidos. No era tolerable que ellos, viejos militares y servidores del Estado, estuvieran bajo *un jovencillo* que acaba de ponerse las palas de General.

De Jauja pasó a la Oroya; descendió por la quebrada de San Mateo y entró en Lima a principios de Octubre. Nadie salió a recibirle, ni nadie tampoco vino a visitarle: fuera de sus partidarios, el alejamiento fué general: la esposa de Salaverry no le pasó siquiera un recado, por lo que comprendió que había caido en la trampa y que sería una fortuna escapar con vida. No había más salvación que contar con las propias fuerzas.

Aprovechando de la ausencia de Salaverry, al mismo tiempo que congregaba a los suyos, pidió a la Junta su pasaporte para el Ecuador, esperando así despejar

Medina le amenaza.

de una vez el misterio que le rodeaba y le tenía intranquilo. La Junta presidida por Lavalle, por ausencia del General Salas, le contestó, que no estaba autorizada para expedir pasaportes; por lo que pidió permiso para ir a Pisco a entenderse directamente con Salaverry.

Antes que se resolviera y estando en sus preparativos de embarque, Bujanda le dijo que el Coronel Medina, Comandante de las tropas del Callao, le había escrito, que detendría el buque en que se embarcara, pues había consultado lo que debería hacerse a la Secretaría general, y esperaba la respuesta.

Se le prende y remite a Pisco

Con ésta regresó de Pisco el Coronel Luján, y a los diez días de la entrada en Lima de Gamarra (13 Oct.) muy de mañana, partidas de gendarmes extrajeron de sus casas a Gamarra, a Eléspuru, Campo Redondo, Salmón, Lazarte, Bujanda, Egúsquiza y otros, y amarrados como reos, rodeados de un gentío inmenso, los condujeron por las calles y la carretera, entre bayonetas, hasta el puerto del Callao. Los embarcaron en el bergantín Alcance, guarnecido por 20 hombres al mando del Mayor Carrasco, y el mismo día levaron anclas para Pisco.

El silencio reinaba en la nave. Se oía el crujir de las jarcias y el batido de las velas al impulso del viento. El estupor se apoderó de los detenidos. Se les pasaría por las armas. Conjeturaban que no los habían ejecutado en el Callao, temerosos del levantamiento del pueblo al recuerdo de Valle Riestra, de manera que cuando el Comandante Iladoy los recibió en Pisco (18 Oct.) y les anunció, en la noche, que se les desterraba a Costa Rica, les volvió el alma al cuerpo y la palabra a los labios.

Destierro a Costa Rica.

El Coronel Cárdenas, encargado de cumplir las órdenes de Salaverry referentes al viaje, les remitió de tierra lo que el puerto podía ofrecer, que era, por cierto, bien poco; y habiéndose cambiado en la mañana la guarnición, des-

pués de haber desembarcado a Campo Redondo, a Eléspuru y Egúzquiza, los restantes, sin dinero ni ropa, con malas camas, poco abrigo y víveres escasos, se dieron a la vela para Punta Arenas (19 Ag.) Para remate de males el piloto era novicio; no había hecho jamás esa travesía y ni siquiera tenía carta de rumbo. Salmón tuvo que encargarse de la maniobra. En Diciembre 10 arribaron a Costa Rica, donde se dieron con el General Bermúdez. En Febreio de 1836, Gamarra, Bermúdez y Bujanda se vinieron a Guayaquil, y desde allí principiaron a atacar por la prensa al gobierno del Perú, el que gestionó y obtuvo, que a unos se les internara y a otros se les dejara salir del país como veremos después.

Escape feliz

En cuanto al fusilamiento, es de presumir que la semana del viaje salvó a Gamarra. Jurídicamente hablando era un absurdo: teológicamente, es cuestión impenetrable; pero dado el carácter del caudillo, las ejecuciones anteriores y lo poco que habían hecho las víctimas, relativamente, en comparación de la temeridad y la desobediencia de Gamarra, es casi indudable que se le trajo a Pisco para ejecutarle, por no haber fuerzas en Lima que contuvieran la indignación popular. Agréguese que Gamarra era el único que podia contener a Santa Cruz, y que para destruír a éste, Salaverry habría apelado a cualquier medio- El odio es a las veces más piadoso que la misericordia.

## CAPITULO XXXVI

Termina de hecho el poder de Orbegozo.

Pasemos a Arequipa.

Con la invasión desapareció de hecho el poder polí-

tico de Orbegozo, y después de Yanacocha quedó convertido en fantasma de autoridad. Las facultades extraordinarias eran unipersonales. El mismo lo confiesa: "Quedé, dice, al frente del ejército del norte en apariencia: el General Herrera lo mandaba en realidad y yo no podía disponer de una compañía." Poco o ningún esfuerzo le costó desprenderse del mando. Había nacido para obedecer. Aun contra su voluntad se disponía de las personas que le rodeaban, cualesquiera que fuera su carácter, clase y posición social.

En esta disposición, y conocida la tentativa de Castilla, lo primero en que pensó fue alejarle de Santa Cruz.

Le desterró a Tarapacá, pero no pasó de Tacna por haber caído enfermo. Casi dos meses después, el mayor boliviano Valle le ordenó que marchara a Oruro. El General Brown rechazó sus observaciones, y fugó a Arica. En Challacuta supo que se le había preparado una emboscada, y, desviándose a la caleta de Sama, se embarcó en una balsa para aquel puerto, de donde en la corbeta Ariadna se dió a la vela para el Callao (25 Nov).

Salaverry le solicitó para que le acompañase, y él confiesa que estuvo dispuesto a servirle; pero ya sea que le disgustó al aconsejarle que restableciera a Baquíjano, o porque, como dice él, no se respetaban las garantías, lo cierto es que rehusó la invitación pretestando falta de salud. Poco después, el secretario general Martinez, le intimó la orden de salir del país, sin fijarle término.

Nieto también tuvo que condenarse al ostracismo. Al saber en Chile los arreglos de Santa Cruz y Gamarra, se vino a Islay con algunos emigrados a ponerse a órdenes del Gobierno. Cerca de Arequipa salieron a recibirle (4 Agt.) todas las autoridades y aun el mismo Orbegozo, y habiendo pedido sus letras de cuartel, se le contestó nombrándole Jefe de Estado Mayor de la división Arequipa. Nieto viene de Chile.

Impuesto de los pormenores del tratado con Santa Cruz y de la invasión prematura, en la primera entrevista que tuvo con éste se fueron de voces, por lo que se resolvió separarle honorablemente, y al efecto, se le confió la legación del Ecuador *in nomine*, y se le nombró reservadamente, prefecto y Comandante Militar del departamento de la Libertad. Nieto recibió sus papeles y se fué a Valparaíso. Choque con Santa Cruz.

En Agosto 24 llegaron de Chile a Arica el General Torrico y el Coronel Escudero, los que pasaron a Islay y se asilaron en la barca Byson primero, y después en el bergantín de guerra inglés Sparrowhauck. Ambos solicitaron permiso para ingresar al país, protestando estar arrepentidos de sus extravíos políticos. De Arequipa se mandó un oficial, el que pasó a la Byson y quizo extraerlos por la fuerza: informado el capitán Pearson que había orden de fusilarlos, se compadeció de ellos, y en el bergantín los remitió al Jefe de las fuerzas navales de S. M. B. en el Pacífico. Llegada de Torrico y Escudero.

Santa Cruz no quería cortapisas. Arrojaba del Perú a los caracteres altivos que podían detenerle, y poco se cuidaba de que Orbegozo, que era el pedestal de su poder, perdiera la estimación de sus conciudadanos.

Como se comprenderá, el desprestigio fué creciendo con las medidas extremas a que tuvo que apelar Orbegozo para hacerse de recursos. Los empleados no per- Decretos de Orbegozo.

cibían sino la cuarta parte de su sueldo. Las capellanías de *jure desoluto* eran bienes nacionales. Vendió algunas fincas del Estado y de la Iglesia, y por falta de postores suspendió los remates. Derogó el decreto (21 Mayo) que permitía la extracción de pastas de oro y plata, y en la misma fecha decretó que se podía introducir toda clase de mercadería.

A fines de Setiembre salió a recibir a Santa Cruz con numeroso acompañamiento. En Cangallo (26) se vieron y abrazaron con efusión, y tuvieron muchos días de convites, bailes y fiestas.

## CAPITULO XXXV

Castañeda. Correa.

De regreso a Arequipa, y, terminados los aprestos para ir al Cuzco, dejó al General Tristán de prefecto y Comandante General del departamento.

Antes de salir recibió noticias de los Comandantes Castañeda y Correa, enviados a Lucanas y Parinacochas (Julio) para alentar a sus partidarios, perseguir a los salaverrinos y gamarristas y propagar las ideas federales.

Con el primero empleó Gamarra una de sus tretas acostumbradas. Le escribió (15 Jun.) "que continuara en la provincia; que le haría Coronel; *que Arequipa se le había unido con aprobación de Orbegozo, el que se iba a Chile, y que los departamentos del sur estaban a sus órdenes*. Concluía ordenándole que levantara montoneras.

Lerzundi en Sihuas (25 Set).

Cuando Salaverry se disponía a expedicionar al sur, destacó al Coronel Lerzundi con 110 infantes y 50 caba-

llos, para que tomasen tierra en Chala y se sostuviesen a todo trance en el departamento de Arequipa. Al llegar a Atico supo que Correa estaba en Sihuas con 250 hombres, y para sorprenderle, tomó el desvío del Rodeo, para evitar que el Coronel Vijil, que estaba en Vitor con 400 hombres, viniera a socorrerle. En la marcha, Lerzundi reclutó algunos indios, y a las 7.30 a. m. (25 Set.) le encontró parapetado en el cuartel. Rotos los fuegos, se tirotearon tres horas, y habiendo aminorado los disparos, Lerzundi se lanzó al asalto. Los Húzares echaron pié a tierra; lanza en mano corrieron al muro, y, subiéndose unos sobre los otros y descolgándose al otro lado, abrieron la puerta a la infantería. Correa logró escapar dejando 83 muertos, entre ellos 7 oficiales y 141 prisioneros.

300 caballos, armas, municiones, 16,000 pesos y la espada de Correa, fueron el botín de la jornada. En esta refriega se distinguieron los capitanes Díaz, Segura y Coronel.

Reforzado Lerzundi con los vencidos, retrocedió a Caravelí temeroso de Vijil. Tuvo 14 muertos y 20 heridos.

No pudiendo Orbegozo castigarle, trató de seducirle. Le escribió ofreciéndole un ascenso (30 Set. 35) si le entregaba la columna, y Salaverry publicó la carta, no tanto para echarle en cara el soborno, como para ponerle en ridículo con la redacción y la mala ortografía, ya notadas en las dirigidas a Salcedo y a Carrillo. Se pretende sobornarle.

Por vía de precaución, en refuerzo de Lerzundi, se había mandado en el Arequipeño al Coronel Arrisueño con 60 Cazadores, los que desembarcaron en la caleta de Yerbabuena y continuaron por la quebrada de Tambo. Las avanzadas de Vijil le obligaron a reembarcarse y siguió Arrisueño.

rumbo al norte. Tomó tierra en la caleta de San Nicolás y se internó por la quebrada de Chaparra, no habiendo tenido tiempo, ni medios, para informar a Lerzundi de su marcha, de manera que cuando se le anunció a éste la presencia de fuerzas por retaguardia se consideró perdido. Lerzundi, antes de que se le estrechara más, resolvió batirse, y no fué poca sorpresa hallar en el presunto enemigo un valioso refuerzo.

Pero la llegada de Arrisueño y el relato de sus peripecias sembraron la desunión. Los vencedores de Sihuas miraban con desdén a los retirados de Yerbabuena; los redentores venían pidiendo auxilio: un rompimiento era de temerse, por lo que se celebró una Junta de guerra en la que se expuso la situación peligrosa en que se encontraban y la conveniencia de permanecer unidos, por lo que la propia conservación los impulsó a elegir de Jefe a Arrisueño, siendo Lerzundi el primero en reconocerle. Ya era tiempo.

Ananta (23 Nov). Impuesto Vijil del encuentro de Sihuas, destacó a Quirós con una columna (3 Nov.), el que cruzó el rio y acampó en la cuesta de Callanga. (5). Un arenal inmenso le separaba del enemigo. Repartió sus pocas municiones a razón de dos paquetes por plaza; hizo descanzar la gente hasta las dos de la tarde, y luego emprendió la marcha durante la noche para descolgarse al amanecer al valle de Caravelí. Un oficial de caballería que llegó a sorprender, le anunció la proximidad de Arrisueño. Entonces hizo un reconocimiento en persona, con la compañía de volteadores y dos mitades de caballería: tomó fuertes posiciones en Ananta; dió rancho a su tropa y esperó al enemigo.

No tardó en presentarse Arrisueño. Su columna protegida en los flancos por la caballería, avanzó lentamente y en buen orden. Quirós la esperó a pie firme; a

cien metros rompió el fuego, y agotadas las pocas municiones cargó a la bayoneta y la puso en fuga. Arrisueño y Moya debieron su salvación a sus buenas cabalgaduras. Lerzundi, que había sido mero espectador, reunió a los dispersos, y emprendió la retirada perseguido de cerca hasta el puerto de Atico. 80 fusiles, sables, lanzas y el parque constituyeron el botín. El combate duró dos horas, y Quirós se aprovechó durante él, de las municiones de los caídos. 26 muertos, 15 heridos y 66 prisioneros dejó Arrisueño. Entre los últimos estaban el capitán Tayo, el teniente Arrone, los subtenientes Francia y Arica, y un piloto a quien llamaban Juan, los que fueron remitidos a Arequipa. Quirós tuvo 11 muertos y 17 heridos.

Se unen a Mendiburu.

Arrisueño no paró hasta Lomas, y se disponía a embarcarse para el Callao, cuando la llegada de sus compañeros le obligó a celebrar una Junta en la que resolvieron internarse a Acarí. En Nazca encontraron al Coronel Mendiburu a quien entregaron los dispersos. Arrisueño siguió con él, y Lerzundi pasó a Lima a dar cuenta al Consejo de Gobierno.

A los vencedores les concedió Santa Cruz una medalla de oro para los oficiales y de plata para la tropa con esta inscripción: "Lealtad y valor en Ananta"--"23 de Noviembre de 1835."

## CAPITULO XXXVI

La venida de Salaverry a Lima tuvo por objeto organizar definitivamente el Consejo de Gobierno.

Batida en la Molina.

Pocos días antes, fastidiado el Coronel Solar con

las repetidas incursiones de los montoneros a Lima, al extremo que los vecinos conocían ya perfectamente a Vivas y al negro León, se puso al frente de una columna de 70 infantes y 60 caballos, y a las 4 y media de la mañana del 23 de Noviembre, les dió una batida soberana en la Molina del valle de Ate. Entre muertos y fusilados quedaron 35, quitándoles 80 bestias, más de 100 monturas, 30 lanzas, 70 bocas de fuego, municiones y todo un material de imprenta, lo que revela que no se trataba de una banda de foragidos, sino de gente que peleaba por las instituciones y que conocía la fuerza moral de la opinión. Solar perdió 7 soldados y al bravo capitán Cornejo.

Nuevo Consejo de Estado.

Encargado el General Salas de la legación del Ecuador, y deportado Campo Redondo, Salaverry dejó a Ferreyos, y completó el Consejo con Lizarzaburu y Arrese, encomendando la presidencia a Lavalle. Ninguno de ellos era hombre de acción, por lo que confió la prefectura a Estenós y la Comandancia general a Raygada, con la particularidad de no haber señalado el límite de sus atribuciones, ni comunicar siquiera al Consejo estos nombramientos, de manera que muy pronto hubieron choques entre ellos y se presentaron serias complicaciones. Compuesto de hombres pacíficos, sin espíritu de mando, ni entereza para hacerse respetar fué el juguete de los Jefes subalternos, que procedían en todo sin consultarle siquiera, y que, como el caudillo, se creían independientes de toda sumisión. Sus órdenes no eran obedecidas; al contrario, se las rechazaba con desdén, y el público admiraba la insolencia de los militares y la estolidez del Consejo.

Nada es tan contagioso como el mal ejemplo, y nadie puede sentar con más facilidad un mal precedente

que la autoridad. El Consejo se vió depuesto de hecho, sin voto, ni autoridad.

Luego que partió al sur Salaverry, volvieron a Lima las alarmas diarias. De los terrores del despotismo y de las arbitriariedades, pasaba a los continuos sobresaltos de ser saqueada por Vivas o por el negro León que recorrían los alrededores durante el día, y en la noche la invadían y aun la cruzaban de un extremo al otro. No había tranquilidad para trabajar: el comercio y la industria languidecían; la deuda pública aumentaba, y la propiedad privada iba disminuyendo sensiblemente agobiada por las cargas del Estado. El Consejo envió una vez contra ellos al Coronel Lerzundi, el que les dió una batida que los contuvo por algún tiempo, pero retirado este Jefe por Solar, se repitieron las correrías, los robos y los asaltos. No hubo un solo día que se disfrutara de sosiego: Solar y Raygada, insolentes con la Junta y déspotas con los particulares, perdían el brío al frente de los montoneros. Alarmas y desórdenes.

Solar con tropas en los castillos, víveres y municiones en abundancia. no se creía seguro: llamaba a las fuerzas de Lima a menudo, y no contento con haber retirado a Lerzundi, le ordenó a Raygada que se replegase al castillo con su columna.

Tanta insolencia de una lado y pusilanimidad de otro, llevaron a los limeños a la desesperación. Una noche se echaron a vuelo las campanas; el populacho se congregó en la plaza, y en medio de un gran alboroto, con vivas repetidas a Orbegozo. pidió la destitución de Solar. Alarmado el comercio extrangero, temiendo un saqueo general. ofreció a la Junta, por medio de sus cónsules, hacer desembarcar la tripulación de sus buques para guardar la ciudad. La Junta consultó a Solar, el que ordenó (13 Dic.) que se trasladara al Callao

en el día, o que de lo contrario le aplicaría a Lima ocho barriles de pólvora.

Soldado terco y caprichoso no queria desmerecer del caudillo. Respondía con recados a las notas oficiales. Reclutaba, se trasladaba de un punto a otro sin dar parte, y cuando se le apremiaba para dictar una resolución oportuna o adoptar una medida del momento, respondía con altivez "que tenía órdenes secretas del superior para salvar la capital."

La Junta creyendo que eran fundados los temores de Solar, le dió a Raygada 500 pesos para espionaje y policía secreta, y aunque el General contestó que no había motivo para alarmarse, se le vió salir poco después al Callao con su columna para evitar, según él que le cortasen la retirada.

Lima quedó totalmente abandonada; entre una soldadesca indisciplinada y montoneros insolentes, cada padre o cabeza de familia tenía que ver por la conservación de ella. Un grito destemplado de los vendedores o pregoneros, el trote precipitado de un fugitivo, el anuncio de que ya venía León o Escobar, era bastante para que se verificase un "cierra puertas general."

El refuerzo de Raygada no dejó a Solar tranquilo: las altas murallas, los parques bien provistos, la guarnición suficiente no bastaban. Pidió dinero, y se ordenó que los efectos despachados dentro de 8 días, pagasen de derechos la mitad al contado y la otra en abonos. La caja fiscal se llenó al momento.

El correo trajo la nueva que Vidal había proclamado a Orbegozo en Huacho. La Junta quizo mandar una columna contra él, la que a su regreso limpiaría los valles de montoneros, restablecería las comunicaciones y escoltarían las barras que venían de Obrajillo. Felizmen-

te se opuso Solar, alegando que Lima habría quedado completamente desguarnecida.

Restos de la columna de Raygada salieron el 23 de Diciembre de la capital y al día siguiente entraron los montoneros, los que dominaron en ella por algunas horas.

Los montoneros.

Solar se vino del Callao de prisa; arrojó a balazos a los montoneros: restableció el orden y volvió al castillo ofreciendo regresar al siguiente día para proteger la retirada de la Junta. Ésta había resuelto embarcarse para el departamento de la Libertad, y Solar le ordenó que se pusiera en receso, porque "los negocios de la guerra exigían, según él, que la autoridad militar, a cuyo cargo estaban las fortalezas del Callao, pudiera operar con la rapidez y energía que demandaban las circunstancias." Expedido el decreto no llegó a publicarse por haberse precipitado los acontecimientos.

El negro León.

El 28 de Diciembre ocupó Lima el negro León y su pandilla, y por 24 horas fue árbitro y señor de 50.000 habitantes. Movió al pueblo, y, seguido de él, buscó a los miembros de la Junta, a los partidarios de Salaverry, y con más afán a los capitalistas. El desorden más espantoso reinó en la ciudad. El 29 entró Vivas con sus indios y se duplicaron los robos, saqueos y asesinatos. La casa del Comandante Jinérez fue saqueada asi como algunas otras y si los ricos no fueron vejados y atropellados lo debieron a su numerosa y bien armada servidumbre. Los daños hubieran seguido adelante, si no hubieran ocupado Lima las tripulaciones de los buques americanos, franceses e ingleses que habían en el Callao, las que con solo recorrer las calles pusieron en fuga a los montoneros, dispersaron al populacho y restablecieron el orden.

Goleta Hidalgo.

Fue durante la administración de la Junta que Ferreyros mandó que se cumpliera el auto de la Suprema

sobre la goleta Hidalgo, de que he hablado en el Tomo VI Cap XXII, devolviendo el dinero y especies embargadas, y entregándoles a los propietarios los 13 mil y picos de pesos depositados en uno de los buques de la armada inglesa. Para concluír con este malhadado asunto agragaré, que en 26 de Agosto de 1836, Santa Cruz mandó pagar 14,445 pesos 5 reales a los dannificados, los que en defensa de sus derechos le dieron muy malos ratos a los magistrados de la Suprema.

## CAPITULO XXXVII

Campaña final.

Salaverry desembarcó en la Planchada dos días antes que el ejército (19 Dic), y se sorprendió al darse con el General Valle. Los trasportes eran poco veleros. Se le ordenó reembarcarse para Iquique. Su misión era descender en este puerto, internarse a Oruro y suscitar en Bolivia la guerra civil, para lo que llevaba cartas en blanco de Salaverry, en las que ofrecía a los adherentes los primeros puestos de Bolivia.

General Valle.

La columna de Valle se componía de 400 hombres mandados por Montoya y Arrisueño. El 30 de Diciembre fondeó en la Capilla, y el 31 destacó 150 hombres al interior que sorprendió y deshizo en Camaracas D. Timoteo Reaño, matando 5 hombres y tomando 40 prisioneros con 7 oficiales, que remitió a Oruro. Valle celebró una Junta en Iquique y expuso, que aun sin este jaque la empresa era descabellada, y se resolvió por todos los votos regresar a Iquique. Así lo hicieron y al tomar tierra, Valle y Montoya, de orden de Salaverry, quedaron presos en la escuadra.

La primera campaña había fracasado y la segunda, con excepcion de la batida que Carrillo le dió a la fuerza de Althaus cerca de Tacna, la que se retiró a las alturas de Lluta y Azapa (28 Oct), se iniciaba mal.

La tripulación de la Peruviana se sublevó en Iquique (18 Nov); dejaron en tierra a los oficiales, le arrancaron a los vecinos miles de pesos con extorsiones, y se dieron a la mar. Declarados piratas por Salaverry, los apresó la goleta ecuatoriana Gracia del Guajas (14 Dic) Los oficiales se fueron a Arica en el pontón huanero N.° 21, de un S. Ramirez, el que se varó al salir, teniendo que venir el bergantín Congreso desde Cobija para sacarlos del conflicto. Peruviana.

El General Anglada batió en Cobija a los bergantines Congreso y Arequipeño (5 Dic), y el día que desembarcó Salaverry, fue sorprendido un destacamento en Camaná que perdió 5 húzares, 2 oficiales y dejó 140 prisioneros. Congreso y Arequipeño.

Estos contratiempos y descalabros y la altivez de los arequipeños que no se asustaron con las bayonetas, tenían al caudillo en una excitación febril.

En Enero salieron de Islay para incendiar Arica la Restauradora, el Guisse y la Limeña, los que al entrar al puerto fueron rechazados a cañonazos. Siguieron al sur; se reunieron en Cobija con la Libertad, la Monteagudo y el Arequipeño, que cruzaban a esa altura esperando a los buques comprados en Valparaiso por Orbegozo y Santa Cruz. Escuadra.

El primero había nombrado a Riva Agüero ministro en Chile (3 Nov) con facultad de levantar un empréstito de 100,000 pesos y comprar buques. Solo pudo conseguir el bergantín Orbegozo; los agentes de Santa Cruz, el Coronel O' Briend y el francés Le Quellec, adquirieron la goleta Yanacocha cuyo mando confiaron a Freiman.

En Islay no quedaron sino la fragata La Mar, y los trasportes Amalia. Ayacucho y Tacna, a los que se reunió el Congreso después de haber salvado a los oficiales de la Peruviana, el que fue enviado por Salmón al Callao para apoyar a Solar encerrado en el castillo.

Ataque y toma de Islay.

Miller, que con 29 Dragones de Tarija y 9 nacionales de Tambo había sido comisionado para recorrer los valles de Vitor y Tambo y cortar los comunicaciones de Salaverry con la escuadra, se aprovechó del aislamiento de Islay para apoderarse de él. Al efecto destacó el capitán Ichas y al de milicias Llona con un piquete los que llenaron su cometido. Al General Valle y al Coronel Montoya los encontraron durmiendo en tierra por atencion o condescencia de los oficiales de la escuadra, y habiéndolos apresado, la soldadesca se exacerbó con el General y le propinó algunos azotes. Tambien cayeron prisioneros el Mayor Arabena, un oficial Ponce y el administrador de la aduana García, todos los que, bajo buena escolta, fueron internados a Tambo. (29 En).

Corrió entonces la noticia que un encuentro había tenido lugar entre los beligerantes, y Miller se apresuró a ocupar los altos de la quebrada de Guerreros, a legua y media de Islay. donde podía dominar todos los caminos que venían de Arepuipa (8 Feb.)

Salaverry en Arequipa.

Salaverry entró tranquilamente en esta ciudad, abandonada por los empleados, autoridades y la alta clase social. (30 Dic) Al aproximarse la evacuó el General Brown (28 Dic.) con 4 compañías del 2 de Bolivia. el regimiento Lanceros del General, el escuadrón Guías y 140 nacionales. con los que se estableció en Tarata para defender Tacna y Moquegua, proteger Ilo y Arica, reunir las partidas dispersas y servir de avanzada al ejército que Santa Cruz había principiado a concentrar en Puno. Después fijó su cuartel general en Pachía.

Entretanto Salaverry no adoptó medida alguna para atraerse a los arequipeños: al contrario, persuadido que le eran adversos y estando orgulloso de sus valientes, los trató con manifiesto desdén. No era hombre de consideraciones y miramientos, y al agravio respondía con malignidad. Impuso al comercio y a los vecinos 100,000 pesos de cupos; levó y formó un batallón de 600 hombres, solo con el objeto de vejarlos: obligó a los artesanos e industriales a trabajar en la maestranza, y arreó con los ganados de las haciendas sin escuchar a pobres ni a ricos. Choque con los arequipeños.

Pocos días después recibió el refuerzo del batallón Chiclayo, formado en la provincia de este nombre por su Coronel D. Sebastián Ortiz.

Algunos le aconsejaron que desistiese de ese proceder: que nada era más fácil que reunir al cabildo y obligarlo a que se declarase en su favor; pero Salaverry no era de términos medios, y a la política sensata prefiría la arbitrariedad.

Inquieto, meditabundo, de mal humor estuvo siempre en Arequipa. Sentía que el suelo se levantaba contra él. No podía conciliar el sueño. Temía que le sedujeran las tropas, y sus atenciones y cuidados con ellas crecían en proporción con el rigor de la disciplina. La menor falta era severamente castigada.

En un terreno completamente hostil no era prudente permanecer: abandonó la ciudad (20 En), y acampó en los altos de Challapampa, colocando dos piezas en el puente de Arequipa defendidas por el muro de la ribera alta del Chili. Cuartel en Challapampa.

Dejó a Mendiburu de prefecto, cuya conducta dió mucho que decir. Todos eran inconvenientes. A la petición de víveres y recursos, contestaba que el pueblo se resistía: no prestó jamás el menor servicio al ejército, y fue tal la sagacidad de su conducta, que

después de Socabaya le llegó a probar a Santa Cruz que más le había servido en la prefectura que enrolado en la división Cerdeña.

Estas resistencias exasperaron a Salaverry: toleraba las tropelías y hasta la indisciplina en daño de los arequipeños. El soldado invadió la ciudad: el domicilio fue profanado: el robo y la violación estuvieron a la orden del día, y la propiedad privada fue puesta en remate público. Los más audaces regresaron al campamento abrumados con el peso del botín. Muchos jóvenes de la alta clase fueron aprehendidos. Salaverry no tuvo valor para tratarlos despóticamente: se excusó diciendo que sus oficiales habían padecido una equivocación y los puso en libertad.

Se levantan los arequipeños.

Con semejantes atropellos y crímenes la exasperación de la ciudad llegó a su colmo, y los vecinos se prepararon, sin encubrirse, a combatir al caudillo. Públicamente se acopiaban armas, y se vejaba a los oficiales con vivas entusiastas a Orbegozo y a Santa Cruz. La crisis llegó al extremo, que Salaverry no creyó prudente quedarse con el batallón de arequipeños (600), y en la goleta Nacional los remitió al norte, la que los dejó en Chorrillos.

## CAPITULO XXXVIII

Marcha de Orbegoso a Junín.

Para conservar el centro y recuperar el dominio del norte, se acordó que Orbegozo se pusiera en marcha a Junín con la división Morán bien equipada y remontada la caballería. Santa Cruz ofreció acompañarle. A su paso por Sicuaní mandó fusilar aquél a un espía de Gamarra y remitió a Bolivia cuatro prisioneros de Salaverry.

Cuando entraban a Ayacucho, Morán con la vanguardia ocupaba Junín. Echenique permanecía en Ica con su batallón.

En 9 de Diciembre solemnizaron el aniversario de Ayacucho creando la Legión de Honor del Perú civil y militar. Allí se despidió Santa Cruz, el que marchó al sur, mientras Orbegozo a fines de Diciembre llegó a Tarma. Concedió amnistia a todos los empleados civiles y eclesiásticos, y declaró nulos los actos de los rebeldes desde el 22 de Febrero.

Nombró al General Otero Comandante General de los departamentos de Junín y la Libertad con residencia en Huarás, pronunciado por él desde el 26 de Diciembre, en que el Comandante Iriarte, el Mayor Vitaliano, el Subprefecto de Cajatambo González y el Capitán Sagástegui, pusieron de prefecto al Coronel Araos. A este movimiento precedió el del Teniente Coronel Bermúdez, en Huariaca (18 Dic.). Pronunciamientos.

Luego se movió Orbegozo sobre Lima, enviando a la vanguardia a Morán por la quebrada de San Mateo (En. 4).

A fines de Diciembre, Vidal con 200 hombres de la división Plaza y otros tantos que le quitó a Bustamante, se había venido de Huacho a Lima, dándose el título de Comandante general del departamento, del que nombró prefecto al Teniente Coronel Flores. Vidal. Solar.

Con un golpe de autoridad se hizo respetar. Sometido el negro León al gobierno, se le dió un piquete de gendarmes, y como se le sorprendiera borracho saqueando una casa, Vidal le mandó pegar cuatro tiros. El día anterior había estado el montonero haciendo temblar a los limeños, ginete en un excelente caballo azabache que le había robado al Arzobispo.

Solar se había llevado al castillo a los empleados,

a las autoridades y los archivos de los ministerios, y a Vidal le fué fácil restablecer el orden siendo árbitro de la situación. Se dedicó a reforzar y guarnecer las murallas, y destacó piquetes a Macas que custodiasen las remesas de barras del Cerro de Pasco.

Solar separó de la Comandancia general de marina a Iladoy, en la que puso a Layseca; armó con diez cañones el bergantín Flor del Mar, y con algunos otros a la goleta Guadalupe; declaró el bloqueo de los puertos y caletas de Pisco a Casma, y para sostenerlo, reclutar gente y traer víveres, mandó en los buques a Layseca con 25 hombres, al Comandante Loro y al Mayor Prado; y a Huanchaco a los Coroneles Mendiburu y Llerena, al Teniente Coronel Carrasco, al Mayor Rodríguez y al capitán Vallejos, los que llegaron a su destino el 12 de Enero.

El General Raygada se dió a la vela diciendo que se ausentaba al Ecuador, pero luego cambió de idea y llevó a Trujillo la noticia de la ocupación de Lima.

Primeros encuentros con los del Castillo.

El 3 de Enero tuvo lugar una pequeña escaramuza en la Legua, y el 6 se adelantó Solar con varias compañías, dos piezas y tres mitades de caballería por la carretera. Vidal parapetado en la portada y en las murallas le rechazó al primer encuentro. Volvió Solar por el cauce del río y le derrotó en el Puente de Piedra el capitán Urbina, y en la portada de Guadalupe otra vez Vidal, de manera que en un mismo día sufrió tres descalabros. Vidal tuvo 3 muertos y 65 heridos, entre los que mencionaré al capitán Benites y al Coronel Argudo, que murió a los pocos días. Solar dejó 19 muertos, entre ellos al oficial Gandarillas, que quedó en la portada, y al Sargento Mayor Vargas. De sus heridos solo se sabe que el mismo fué uno de ellos. Urbina fue el hombre del día.

Estaban los hospitales llenos de heridos a los que atendía solícito el bello sexo, cuando se anunció que Orbegozo entraba en la ciudad. Se le hizo un recibimiento espléndido y se sucedieron muchos días de bailes y banquetes. Entrada de Orbegozo en Lima.

Su primer paso fue declarar piratas a los buques de la escuadra, autorizando a los extranjeros a que los persiguieran y apresaran (14 En.), decreto que fué ratificado después, en Puno, por Santa Cruz (8 Feb.). Habilitó el puerto de Chorrillos y prohibió por los buques nacionales y extranjeros auxiliasen la plaza del Callao. Dictó la ley marcial, llamando a los hombres de 15 a 50 años; prohibió la extracción de pastas y creó una junta reformadora de hacienda (10-15 En). Decretos.

Compró una corbeta a la que denominó Santa Cruz, y una goleta a la que dió su nombre por indicación de éste, y las armó con un cañón giratorio de 24 y diez baterías de 9 a la primera, y a la segunda, de 8 baterías de a 6. A French se le dió la corbeta y a Parker la Orbegozo.

Disponía además de otra corbeta de 340 toneladas, de la goleta Huacho y de cuatro lanchas cañoneras. Cuando el Teniente Coronel Aliaga vino del norte con reclutas para Salaverry, luego que desembarcó en el Callao, los oficiales se hicieron a la vela para Chorrillos y con los reclutas la entregaron a Orbegozo.

En esta situación difícil, fue poco tacto político confiar a dos extranjeros, García del Rio y el General Aparicio, los ministerios de hacienda y guerra y marina.

En el orden interno sometió a censura la prensa; declaró oficial la colección de leyes del Dr. Quirós; cerró la Corte de la Libertad por falta de letrados, encargando el despacho a la de Lima (23 Dic 35), y trasladó de Ica a Echenique a la prefectura de Junín.

El 9 entró Morán con 600 infantes y 200 caballos, y en la tarde puso sitió al Callao, estableciendo su cuartel general en Baquíjano, mientras se hacían escalas y preparaban cuerdas para el asalto.

Entrada de Morán.

El 19 de Enero muy de mañana, Morán dividió sus tropas en tres cuerpos: Romero y Ríos con los Granaderos y los Húzares asaltaría el castillo del Sol, y apoyado por el segundo cuerpo atacaría el de la Independencia. Ayacucho con Panizo y Pichincha con los Zavalas, hijos del Marqués de Valle Umbroso, emprenderían contra el de Santa Rosa, y se unirían al primero, y en la reserva Pedernera y Guarda esperarían órdenes.

20 minutos bastaron a los Granaderos para tomar el castillo del Sol: todo cedió a su empuje. El Teniente Coronel Aliaga, el Mayor Morales, el capitán Aguirre, un teniente, dos subtenientes y cien soldados cayeron prisioneros, y el resto con Solar se refugiaron en el castillo de la Independencia. El Teniente Coronel Gonzer, español, fue pasado por las armas.

Los primeros en subir a la muralla fueron el cabo 1°. Vargas y el Teniente Coronel Ríos, ambos del Pichincha.

En el castillo se encontraron 10 piezas de grueso calibre, 3.000 tiros de cañón y 100 fusiles. Morán tuvo 6 muertos y 11 heridos, entre los que mencionaremos al Teniente Coronel Arrieta, que falleció a los pocos días: un tiro de metralla le destrozó el pié. Los sitiados tuvieron 8 muertos y 15 heridos.

Durante el asalto, French que había llegado en la noche con la Santa Cruz y fondeado a sotavento del castillo del Sol sin que le notaran, extrajo de la bahía al bergantín Eolo, a la goleta Perla, una lancha cañonera y otras embarcaciones menores.

Orbegozo concedió a Arrieta la efectividad de su grado, y a los vencedores una medalla de oro para los Jefes y Oficiales y de plata para los soldados: en ella figuraba un castillo en esqueleto escalado por un soldado, fusil en mano, con esta inscripción: "Rendido el Callao al valor sin ejemplo" y en el reverso: "19 de enero de 1836". La de Morán fue de brillantes. Premios.

Al cabo Vargas le concedió sueldo de subteniente, y un escudo al brazo derecho con un castillo bordado y el honroso lema: "Fué el primero entre los bravos".

A los soldados heridos les otorgó dos pesos mensuales durante sus días, y a las viudas, madres o hijos de los que murieron, sueldo íntegro vitalicio (22 En).

Tres meses después (6 Ab.) a los "Pacificadores del Norte" les concedió una medalla con esta inscripción: "Fidelidad y constancia" en el anverso, y en el reverso "Cumplí con mi deber". Morán, Otero y Vidal la recibieron de brillantes; los oficiales de oro y los soldados de plata.

## CAPITULO XXXIX

Solar hubiera podido mantenerse por largo tiempo con los 500 hombres que le quedaban, si la provisión de agua hubiera sido tan abundante como la de víveres. Su falta de previsión le mereció más tarde la sospecha infundada de haber traicionado. Al día siguiente tuvo que aceptar la capitulación que le ofreció Morán. Se critica la capitulación.

Representaron a éste los Coroneles Romero y Ríos

y Guarda, secretario, el Mayor Barrón; y a los sitiados los Coroneles Soffia y Dulanto, secretario, Bravo de Rueda. Se entregaría el castillo con todos sus enseres y elementos; se garantizaría a los sitiados sus derechos civiles y políticos, pudiendo servir en las filas reconociéndoles sus grados, o pedir su pasaporte y dos meses de sueldo.

Ese mismo día fue aprobado por los Jefes y al siguiente lo ratificó Orbegozo.

Solar se fue a Chile, y a su regreso, Santa Cruz le encerró en Casamatas. Creía que con la capitulación había perdido la dignidad. También se desgració él no respetándola.

Castilla, su esposa, y la mujer de Salaverry se refugiaron en un buque extranjero; e inspirándole recelos al gobierno, se les obligó a salir del país, dándose a la vela en el buque francés Tisbe para Valparaíso (11 Fb).

En 1836 (10 Oct.) publicó Castilla en Quillota un Manifiesto relativo a estos acontecimientos, que adolece de muchas jactancias impropias de un bravo, y del defecto capital de adular a los chilenos. Sostiene que le aconsejó a Orbegozo, que en vez de llamar a Santa Cruz apelara a Chile, siendo así que él fue el que escribió las instrucciones que se dieron al ministro Gómez Sánchez. Dice además, que cuando se le quitó su división para dársela a Casanova, pudo desbaratar a Orbegozo en cinco minutos. Cerdeña, Morán, Quirós y otros valientes, que estaban en Arequipa, le habrían aplastado a la menor insolencia; y por último, califica a Gamarra de *buen* peruano, lo que basta para desacreditar al folleto y para que nos vayamos formando una idea de este prócer nacional.

En 1859 el presbítero Vijil probó que era falsa la cita que se refería a él, y en su escrito calificó a Castilla

de desleal, por la publicación. Reproche vergonzoso que no levantó Castilla en la carta que le escribió a Vijil (Tacna 15 Set.-42), y que corre en "El Comercio", 3 de Agosto de 1859. El *confiteor* le salvó siquiera de la vulgaridad.

Se celebraron en Lima exequias solemnes por Valle Riestra con asistencia del Gobierno y autoridades, a las que asistió lo más graneado de la sociedad (29 En.).

Los buques tomados por Salaverry fueron devueltos a los propietarios (2 Fb.)

La Municipalidad fue puesta en receso. Se declaró insubsistente el tratado de comercio celebrado por Salaverry con Chile; y previendo que la medida levantaría una tormenta en este país, se le dejó en vigencia por cuatro meses, esperando que se entablarían negociaciones para celebrar uno nuevo.

Para hacerse de fondos, exhoneró del pago total de contribuciones al que oblase la mitad al contado. La Junta de Gobierno anterior había apelado al mismo recurso en la aduana, por lo que se ordenó que los comerciantes que habían extraído mercaderías, reintegrasen la otra mitad que no habían abonado.

El bergantín Congreso y una goleta se presentaron en el Callao (3 Feb.); French en la Santa Cruz, Alzamora en la Guadalupe y Márquez con dos lanchas cañoneras las persiguieron algunas horas y las obligaron a someterse. De las investigaciones posteriores resultó que la oficialidad toda estaba por el Gobierno.

Orbegozo no pudo sustraerse al furor político de la época. No se comprendía el gobierno sin fusilamientos. Crueldades innecesarias.

El Coronel Guillén, el del lanceamiento de Punchauca (Tomo VI - Cap. XLIV - Pág. 253), habiendo vuelto a Lima en virtud de la ley de amnistía, fue sometido a juicio y fusilado al pié de un cañón

en la plaza de armas; y también lo fueron el Coronel Llerena en Huaura y el Comandante Luján en Huacho. A los consejeros de Estado, Noriega y Palomino y al gacetillero López Aldana los remitió presos al castillo. Aquellos le habían ofendido con la palabra y éste con la pluma. León, Mareátegui, Villa y Coello, gacetillero pagado por Salaverry, caminaron al destierro; y habiéndole echado en cara a Orbegozo sus amigos, que un hombre de tan buen corazón como él, fuese tan severo solo por complacer a Santa Cruz, les respondió colérico: "Ya no soy el Señor de los Milagros, sino el Señor de los demonios".

Los mandados por Solar al norte, sufrieron un fracaso. En Huacho, el Mayor Barrenechea reunió las patrullas del valle (150 hombres) y sorprendió en el puente de Huaura a la guarnición que lo custodiaba. El Mayor Prada emprendió la fuga, y un negro le mató a traición por la espalda, esperando una buena recompensa. A la noticia, acrecida como de costumbre, Layseca se creyó ante fuerzas superiores y emprendió la fuga, de manera que el tercer Jefe, Sargento Mayor graduado Bolivar, no tuvo más que entregar la gente a Barrenechea.

Deseando cumplir con Santa Cruz pacificando personalmente el norte, Orbegozo le ordenó al General Otero que de Huaraz partiera a ocupar Trujillo; y a Vidal que,internándose a Canta,descendiera a Huacho donde esperaría su llegada. Orbegozo se embarcó en la Santa Cruz (4 Fb.) y dejó en su lugar a Morán de Jefe político y militar del departamento, y a Rodríguez Piedra de prefecto de Lima.

De Huacho pasó a Santa por tierra, donde se impuso del estado de los departamentos septentrionales.

El Comandante Baca había batido a una partida de salaverrinos a las puertas de Trujillo, y Pardo de Zela viendo pronunciado a Lambayeque, cedió en fin a las exigencias de Vidal y Otero y se pronunció por Orbegozo. Raygada se refugió en Lambayeque, y con el General Plaza, Mendiburu y Mugaburu comenzaron a conspirar. Cuando Otero ocupó Trujillo, les dió de mano el subprefecto de Lambayeque, desobedeciendo la orden del Comandante general de remitirlos a Trujillo. Estado del departamento de la Libertad (26 En.)

La misión estaba concluída. La presencia de Orbegozo no era necesaria, pero habiendo arribado algunas naves de la escuadra a Huanchaco, no quiso perder la oportunidad de apoderarse de ellas. Con esta idea se embarcó en la Santa Cruz, y al llegar a la boca del puerto, se adelantó la Peruviana a entregarse con las goletas Flor del Mar y Tres amigos.

Orbegozo pasó a Trujillo (13 Feb); consolidó su gobierno atrayéndose a las personas principales e influyentes; aceptó los servicios del General Plaza; puso en receso las municipalidades y Juntas de notables de la república (15 Feb), y en seguida regresó al Callao (4 Marz.).

## CAPITULO X L

Volvamos al sur a presenciar el desenlance.

Cuando llegó al ejército unido la nueva que Salaverry había partido para el sur, Santa Cruz, del centro se movió con presteza a Puno, y merced a las buenas disposiciones de Cerdeña sobre víveres, forrajes y alojamientos, se pudieron reunir en esta ciudad, a fines de Enero, los batallones 1, 4 y 6 de Bolivia, y el 29 se mo- Marcha del ejército unido.

vieron sobre Puquina donde estaba la división Brown. En seguida el ejército vivaquéo en Pocsi y el 30 entró en Arequipa.

Durante la marcha de Ayacucho a Puno, se envió al Coronel Quiros (pág 155) con una columna de 700 hombres, para observar a Fernandini sin empeñarse en ningun encuentro, y de Chuquibamba (24 En.) destacó Quirós al Coronel Peralta a Majes con una columna ligera para fijar partidas de Huacán hasta Vitor, las que llegaron a sorprender y tomar prisioneros a 3 Jefes, 2 capitanes, un oficial y algunos soldados. En la misma fecha el Mayor Amésquita, también de la columna, sorprendió a 30 hombres en La Calera, y tomó preso al Comandante Osorio ayudante de Salaverry. Quirós continuó avanzando basta los baños de Yura, donde esperó una ocasión propicia para unirse al cuartel general. El abandono de Arequipa y la ocupacion de Challapampa, le cerró el paso poniéndole en apuros, por lo que luego que Salaverry se impuso de su crítica situación, envió contra él dos columnas para que lo destruyeran atacándole de frente y por el flanco.

La de Vivanco le atacaría por el camino real de la Calera a Río Blanco, dando tiempo a que la del Coronel Ríos le cogiese la retaguardia, moviéndose sobre Vitoria marchas forzadas y cruzando el río. Inmenso era el rodéo que había que dar, y por eso se le dió gente aguerrida y veterana como era la 6ª compañía de Cazadores y 50 Coraceros bien montados.

Acción del Granadal (26 En.)

Vivanco tenía 4 compañías de los Cazadores de la Guardia al mando de Deustua, y el escuadrón Granaderos con el Coronel Zavala. Un oficial de avanzada trajo la nueva alarmante que el grueso del ejército estaba a la vista (25 En.) y que el río no era vadeable por ese punto, por lo que Vivanco se movió sobre la derecha re-

montando el río, y mandó un expreso al cuartel general con la noticia de tener al frente a Santa Cruz.

El anuncio cayó como una bomba en el campamento.

No se esperaba tan pronto a los bolivianos: Salaverry tomó apresuradamente la 1ª. compañía de Carabineros, la escolta, y voló a la orilla del río (26 En.), donde observó que solo Quirós era el que había llegado á la orilla opuesta, y que por consiguiente se había podido vadearle fácilmente el día anterior. No había un minuto que perder. Le ordenó a Vivanco que contramarchase y que sin vacilar cruzara el río y emprendiera la acción. Quirós, que a su vez había reconocido al caudillo por la capa roja, temió darse con él y retrocedió rápidamente a la quebrada de Agua Salada (Gramadal) cuyos escarpados briscos le brindaban un baluarte natural.

Cualquiera habría retrocedido. La posición era inespugnable, pero en el carácrer impetuoso del caudillo, toda retirada era una derrota. Mandó el grueso de la gente por la quebrada para llamar la atención de Quirós, en tanto que Deustua por la altura, sorprendería su reserva y le atacaría por retaguardia. Vivanco con los Carabineros, y Lerzundi con los Cazadores avanzaron por la quebrada, pero lo hicieron con tal desorden que el enemigo se interpuso entre ellos, y sin disparar un tiro se apoderó de la fuerza de Vivanco, cayendo éste prisionero y herido.

Zavala voló en apoyo de Lerzundi; sus Granaderos pusieron en fuga a la caballería enemiga que corrió a guarecerse detrás de los infantes, y Lerzundi, espada en mano, seguido de sus valientes, trepó la quebrada, desalojó a los de Quirós y dominó la posición hasta que una bala le postró en tierra, y su gente creyéndole muerto, se entregó a la fuga.

En este momento otra compañía avanzaba por la quebrada: eran los Cazadores del bravo capitán Zapata.

Con algunos de los dispersados por Lerzundi, Quirós se lanzó sobre ellos a la bayoneta; los desbarata y dispersa; mata a Zapata, les corta la retirada al extremo, que no les permite ni llevarse, como intentaban, al cadaver de su capitán.

Durante estos episodios, Deustua, con la 2ª compañía de Cazadores había llegado a los altos, y a la primera acometida dispersó la reserva; y viendo al enemigo en posesión del fondo de la quebrada por donde tenía que regresar, engrosó su columna con los dispersos de Lerzundi, recogió a éste, le puso en una camilla, y como una avalancha, espada en mano, se abrió paso por entre los vencedores, llegando al campamento de Challapampa con el compañero herido y un balazo en el pecho. Era todo un valiente.

Aun no había terminado esta gloriosa hazaña cuando tuvo lugar otra. El Coronel Ríos llegó al campo de acción cuando la lucha había terminado. El enemigo le cerraba el paso y no había otro recurso que el valor. Mandó cargar lanza en ristre a los 50 Cazadores del Mayor Puchi, y él, con los Carabineros y los Cazadores, calada la bayoneta, arrolló a cuantos se le presentaron delante.

Tal fue la sangrienta acción del Gramadal, en la que Quirós reportó la palma del triunfo, y en la que Zapata, Zavala, Deustua, Lerzundi y Ríos hicieron derroche de valor. En cuanto a la tropa, pocas veces se había visto que los vencidos, tuvieran que abrirse paso a la bayoneta, después de la derrota, por entre los vencedores.

Los dos últimos salvaron también a Salaverry, que aun permanecía en el campo con la 3ª compañía de

Cazadores, la que no habría podido resistir el empuje de la columna vencedora; pero habiéndole anunciado Fernandini la proximidad del ejército unido, Salaverry suspendió el fuego y emprendió con ella la retirada.

## CAPITULO XLI

En el puente de Arequipa y en ambas márgenes del Chili se cruzaron por primera vez los fuegos de los beligerantes. Una trinchera con 2 piezas de a 6 cerraba la extremidad, defendida por el Coronel Cárdenas con el Chiclayo parapetado en el muro provisional construido a todo el largo de la alameda. El puente mide 140 varas por 8 de ancho, y su rectitud es una pauta excelente para la fusilería. La ciudad estaba dominada por cuatro piezas establecidas en los oteros de Andrade en Challapampa.

Accion del puente de Arequipa (30 En).

Los repetidos ataques al puente fueron infructuosos, no obstante que el paisanaje de las azoteas, ventanas y balcones hacia un fuego certero y no incerrumpido sobre los salaverrinos. Santa Cruz resolvió contestar a la metralla con la metralla, estableciendo otra trinchera y batería en el extremo libre, pero fueron tanto los que cayeron que se abandonó el proyecto. Cerdeña lo sabe; toma un fardo de lana y bajo una lluvia de balas, pone la base del parapeto; los soldados vuelan a formarle una muralla; algunos rindieron la vida: el Coronel Cereceda le aconseja que se retire, y no hacía mucho que le había contestado: "Ya os he dicho que las balas no matan", cuando una le penetró por el labio superior, le salió

por el oido y le impidió seguir la campaña. Felizmente le atendió el Dr. Forrall, exelente cirujano frances, el que le colocó, después de larga convalescencia, una mandíbula de plata.

El denuedo del General enardeció a la tropa: el parapeto fue levantado: la batería colocada por el Teniente Coronel Magariños: el fuego continuó por algunos días; se aumentaron las piezas y de una y otra parte muchos quedaron en el sitio. Salaverry perdió al Teniente Coronel Herrera, a los tenientes Benavides, Sagal, un cirujano de ejército; y salieron heridos los Coroneles Coloma y Mayo.

Se cruza el río. Mientras se prolongaba la lucha, el General Tristán se ocupó en construir un puente de palo en Chilina, media legua arriba del río, donde estaba el antiguo hecho por los españoles; pero habiéndolo quemado el enemigo, descendió a Tiabaya y allí pudo vadearlo, después que el capitán Andrade del escuadrón Guías, logró poner en fuga a una partida en la orilla opuesta (3 Feb). Tomado el flanco derecho, Salaverry abandonó el puente y se puso en marcha con la tropa que no había dormido casi en los últimos días, para Uchumayo, aplicándole al puente 6 barriles de pólvora que, al estallar, apenas dañaron parte del arco de la extremidad, de manera que Santa Cruz pudo emprender en el acto la persecución.

Uchumayo (3 Feb.). Con diferencia de una hora, poco más o menos, peruanos y bolivianos llegaron al memorable puente de Uchumayo. A la vanguardia de éstos venía el General Ballivián.

Salaverry colocó sus infantes en la acequia profunda que corre paralela al río y pasa orlando el mogote en que se apoya el puente; un destacamenro se parapetó en los paredones altos antiquísimos que están detrás del mogote.

De las alturas que dominan al pueblo, descendieron los bolivianos a un pequeño llano que precede al desfiladero en el que está el puente; ocuparon el cementerio y la casa del cura, y no pudiendo del alto emplear los fuegos rasantes, Ballivián se lanzó por el desfiladero y el puente con veinte flanqueadores y el batallón de la Guardía que mandaba Vera. Hasta la mitad del último, que es de 20 varas por 8, avanzó sin tropiezo, pero luego comenzaron a aclararse las filas bajo el fuego nutrido de las compañías ligeras de Gonzales y Salaverry que, parapetadas en la altura y a los lados, sostenían la batería que cerraba la extremidad.

Los Jefes bolivianos se renovaban pretendiendo forzar la posición. Su desprecio al peligro crecía al ver caer en tierra a sus más bravos compañeros. La mayor parte se retiraron heridos. Ballivián, Vera, Guilarte y otros Jefes, tambien heridos, se arrojaron desesperados con un pelotón de la Guardía sobre la batería; la tomaron a viva fuerza, dejando absorto al contrario con la temeridad del ataque y el desprecio del peligro.

Cárdenas, defensor del puente, luego que recibió el refuerzo de Chiclayo, Cazadores Lima y 2 piezas, desplegó al primero a los costados, y con una columna de los Cazadores, Coronel Oyague, se lanzó a la bayoneta: todo lo arrolló a su paso, y Rueda cerró con las piezas el extremo opuesto, cortando la retirada a los asaltantes. Ochenta, poco más a menos, fueron los cogidos en este ataque tan brillante: algunos escaparon, y otros cayeron prisioneros, entre los que mencionaremos al Comandante Guilarte y al Mayor Angulo.

Ballivián emprendió la retirada en orden, y fueron muchas las veces que tuvo que volver cara para repeler a Gonzales encargado de la persecución.

De los 600 bravos del batallón de la Guardía que- Muertos y heridos.

daron 73 muertos, 63 heridos y 80 entre prisioneros y dispersos. Además de los Jefes mencionados, salieron heridos los Sargentos Mayores Goitia, Aguirre y García: el capitán Ravelo, los tenientes Pérez y Valladares y los subtenientes Pérez y Ravelo. Murió el teniente Calderón. Salaverry no perdió un solo hombre.

Ataque de Uchumayo.

Tal fue la memorable acción de Uchumayo, inmortalizada por la historia y tambien por el arte musical. El ataque de Uchumayo de Ballón, es una gloria nacional. Esa composición puede rivalizar en fuego y armonía con la Marsellesa, la marcha de la Muda de Pórtici y otras composiciones en que rebosa el espíritu marcial. En Uchumayo, la posición se hizo más que el valor desesperado; y en la contienda, el vencido pudo mostrarse tan orgulloso de la derrota como el vencedor de la victoria.

La descripción que precede pudiera suscitar sospechas sobre mi patriotismo, pero el elogio del denuedo extraño bonifica el de la pujanza nacional. El heroismo es la consigna de las almas nobles: en él hay siempre un talisman secreto que nos impulsa a reconocer con franqueza la sublimidad que lo caracteriza, porque la virtud es eterna, de todos los tiempos y de todos los países, y su mérito no lo aminora la envidia, ni lo deja de percibir tampoco la enemistad. Además, el denuedo de los bolivianos enaltece a gran altura a Cárdenas y a Oyague.

Llega Santa Cruz.

Aun no había concluido la acción, cuando llegó Santa Cruz con los batallones Cazadores y 1.º de Bolivia, que desplegó delante del puente en una línea muy extensa, como si pretendiera doblarla y amenazar la retaguardia de Salaverry: poco después los reemplazó el 6.º de Bolivia. El amor propio y la necesidad de no desalentar al ejército obligaron a Santa Cruz a aparen-

tar que continuaría el ataque. La retirada inmediata habría parecido derrota; era menester emprenderla cuando no se pudiera atribuir al temor. Ballivián tuvo que soportar una filípica tremenda. La toma del puente a nada conducía; tras él había otro desfiladero dominado por el enemigo, y el desfiladero desembocaba en la Pampa Negra donde la excelente caballería de Salaverry habría destruido a un ejército superior al boliviano. Se había derrochado el valor y perdido mucha gente en una empresa descabellada.

Repliegue general.

En la tarde (4 Feb.), Santa Cruz ordenó que las tropas se replegasen por el desfiladero al pueblo de Uchumayo, guardando el General O'Connor en la noche el puente para evitar una sorpresa. Se dispuso que dos batallones atacasen de frente a Cárdenas al mismo tiempo que el General Anglada con el 2.° del General, Zepita y un escuadrón, dando un rodeo, amenazase la retaguardia de Salaverry, al que esperaban hallar desprevenido con el envanecimiento triunfo.

Recíprocos ataques.

Pero sucedió que tambien Salaverry quiso aprovechar del abatimiento de la derrota y darle otro golpe al enemigo; y así a las 10 de la noche, Cárdenas se movió con los Cazadores y parte del Chiclayo. O'Connor fue sorprendido y arrollado: se pasó el desfiladero y cuando Cárdenas cruzaba el llano que conduce al pueblo, sus descubiertas anunciaron el avance enemigo. En el acto destacó sus tambores a los flancos y retaguardia de éste, con la orden de batir marcha a la primera descarga.

La estratajema propujo efecto. A los primeros tiros, los redobles dispersaron a uno de los batallones bolivianos. El otro, apenas obedeció a la voz de sus Jefes. Cárdenas cargó a la bayoneta, y los bolivianos dejándole libre el paso, corrieron a los altos de la de-

recha que dominan al desfiladero, para ver si le podián impedir la retirada. Cárdenas convirgió a la izquierda. siguió el ataque con brío y cuando se disponia a perseguir al enemigo recibió orden de retirarse.

Felizmente para él, el General Anglada no pudo llenar su cometido; de lo contrario habría sido destrozado. Su división cruzó el río una legua arriba de Uchumayo: pero ya sea que fatigada por la marcha de los días anteriores, lo accidentado del camino o que se hubiese extraviado en la oscuridad, lo cierto es que a la una de la mañana llegó a la retaguardia de Cárdenas, cuando ya hacía dos horas que la tropa de éste dormía tranquila en el campamento,

Impuesto Salaverry por los prisioneros de la presencia de Anglada, destacó al Victoria, el que cayendo de sorpresa sobre la división facilmente la puso en fuga. La infantería boliviana fue obligada a repasar de prisa en la mañana el puente de palo que había construido en la noche, y la caballería vadeó el río por Congata cuando ya la alcanzaban los tiros de los salaverrinos. Anglada ocupó las huertas del Huaico grande, y de allí se movió a la Cruz del Intendente donde debía acampar el ejército de Santa Cruz.

En estos choques nocturnos fue mayor el número de muertos, heridos y dispersos que en los encuentros de día: se calcula que Santa Cruz tuvo 200 muertos, y dejó igual número de prisioneros. Salaverry no perdió ni la cuarta parte.

Cange de prisioneros.

Durante la refriega (5 Feb) llegó al campamento de Salaverry el Coronel Sagarnaga con una nota del Estado Mayor boliviano, en la que proponía la regularización de la guerra, comenzando con el cange del Coronel Vivanco por el Comandante Guilarte y el Mayor Angulo. El General Fernandini, Jefe de Estado

Mayor contestó, que el General Salaverry al decretar la guerra a muerte, se había propuesto unicamente restablecer la moral del ejército, muy relajada por las continuas guerras civiles, pero que jamas había querido violar los principios sagrados del derecho de gentes, como lo acreditaba la conducta noble de Quiroga en el puerto de Cobija.

Esta nota tan importante no se creyó conveniente remitirla con Sagarnaga, y se comisionó espresamente al Sargento Mayor Cuba el que la puso en manos del General O'Connor.

Mucho contribuyó a templar la cólera de Salaverry, las relaciones de amistad que tenía con Guilarte y el parentesco de afinidad que le unía a Angulo, sin que estos sentimientos nobles disminuyan el mérito de haber querido humanizar la contienda. A los dos Jefes bolivianos los remitió con su hermano D. Pablo.

Errores de los beligerantes.

Es de notarse en esta campaña los desaciertos de los beligerantes. Salaverry, poderosísimo con su escuadra soberbia, la abandona para sepultarse en el desierto donde todo le falta; y Santa Cruz se estrella contra posiciones inatacables donde era imposible vencer. El descalabro le hizo abrir los ojos. Para sacar a Salaverry de sus atrincheramientos no había más que dejarle sólo, en la seguridad que tendría que salir de allí a buscar víveres para la tropa y forraje para la caballería.

El 5 de Febrero a las 3 p. m., el ejército unido se puso en marcha, como ya hemos dicho.

Salaverry decretó que se erigiese en Uchumayo una columna que recordase la acción, y concedió una medalla de oro a los Jefes y oficiales (6 Feb).

# CAPITULO XLII

Preliminares de la batalla.

No fue pequeña falta en Salaverry dejar que el enemigo se retirase tranquilo. La persecución le habría desordenado y acrecido el número de los dispersos. Con pequeños encuentros y escaramusas felices, se foguea la tropa y adquiere el hábito de vencer.

Durante la marcha Santa Cruz cambió de idea: mandó algunos batallones a Arequipa, mientras que él se dirigió a la capilla de San José, en los alrededores de la ciudad, de donde pasó al día siguiente al panteón de la Apacheta que designó de cuartel general. Se proponía corresponder a la fidelidad de Arequipa librándola de nuevos ultrajes de Salaverry, pero habiéndole mandado decir el General Cerdeña, sin embargo de su gravedad, que ocupase en el acto los altos de la retama en Paucarpata, mandó allí una fuerza respetable para tomar esa excelente posición.

Salaverry pasó a Congata con una división, y en este pueblo encontró a la que había destacado en persecución de Anglada. Ordenó que parte del ejército pernoctara allí, y con el resto, bajo una fuerte lluvia, acampó en Tingo. En la madrugada, sin ser sentido por los bolivianos, siguió la estrecha senda de la Laja de Tingo bajo, de manera que a las 7 desembocó por lo quebrada del mismo nombre y fijó sus avanzadas en el cerro de Huasacachi. Santa Cruz y su gente se quedaron absortos: nadie había sospechado que la batalla tendría lugar ese día. Una descubierta trajo la noticia de haber visto cruzar el río a las últimas tropas de Salaverry

y perderse en los sembríos que se extienden al pié de Socabaya. La gente del pueblo y de la campiña, previendo el peligro, había corrido a refugiarse en la ciudad y otros lugares de la comarca.

Salaverry destacó una columna ligera de Cazadores con el Coronel Gonzáles, con la orden de ocupar el alto de Lara, que otros llaman de la Luna, como había previsto Cerdeña; pero habiendo tenido la tropa que marchar por tierra movida, de plantíos y sementeras, llegó al pié del monte cuando los bolivianos ya estaban en la cumbre. Últimas disposiciones.

Con la marcha precipitada del día anterior, Salaverry había extendido demasiado su línea, y estando el ejército unido en el llano y otero lateral del panteón, casi una legua distante de Socabaya, al moverse perpendicularmente sobre el flanco de Salaverry que avanzaba por el camino real, le obligó a desplegarse en batalla, sin dar tiempo a que se le reunieran la artillería y el cuarto escuadrón.

Socabaya es un plano inclinado pedregoso que lentamente va ascendiendo a los altos de Paucarpata; tiene de ancho más de 300 metros, y le circundan barrancas más ó menos accidentadas por todos lados. Batalla de Socabaya.

Santa Cruz se puso al frente de los Cazadores; le ordenó a Brown que le siguiera con todo el ejército y en 40 minutos recorrió la legua que le separaba del enemigo. Había llegado el momento decisivo que tanto habían deseado los combatientes.

Dispuso que Sagarnaga y Buitrago con los Cazadores iniciaran la acción, y preparó su línea colocando a la derecha al de la Guardia reforzado con el Zepita al mando de Ballivían, y a Anglada a la izquierda con el 2º del General, y el 4 de línea que mandaba O' Connor. El Coronel Peralta con tres compañías de Arequipa ven-

cedoras en el Gramadal, acometería el flanco izquierdo del enemigo, y en la reserva puso al 6° de Bolivia y a la caballería con el General Brown. La línea se extendía a lo largo del Alto de la Luna.

A medida que la tropa de Salaverry iba saliendo del desfiladero y entraba en el llano, se tendía en línea en la loma denominada Tres Tetas, delante de la que desplegó una guerrilla gruesa de tiradores. Formaban aquella, 6 batallones, 3 escuadrones y 3 de Coraceros, pero los beligerantes habían perdido mucha gente en los encuentros ya referidos, de manera que Salaverry no presentó sino algo más de 2,500 hombres y Santa Cruz un poco más de 3,000. Santa Cruz montaba el elegante caballo *Yanacocha*, y Salaverry el no menos soberbio *Ni por oro* del General Salas. A las 10 y 15 minutos de la mañana ambos Jefes recorrieron sus líneas y arengaron a sus tropas. Los Cazadores avanzaron resueltos sobre Sagarnaga: once minutos después estallaron los primeros tiros, y como el Victoria y el Chiclayo apoyasen a los Cazadores, y Ballivían cargase con el de la Guardia, al cuarto de hora se hizo general la acción: 50 pazos los separaban; el fuego era muy nutrido, y comenzaron a presentarse muchos claros en las filas. Dos columnas del Victoria flanquearon a la derecha y avanzaron de frente, amenazando el flanco izquierdo enemigo. Ballivián toma el Zepita; cala la bayoneta, dispersa las compañías y las arroja a una de las barrancas, al mismo tiempo que Sagarnaga y el de la Guardia dispersaban también a la bayoneta a los Cazadores y al resto del Victoria.

Famosa carga de Lagomarsino.

Lagomarsino en este momento, a la cabeza de los Húzares cae como una avalancha sobre los victoriosos y los disemina: rechaza a Sagarnaga; rompe al batallon de la Guardia después de varias cargas, y de tal manera.

que no vuelve a presentarse en la acción, y viendo venir a Brown con dos escuadrones de lanceros, se arroja sobre ellos y de ambas caballerías se forma un solo pelotón: soldados y oficiales combaten cuerpo a cuerpo y se confunden, y los lanceros desfallecen al ver que los Húzares se baten con desesperación. La persecución la llevaron éstos hasta la retaguardia del enemigo, pero la fatiga y las muchas pérdidas los obligaron a replegarse a la línea de batalla.

De esta manera quedaron destruídas la derecha de Santa Cruz y la izquierda de Salaverry, el que además perdió los batallones 1° y 2° de Carabineros mandados a reforzar a los Húzares: el uno barrido por el fuego de la fusilería, y el otro desordenado al atravezar una sementera en una conversión.

Igual cosa había pasado en el otro flanco. Los Cazadores de Lima y de la Guardia, después que el Zepita desbarató a los Cazadores de Gonzales, calaron la bayoneta y lo pusieron en fuga; en seguida cayeron sobre el 4 de línea y el 2° del General, y los arrollaron. Oyague y Ríos, Jefes de estos batallones rindieron la vida: el primero espada en mano a la cabeza de su tropa; el otro, pocos días después de la batalla.

De los dispersos reunió Anglada 4 compañías, las colocó en una barranca escabrosa, para salvarlas de la caballería y, reforzado por las 3 compañías de Arequipa atacó de frente, mientras que Brown de acuerdo con él destacaba 2 escuadrones de la reserva por la quebrada de su izquierda y cargaba de improviso a la caballería de Salaverry por el flanco derecho. La sorpresa produjo su efecto. El escuadrón Granaderos se vió envuelto: su Jefe Zavala fue muerto de un pistoletazo; el desbandamiento fue general. En tan peligroso trance, Salaverry en persona toma una lanza y al frente de los Coraceros

de Boza se arrojó furioso sobre los escuadrones de Brown y los obligó a voltear caras: rompió en seguida la columna de Anglada que no resistió mucho tiempo y éste y Santa Cruz se dieron a la fuga.

Santa Cruz y Anglada en peligro.

Perseguido el último por uno de los Coraceros, detuvo su caballo y con singular aplomo le extendió la mano y le dijo: "Coracero dame esa lanza." y debió la vida a su serenidad.

Anglada también esquivó un golpe de lanza descolgándose a la derecha cogido con la izquierda del pomo de la silla, y, bajo el cuello del caballo hirió de un puntazo a su perseguidor.

Boza y su escuadrón llegaron hasta la reserva y allí desbarataron a las compañías que se reorganizaban. Limpiaron el campo de combatientes y por todas partes no se veían sino dispersos. Al regreso, continuando Boza un paseo triunfal, al pasar cerca de unas tapias, una descarga cerrada a boca de jarro, le descompuso y desorganizó: 45 quedaron en el sitio. Era el batallón 6º de la reserva que Valdez había traído al combate y parapetado para librarlos de las cargas de caballería. El pánico se apoderó de los Coraceros: voltearon caras; las órdenes, las amenazas, las súplicas no fueron oidas; Salaverry confundido entre ellos llamaba a gritos a uno, suplicaba al otro, detenía por la fuerza a éste; todo fue en vano: frenético y fuera de si mató a algunos de los suyos con su lanza, y fue arrastrado en tropel fuera del alcance del enemigo. El 3º escuadron de Solar fue desordenado y roto por los fugitivos, y el 4º de Mendiburu no se presentó en la acción.

Entretanto el batallón 6º reforzado por 2 escuadrones que reunió Brown de los dispersos, y animado por la presencia de Santa Cruz, se adelantó por el campo dispa-

rando sus armas sobre los que ya se habían declarado en completa derrota.

Vencidos fueron en Socabaya el valor y la disciplina, pero uno y otro lograron remontarse hasta la gloria. La cargas de Zavala, Lagomarsino y Boza habrían honrado a Murat, y los Húzares y Coraceros llenaron de admiración a los mismos vencedores. De ellos decía Santa Cruz muchos años después en su Manifiesto (1841) que: "Con su impetuoso ataque habían hecho ceder a sus principales columnas:" y Brown, en el parte de la batalla, que los Coraceros "han acreditado un valor desesperado que los haría dignos de defender una mejor causa." Valor de los Coraceros.

En el ejército boliviano no escasearon los valientes; Ballivían, Brown, Anglada, Sagarnaga demostraron mucho temple y lucharon con emulación. Valdez fue el predilecto de la fortuna.

El batallón de la guardia boliviana quedó cubriendo el sitio en que había combatido. Roto por Lagomarsino, los soldados llevados de su denuedo formaron pelotones, o mejor diré, pequeños cuadros de 20 y 30, y, sin dirección alguna, resistieron aislados a nuevas cargas de caballería. Ni aun la muerte puedo desalojarlos. Gran disciplina de los bolivianos.

La caballería boliviana aumentó las desgracias de la derrota y se manifestó más propia para perseguir que para triunfar.

La acción duró 55 minutos. La persecución más de tres horas.

242 de tropa: los Comandantes Buitrago, Romero, Sánchez y el teniente Vivanco quedaron en el campo de batalla. Heridos 188, sin contar al capitán Beltrán, a los tenientes Cornejo, Yáñez, Pope; a los subtenientes Reyna, Roltano, Esponeda, Neyra, y al Teniente Coronel Sagarnaga que recibió 14 heridas. Muertos y heridos.

Salaverry tuvo 600 muertos y 350 heridos, y caye-

ron prisioneros 2 Generales, 15 Coroneles, 200 oficiales y 1500 soldados. Perdió 5 estandartes, sus armas, el parque y la artillería, que fué tomada del lomo de las mulas en las chácaras del pago de Lara.

Muchos de los detalles de esta batalla memorable los he obtenido de peruanos y bolivianos que estuvieron en ella, y todos confiesan que el despliegue a la derecha en batalla de Salaverry al simple toque de corneta, fué ejecutado con tal rapidez y precisión que habría dado envidia al mejor ejército europeo.

Acusaciones infundadas.

Perdida la acción se buscó a la víctima, y se han dado muchos palos de ciego para poder descubrirla. Se atribuyó la pérdida a Mendiburu, imputándole que no cargó con los dos últimos escuadrones. En el Manifiesto que publicó en 1861, dice el General, que él no mandaba los escuadrones; que solo el cuarto escuadrón no tomó parte en la batalla, y que cuando se vió con Salaverry en Tintayani, éste no le hizo ningún reproche, y, muy lejos de eso, le comisionó a Islay para que le ordenara al Jefe de la escuadra que la entregase al Gobierno.

El crítico observa que una refutación después de 25 años inspira fea sospecha. El pundonor es muy sensible y no tiene paciencia para esperar. Cuando descansan en paz los que nos podían contradecir, la sociedad no escucha imparcial y serena como debiera, sino con desconfianza nuestra justificación.

Si el General no mandaba los escuadrones, debió decirnos qué papel desempeñó en la batalla; qué órdenes dió, o explicarnos cómo y de qué manera, cruzándose de brazos, creyó que esa tropa serviría mejor al caudillo. El silencio le daña; y mejor habría sido no hacer publicación alguna. Hombre de talento; político consumado; literato ilustre; pluma elegante; espada enmohecida.

Muchos años después, hablando con su hijo Nicolás, muy amigo mío, le manifesté que convenía me mostrase las Memorias inéditas de su padre para aclarar este punto, pues yo no deseaba ofenderle sino referir la verdad: él se negó a ello rotundamente, sin embargo que es público y notorio que las mostró a algunos de sus amigos, estimando en más las consideraciones sociales, que el deber sagrado de defender la reputación de su ilustre progenitor.

A éste, en definitiva, no se le puede probar el cargo, pero de su mismo folleto consta que no estuvo en su puesto ni cumplió con su deber. Por lo menos, debió ordenar que cargase el 4.º escuadrón, el que quizás, según la relación fiel de la batalla que precede, podía haber dispersado al 6.º de reserva y alcanzado la victoria.

En mi concepto la batalla se perdió por la impetuosidad desatentada de Salaverry que, con un ejército pequeño contra otro más numeroso, desdeñó el empleo de la artillería: empeñó el encuentro sin haber formado su línea, y dejó sin pelear al escuadrón de Solar, y en lo absoluto al 4.º

Causa de la pérdida.

Desplegar ante el fuego enemigo, es mucha pericia y disciplina, pero es una desventaja enorme. Al llegar a la línea los batallones tenían muchos claros en sus filas, de manera que el combate se sostuvo merced a la marcialidad de la tropa y al denuedo de tantos valientes.

# CAPITULO XLIII

Ruta de los fugitivos.

Los fugitivos, unos con el Coronel Ríos tomaron para Congata, donde este Jefe falleció, y otros se dirigieron a Islay para embarcarse en la escuadra, teniendo que hacerlo a nado el Coronel Lagomarsino. En Tambo se reunieron 230 y se dividieron en dos pelotones, uno a cargo del Coronel Mendiburu que iría a la vanguardia y otro con el Coronel Solar.

Miller en Guerreros. (8 Feb)

Las centinelas de Miller le anunciaron la presencia del primero, y, comprendiendo que solo con un ardid se podía apoderar de él, distribuyó en las alturas sus Dragones y con toques de cornetas y tambores en distintas direcciones, obligó a Mendiburu a rendirse, en tanto que Iguain, Coloma y otros oficiales bien montados, no se dejaron engañar, y, abriendo sus caballos por el fondo de la quebrada llegaron a Islay.

Los de Solar despertaron muy de madrugada y esperaron a que su Jefe se levantara. Un sueño profundo se había apoderado de él; no tenía cuando despertar; impacientes por seguir adelante para escapar del peligro, le dejaron durmiendo y se pusieron en marcha en distintas direcciones: unos cayeron en manos de Miller; otros se extraviaron, y la mayor parte llegó al puerto de Camaná. Solar y el Secretario General de Salaverry Dr. Martínez, fueron tomados por una de las avanzadas. El número de los prisioneros ascendió a 300 de los que 90 eran oficiales, y no teniendo fuerza el General para custodiarlos, comisionó al Coronel Llosa Benavides para

que los llevara a Arequipa pasando por el olivar de Catarindo y Tambo, exceptuando al Dr., al que le permitió irse a su hacienda de Caraquén, en la que vivió escondido hasta que emigró a Chile.

Entretanto Salaverry con el Coronel Cárdenas, un sobrino del Coronel Valdivia y el Coronel González, tomaron para Quilca por Congata, Uchumayo y Vitor. Hacía cuarenta y ocho horas que cabalgaba a *Ni por oro*, y al caer muerto de fatiga el excelente caballo, le arrojó al suelo y le magulló la pierna. No pudiendo marchar a pié, Cárdenas fué donde Miller a pedirle garantías, y en el camino (9 Feb.) se dió con el capitán Llosa y el teniente Rivero comisionados por el General para prenderlos. Convinieron en regresar a Toldos; aquí pusieron en una camilla a Salaverry y le llevaron a Catarindo. Días después Miller remitió los presos a Arequipa con el Coronel Hurtado enviado por Santa Cruz. Salaverry en Toldos.

Cuando se supo en Islay la captura, García del Postigo envió un oficial a Miller ofreciendo entregar la escuadra si dejaba libre a Salaverry, y al mismo tiempo mandó a tierra 80 hombres al mando de Salcedo en actitud hostil. El oficial regresó con Mendiburu y Cañas comisionados por Salaverry para que se entregase la escuadra sin imponer condiciones; y negándose a ello el Contra-almirante, se repartieron los marinos 70,000 pesos de la Comisaría y 4,000 de Salaverry, y se dieron a la vela para el Callao.

Una vez que los presos llegaron a la ciudad, se les encerró en la Intendencia que es hoy la casa en que está el Club de Arequipa.

El mismo día de la batalla tomó Santa Cruz posesión de ésta, en la que fué recibido con las fiestas y honores de un libertador. Decretó que se levantara una columna de 60 pies de altura en el campo de batalla, y

que los bolivianos vencedores fuesen considerados como peruanos de nacimiento.

Consejo de Guerra.

Vencido y preso el caudillo era menester aniquilarle con sus mejores tenientes, para asegurar el orden y consolidar la Confederación. Siguiendo la escuela del Maestro que entregó a Berindoaga a la Suprema para lavarse las manos, Santa Cruz sometió a Salaverry y a sus Jefes, a un tribunal de peruanos desgraciados presididos por el General Angiada, del que nombró secretario al Coronel Magariños para concertar los pareceres, asegurar la sentencia fatal y no poner obtáculo alguno a la inmediata ejecución. Los Coroneles Vijil, Infantas, Hurtado, Peralta, Espino y Sánchez compusieron ese tribunal infame, cuyo único acto ennegrece la historia patria, entristece aún a muchas familias, y desdice de la bondad reconocida del carácter nacional.

Suplentes fueron los Coroneles Montes, Caravedo, Grueso; los Tenientes Coroneles Abril, Siles, Mugaburu, Hinojosa, Somocurcio: los auditores Dr. Dávila y el señor Talavera: los Fiscales Sargentos Mayores Amézquita, Mispireta y Céspedes; y Secretarios, Birbueta y Martinez.

Defensa célebre.

El 11 de Febrero se abrió el juicio y los enjuiciados protestaron del tribunal y declinaron de jurisdicción. La guerra a muerte había concluído en el puente de Uchumayo con el canje de prísioneros, y si los tribunales del Perú eran los únicos competentes para juzgar a los peruanos que habían caído prisioneros en guerra civil, no eran Jefes peruanos presididos por un General extranjero los que podían citarlos a comparecer en una guerra nacional. Los tomados por Miller agregaban que se les había otorgado garantías; que su rendición había sido expontánea, pues el General no tenía fuerzas para reducirlos, y que la buena fé de sus proce-

dimientos y la facilidad para abrirse paso merecían siquiera que se les guardase alguna consideración. Todo fué inútil. Se rechazó la protesta y se declaró sin lugar la declinatoria. El tribunal llenó su cometido: decretó la muerte.

Redactada la sentencia por el General Anglada y Magariños, la suscribió el tribunal. Caravedo fué el único que se permitió observar, no podía firmar lo que no había dictado. Una mirada severa y el ceño adusto del General le hizo ceder. La condescendencia de nada aprovechó al culpable. Se le destituyó y no se le dejó tranquilo durante el gobierno de Santa Cruz.

Sentencia inicua.

En 18 de Febrero, basado éste en el decreto de guerra a muerte, aprobó la pronunciada contra Salaverry, Fernandini, Solar, Rivas, Cárdenas, Carrillo, Valdivia, Picoaga y Moya. A Fernández, Boza, Arancibia, Rueda y Machuca se les conmutó la pena de muerte por 10 años de presidio. El tribunal había ofrecido al tirano más víctimas que las que le había pedido.

Carta solemne de Salaverry.

En la misma fecha del pronunciamiento se ejecutó la sentencia. Salaverry lo sospechó, y el día anterior le escribió a su esposa con aquella elocuencia propia del dolor y del buen juicio que nos infunde la desgracia. "Solo siento al morir, la decía, no haber labrado la fortuna de la mejor mujer que ha nacido; pero tu juicio y tu talento valen más que todo, y estas dos brillantes dotes te quedan fortificadas y mejoradas por la desgracia. No te dejes envolver en ella: tranquilízate, consuélate, y vive para mis infortunados hijos que no tendrán otro apoyo. Tu los educarás para la virtud y les harás conocer mis inmerecidas desgracias."

¡Desdichado! En sus últimos momentos despertaba de su letargo: veía los errores a que le había arrastrado la ambición; extrañaba las dulzuras del hogar, y

se olvidaba de sí mismo para acordarse que antes que caudillo de un bando había sido esposo y padre.

El 18 le escribió otra carta: hizo su testamento instituyendo a su hijo legítimo Alejandro Augusto de heredero universal, y reconoció al natural Carlos Augusto, que habría de labrarse más tarde un nombre ilustre en el mundo de las letras. Redactó enseguida la protesta viril del asesinato, que fue la mancha indeleble que ennegreció los días restantes del gobierno y también de la existencia de Santa Cruz.

En ella dice:

Protesta de Salaverry.

"Protesto ante mis compatriotas, ante la América, ante la historia y la posteridad más remota, del horroroso asesinato que se comete conmigo. Habiéndome entregado expontáneamente al General Miller, él me ha presentado como prisionero a Santa Cruz, que sobre cadáveres peruanos quiere cimentar su conquista."

"Yo debía haber sido juzgado conforme a las leyes de mi país, y no por un tribunal de esclavos que me ha condenado sin oirme. He sido arrastrado a un consejo de guerra verbal, ante quien solamente protesté de su incompetencia, y la imposibilidad de vindicarme a tan larga distancia de mis papeles justificativos: me retiré después y he sido condenado. —¡Peruanos!.... ¡Americanos!.... ¡Hombres todos del Universo!.... Ved aqui la bárbara conducta del conquistador con un peruano que no ha cometido delitos: que no ha tenido otra ambición que la felicidad y la gloria de su patria, por las cuales ha combatido hasta el momento de su muerte: ved aquí cuán horribles son los primeros pasos del que ha jurado enseñorearse del Perú, destruyendo a sus mejores hijos.

En la capilla de Arequipa, Febrero 18 de 1836.

Felipe Santiago Salaverry

Uno y otro documento fueron escritos de su puño, con la firmeza y seguridad que tenía al frente de sus Coraceros.

Se confesó y reconcilió con el canónigo Dr. Ophelan, y a las 5 de la tarde fue sacado a la plaza mayor. No podía caminar bien y se apoyaba en un bastón, pero revelaba en el semblante la entereza y serenidad del valiente. Una hilera de sillas con el respaldo a la catedral partía de la pila al portal de Flores. La más central la ocupó Salaverry; Fernandini envuelto en su capa se quedó parado mirándole; Solar, Cárdenas, Valdivia, Carrillo, Picoaga, lloraban contritos al pié de sus confesores; Rivas sereno, y Moya que caminó a paso tirado y con la mirada alta en todas direcciones, a la silla que estaba más cerca del portal, al sentarse se recogió las faldas de la levita entre las piernas, puso las manos en los bolsillos, y con singular sangre fría fue observando detenidamente la impresión de asombro que se dibujaba en los semblantes de los espectadores. El gentío era inmenso, y, sin embargo, se podía haber oído volar una mosca. Tal era la solemnidad del acto. Confesión y ejecucion.

Salaverry que llevaba el uniforme de la Legión Peruana y una gorra de paño, se reconcilió sentado: un sacerdote al pasar, no sé sabe si por casualidad o de intento se la quitó: Salaverry se la volvió a poner, y continuó confesándose.

Maliciosamente se había dispuesto que el pelotón ejecutor fuera de la división de Morán, y se le colocó a 12 pasos de la hilera de sillas. Un oficial se acercó para vendar a Moya; éste se levantó como movido por un resorte; le arrancó la venda, la tiró al suelo y con arrogancia y voz clara dijo: "que no había por qué vendar al que había visto tantas veces la muerte en el campo de batalla," Eran las 5 y media de la tarde. Aplomo y serenidad de Moya.

Fue durante este incidente según Valdivia, y según Bilbao, cuando se le dió permiso para reconciliarse, que el General Fernandini trató de escaparse: corrió al portal de San Agustín, rompió la formación, saltó la acequia, y, a la voz del oficial que le perseguía le detuvo un paisano y le entregó a los soldados que, a tiros, culatazos y bayonetazos le quitaron la vida. Una de las bayonetas quedó en el cuerpo, y en ese estado lo llevaron a la iglesia de la Compañía donde estaban expuestos el de Salaverry y el de otros de los ajusticiados.

Serenidad de Salaverry.

Principiando con Moya, los demás fueron ejecutados de uno en uno en presencia de Salaverry. Serenos y resignados se manifestaron en ese momento. Solo a Carrillo le abandonó ese valor del que había dado tantas pruebas durante su agitada vida. Cuando le tocó su turno a Salaverry se levantó altivo del asiento, soportó la descarga, y retrocediendo algunos pasos, dijo "La ley me ampara," haciendo señas para que no le tiraran, según la antigua costumbre que indultaba al reo afortunado en este lance; pero otra descarga le postró y arrancó la vida.

La casaca acribillada de balas fue recogida y expuesta en el Museo de Lima en una urna de cristal, donde la vi yo hace, cincuenta años, poco más a menos. Entonces el Museo estaba en el salón bajo que hace esquina, entrando, a la izquierda, en la Biblioteca nacional: de allí desapareció, y actualmente se ignora quien la tiene.

El que detuvo a Fernandini era chileno: se llamaba Manuel Díaz, natural de Talca: había venido con San Martín, y vivía honradamente de su trabajo en el pueblo de Miraflores, al frente de una chichería.

Esta horrorosa hecatacombe no sació la sed de sangre de Santa Cruz, ni detuvo la complacencia servil

del Tribunal militar. El General Valle y el Coronel Montoya fueron también condenados a muerte, pero se les conmutó la pena desterrándolos a Bolivia. Al llegar a Puno, el primero murió de disentería (Marzo).

También fueron condenados a muerte Deustua, Osorio, Beltrán, Villamar, Ortiz, Melendez y Gallegos. Cerdeña intercedió por ellos y obtuvo que se les conmutase la pena en 10 años de destierro, pero la gracia se mantuvo en secreto hasta el momento supremo de la ejecución. Llena la plaza de un gentío inmenso, sentados en los banquillos, los tiradores listos, Deustua se puso de pié y con singular arrojo pidió que se le autorizara para dar la voz de fuego. En ese momento llegó el perdón. La burla cruel empañó el explendor augusto de la misericordia. Otros sentenciados.

De los perdonados unos fueron enviados a Mojos y Chiquitos, provincias apartadas de Bolivia, y otros a California, entre los que citaremos a Negrón, Lerzundi, Medina, Boza, Rossel, Navarrete, Rendón, Aravena, La Puerta, La Rosa y Suárez. Los que quedaron en el Perú lo debierou a las influencias de sus amigos, y a una fianza de 10,000 pesos: de éstos fue el Coronel Belaochaga. A Quiroga no solo se le perdonó, sino que se le reconoció su grado y se le mantuvo en el servicio. Destierros.

Santa Cruz aprovechó de esta emigración política para impulsar sus tierras en Bolivia, y de la tropa escogió 60 hombres, fuertes y vigorosos, a los que cruelmente separó de sus familias, para llevarlos a trabajar en sus haciendas en Yungas.

Aun siendo Protector de la Confederación continuó dictando medidas represivas contra los Jefes y oficiales peruanos. A los vencedores de Junín y Ayacucho que habían servido con Salaverry los privó de sus sueldos (16 Nov 36). Negó a los vocales de la Corte Superior

sus devengados durante el gobierno del caudillo; y declaró que los militares y empleados de Salaverry no tenían derechos adquiridos, y que solo disfrutarían de renta cuando se les llamara al servicio (3 Dic).

Más tarde aún le escribía a Orbegozo: "Quedan más de 200. de Tenientes Coroneles para abajo, y no sé que hacer con ellos, sino que deben salir del país."

Pasado el estupor del primer momento, la nación despertó como de un letargo. La sangre vertida a torrentes suscitó la piedad. El temple y entereza de los ejecutados levantó el espíritu nacional. La serenidad imperturbable de Moya era el tema favorito de la conversación de peruanos y extranjeros. La ejecución había saciado la pública sed de sangre: el caudillo no existía: su ejército había desaparecido: no había temor de que el orden fuera perturbado, y no tan pronto tuvo lugar el castigo cuando la opinión general se irguió enconada contra la sentencia y una reacción favorable a la víctima se operó en el sentimiento nacional. El despotismo se convirtió en severa autoridad; el temerario en valiente; el irreflexivo en héroe; y el caudillo de un año, que se confundía con tantos otros revolucionarios y ambiciosos que agitaron el país después de la independencia, se levantó como un gigante a la categoría de una gran figura histórica.

Se recordaba y con razon, que la guerra a muerte había concluído en el puente de Uchumayo con el canje de prisioneros, y que la nota de aceptación de Santa Cruz, que Fernandini se proponía presentar en su defensa, le había sido sustraida o arrancada en la prisión de orden superior.

Pero aun sin este documento irrefutable, bastaría la carta que Salaverry le escribió a Santa Cruz de Tintayani, para que cualquiera alma noble hubiese conmutado con otra pena el fusilamiento.

He aquí un extracto:

Le dice que no puede caminar, y le suplica le deje partir en la escuadra, a la que ha dado orden de someterse al gobierno.

Luego añade este párrafo notable, de noble aspiración, altamente sugestivo.

"Nada he tenido personalmente con U., nada tengo aún, y tan no estoy distante de convertirme en decidido amigo suyo, que solo falta persuadirme de que U. hará la felicidad del Perú. Esta es obra mucho más difícil de lo que le parece a U.; es obra casi imposible; y lo deduzco de las acusaciones que U. me ha hecho de tiranía y despotismo, por haberme visto en el único camino, por donde puede llegarse a la reorganización de este país desgarrado por facciones formidables, en que abundan todos los elementos de ataque y de defensa; desmoralizado en todas sus clases; sin hacienda, sin crédito y casi sin recursos; de un país en que el soldado se hace un deber de traicionar; el magistrado de vender la justicia; y el empleado de robarse la hacienda que corre a su cargo, y donde todos, todos se creen en la forzosa obligación de conspirar contra el gobierno establecido, sea o no legítimo, sea o no bien dirigido, sea o no comveniente." Carta notable de Salaverry.

Ofrece al concluir no ocuparse de política, salir del país y dedicarse a la vida privada.

Santa Cruz no se dejó conmover. No se creía seguro viviendo el caudillo. La clemencia la ahogó la pusilanimidad.

Por lo demás, júzguese por este documento trazado por un gran hombre, en el momento en que solo se dice la verdad, si es o no fiel la pintura que he hecho del estado social de los primeros años de la independencia.

Al día siguiente de la batalla, Santa Cruz concedió Premios.

una medalla a los vencedores, la que llevaría en el anverso la inscrpción: "Di la paz al Perú", y en el reverso, "En Socabaya a 7 de Febrero de 1836," la que sería de oro, orlada de brillantes, para los Generales Herrera, Brown y Anglada, a quienes se les daría también las tres espadas de honor ofrecidas: de oro para los Jefes y oficiales, y de plata para la tropa. A las viudas e hijos de los muertos en el combate o a consecuencia de las heridas, les concedió sueldo íntegro durante sus días.

## CAPITULO XLIV

Todo el país quedó sometido a la férula de Santa Cruz, no faltaba sino parte de la escuadra; veamos lo que hizo ésta y la suerte que corrieron sus Comandantes.

Combate naval en Pabellon de Pica (17 Feb. 36).

Terminada la campaña del sur, el Arequipeño que mandaba Mariátegui y el Guisse, se dieron con la Yanacocha, comprada en Chile por Santa Cruz, a la altura de Pabellón de Pica. Freiman Comandante de ésta, empeñó la acción con denuedo: con un vivo fuego de fusilería le contestó el Arequipeño, y cuando aquél se disponía al abordaje, dos tiros de metralla le quitaron la vida. El alférez Valle Riestra tomó el mando, y tan valiente como su capitán se lanzó al abordaje: callaron los cañones: se atracaron las naves: salió a relucir el alma blanca: ambas cubiertas eran un mar de sangre, y el valor desplegado rayó en lo sublime. Mariátegui fué el héroe. Valle Riestra y 14 marineros tuvieron que rendirse después de una lucha encarnizada de cinco horas, perdiendo 40 muertos y 6 heridos. Freiman presintió su muerte. Al despedirse de su esposa, la abrazó diciéndola "que no le volvería a ver más."

El Arequipeño tuvo cinco boquetes a flor de agua. Fea conducta de los marinos.

De vuelta a Islay y habiendo sabido el desastre de Socabaya, Postigo, Allende, Mariátegui y Salmón dispusieron de los fondos como ya he dicho, que habían en la Libertad, y con toda la escuadra se dieron a la vela para el Callao. Hicieron proposiciones a Morán (16 Feb.) el que nombró para tratar al Coronel Guarda, secretario el Mayor Freyre, y los marinos a Iguaín, secretario el teniente de fragata Elcorrobarrutia (18 Feb). Pidieron que se les conservaran sus grados y honores; franquicia para reformarse a voluntad, asi como para salir o no del país: pretenciones propias del vencedor que fueron rechazadas.

En cuanto al dinero, dijo Iguaín que Salaverry había dispuesto de él sin dejar recibo. La escuadra siguió rumbo al norte, exceptuando La Limeña portadora del parque del caudillo, que se entregó con algunos trasportes.

Mariátegui entregó poco después, al capitán del puerto Alzamora, el Arequipeño y la Yanacocha, y luego se asiló en la fragata francesa Flora donde ya se habían acogido Salmón y Allende.

Cuestiones con el Jefe de las fuerzas navales de Francia.

Entonces era Jefe de las fuerzas navales francesas en el mar del sur Mr. Moulac, y de él reclamó el Coronel Sierra, encargado de las relaciones exteriores, la entrega de los asilados. Le decía que Francia era un país muy culto para prestar asilo a los defraudadores del tesoro público, corriendo el peligro de hacerse responsable de las sumas sustraídas. El Comodoro alegaba razones de humanidad dada la virulencia de las pasiones políticas; y cuando la discusión principiaba a hacerse interesante, su muerte casi súbita le puso término.

Otra capitulación.

Los otros buques con Postigo llegaron a Huanchaco cuando ya Orbegozo había salido para el Callao, y para tratar con Otero nombraron al capitán de fragata La Riva y a Iguaín, secretario Gorrochano; y el General, al Co-

ronel Ríos y al Teniente Coronel Rodríguez, secretario Sargento Mayor Solís, los que celebraron el tratado siguiente: entrega de los buques, concediendo amnistía a los Jefes y oficiales: seguridades para quedarse en el país o salir al extranjero con un pequeño socorro, pudiendo el gobierno expatriar al que quisiere: en el tratado se comprendía al bergantín Guisse que estaba al llegar (25 Feb). Postigo y Otero lo aprobaron.

El primero, que no tenía la conciencia limpia en razón de los fondos sustraídos, se refugió también en la Flora: de allí salió con Salmón al norte en la corbeta Libertad y la Monteagudo, temiendo que los prendieran si desembarcaban (21 Marz).

Más destierros. De regreso a Lima, Orbegozo dió pábulo a sus resentimientos personales y satisfizo los de Santa Cruz. Postigo, Salmón, Torrico, Mejía, Aliaga, Boterín, Sanz y Zavala fueron expulsados del país.

Desarmó los castillos del Callao con arreglo a la idea del ministro Zavala: con los cañones se armaron baterías en los puertos de la costa: los útiles de guerra los trasladó a Santa Catalina, y dedicó el de la Independencia al despacho de aduana y a almacenes de depósito, y el del Sol a cuartel de la brigada de Marina.

Revocó el decreto (7 Dic. 35) por el que se adjudicó al Estado la mitad de las rentas de los conventos y monasterios. (19 Marz.)

A la noticia del triunfo de Socabaya, decretó que por gratitud se le diera a Santa Cruz el título de *Pacificador del Perú*: que su retrato de cuerpo entero se pusiera en las casas consistoriales, y que se le obsequiase una espada de brillantes con las armas de la república en la que se leyera esta inscripción: "Gratitud del Perú a su Pacificador." (2 Marz.)

Abrió en seguida los Colegios de San Carlos y de

San Fernando, asignándo a éste 4.000 pesos anuales de renta y nombrando de Rector al ilustre Dr. Heredia. En cuanto el primero, trabajó con ahinco para que percibiera sus copiosas rentas. Se esforzó también para establecer un Banco Nacional.

Una vez que desapareció Salaverry, Pardo renunció la legación de Chile y pidió al gobierno que nombrara su representante para tratar de la liquidación de su cuenta, ofreciendo reintegrar todas las sumas recibidas. Orbegozo le ordenó que se entendiese con Riva Agüero (21 Marzo): pero habiéndose negado Pardo a tratar con éste, celebró poco después un arreglo definitivo de cuentas con Olañeta, ministró plenipotenciario de la Confederación, pagando al fisco su saldo en contra, y publicando un folleto titulado: "Cuentas de Don Felipe Pardo con el tesoro del Perú" Valparaiso, 1836. Pardo se arregla con el fisco.

Después de Socabaya, Santa Cruz comisionó al Coronel Montes a Lima, para que devolviese los estandartes del Regimiento de Coraceros y del primer batallón de Cazadores de la Guardia tomados en la acción; los que fueron depositados en el templo de la Merced. (22 Feb.) Canje de trofeos.

Se correspondió a la atención devolviendo con el Comandante Torrelso la bandera de Cobija, la que al mes siguiente fue llevada en la Limeña por el Teniente Coronel Arrisueño con una buena escolta (15 Marz).

# CAPITULO XLV

La vida tranquila, apacible y relativamente feliz de la colonia había desaparecido. Ya no se hablaba del doctorado del primogénito, de la próxima cosecha, de los buenos pastos para la inverna, de la ceba de miles de cochinos, de la apertura de una nueva tienda, del establecimiento en grande de una industria, sino de la revolución que había estallado o que iba a estallar, del nuevo caudillo, de los muertos y heridos del último encuentro y del fusilamiento de los cabecillas.

Apoyado el Virreinato no solo en un aguerrido ejército, sino en una nobleza inteligente y acaudalada, dueña de los mejores fundos del territorio, el respeto que le tenía al Virrey rodeaba a éste de una aureola solemne que le imponía al pueblo, el que sumiso se dedicaba al trabajo sin preocuparse de las cosas públicas. Muchas veces a la menor revuelta, los nobles, sin esperar órdenes de Lima o del inmediato superior, acudían con su numerosa servidumbre a sofocar el tumulto, y a la capital llegaba la noticia del delito con la de la represión y captura de los amotinados.

No era menos vigoroso el apoyo que prestaban al poder las Audiencias. En cualquier capítulo, congregación ó asamblea que se presentaba un Oidor, se establecía en el acto el silencio, la compostura y el orden. Habían heredado la solemnidad de los Inquisidores, y le imponían al pueblo casi tanto respeto. El Virrey disponía de ellos a su antojo, y con él no hubieron jamás complicaciones ni diferencias.

Con el advenimiento de la república y el principio de igual ante la ley, desaparecieron los títulos de nobleza, se nivelaron las clases, se engrandeció al ciudadano, ganó la dignidad del hombre, es cierto, pero se perdieron elementos poderosísimos para mantener la paz de la república, y ya fue más fácil perturbar la marcha tranquila del Estado.

Había tanta disparidad en decoro, magestad y respeto entre nuestros presidentes militares y cualquiera de los Virreyes, como la que media del Arzobispo al cura de la parroquia.

Hubo un momento en que revivieron las esperanzas del patriotismo, y fue, cuando se vió a un caballero distinguidísimo como La Mar rodearse de la alta clase social. ¡Qué pureza en el manejo de la hacienda! ¡qué celo en la administración! ¡qué solemnidad y grandeza en los actos oficiales! El Consejo de Estado que velaba por el fiel cumplimiento de la Constitución, se parecía al Senado de una antigua república. Las reuniones en palacio se componían de lo más ilustre y esclarecido de Lima: el mérito, la probidad, la elegancia y la fortuna. No tan pronto Gamarra en Piura y La Fuente en la capital derrocaron al gobierno, y que un congreso (que pudo salvar al país con solo no reunirse) sancionó ambos crímenes, la gente honorable se dedicó a sus asuntos particulares y abandonó la política, dejando a la nación durante medio siglo, bajo la dura férula del militarismo.

¡Las dietas!

Pueden las Universidades sostener las tésis que gusten, los intelectuales decir lo que quieran, pero no se forman repúblicas y Estados firmes con congresos de pelagatos. Ya lo estamos viendo, las Bolsas comerciales en los países más adelantados, tienen tanta influencia, voz y popularidad como los parlamentos. Éstos no se com-

ponen de angustiados y desvalidos, sino de personas acomodadas o que disfrutan por lo menos de cierta holgura y comodidad, por que no pueden representar dignamente a quien es rico, opulento y poderoso como el país, los desheredados de la fortuna.

A un congreso de potentados, Gamarra y La Fuente no se habían atrevido jamás a proponerle que se hiciera cómplice de sus atentados.

Estas serias consideraciones y temores sobre la estabilidad del nuevo régimen, fueron los que impulsaron a San Martín a pensar en la fundación de una monarquía; y a Bolivar le hicieron dudar si había hecho o no bien al emancipar a la América Meridional.

La república se inició con actos despóticos de los fundadores: las ejecuciones de Jeremías y de Mendizábal son tan desdorosas al primero, como las de Berindoaga y Aristizabal a Bolivar.

Vinieron luego conspiraciones contra ellos mismos: atentados contra su vida: y luego que se retiraron de la escena política voluntariamente, se envolvieron sus tenientes y capitanes en luchas fraticidas que, aun no han terminado del todo, sin embargo de haber pasado casi un siglo.

Treinta y tres pronunciamientos, motines militares y revoluciones hasta el año 36, en que cayeron 30,000 hombres, se gastaron ingentes sumas en armamento, y el doble en premios y en ascensos, durante diez años, en los que fue imposible dedicarse al estudio, al trabajo o a la industria en general, no son datos para animar a las colonias que quieren emanciparse a desear con afán la república.

Es muy posible que el cuadro lamentable que ha presentado y viene presentando aún al mundo la América Meridional, las haya contenido en sus aspiraciones

políticas, y que sus estadistas se hayan dedicado con afán a estudiar cuidadosamente la moralidad, la instrucción y el desarrollo intelectual de la masa del pueblo, antes de concederle los dones y garantías de la democracia.

Por lo que al Perú respecta, que es lo que nos importa, yo digo y sostengo que aun el día de hoy, con la expulsión de un presidente honorabilísimo; con señores feudales *(gamonales)*, que se enriquecen con el sudor de miles de indios que tienen que caminar 200 leguas para exponer sus quejas y sufrimientos a la primera autoridad: con la violación del sufragio por el ejecutivo para contar con mayoría en las cámaras; con congresos apócrifos, de circunstancias, que en sesiones sin *quorum* modifican la Carta, y sobre qué? sobre la Religión santa de nuestros padres, sin que haya habido provincia que la solicite, y los demás errores indicados a fojas 137; los hombres de estudio, ajenos a la política, nos contentamos con exponer el mal para que se aplique el remedio, y deploramos con los que aman de veras al país, tanta sangre vertida inútilmente en aras de la libertad.

No quiero soltar la pluma sin dar la voz de alarma a la América entera, contra esa degeneración de historiadores que creen que pueden alterar los hechos y sus causas, en homenaje a su país, a los gobernantes o a los hombres eminentes que los rodean. Ya lo he dicho, el historiador no tiene patria ni consanguíneos: aquella y éstos deben ser como si no existieran: y cuando al escribir no podemos desprendernos de esos afectos que ennoblecen al hombre, tiremos la pluma que el lector imparcial desdeña la relación apasionada, y se ríe de la ingenuidad y patriotismo fofo del escritor.

En ella no se admiten fantasias, ni entusiasmos de ninguna especie; probidad, concision y espíritu sereno al

referir las grandezas de la patria, y rectitud escrupulosa al tratar de sus descalabros y sus miserias. El mayor agravio que se puede hacer a la literatura de un país es, que para conocerle haya que apelar a escritores extranjeros. Ya es tiempo de protestar del sistema de desfigurar los hechos por dar pábulo al sentimiento o a la pedanteria nacional, y de la disposición a crear epopeyas de los escritores chilenos; del desgreño y falta de ilación de Cevallos; de la piedad filial de Baralt, Restrepo y Larrazábal por el Libertador: de la pesadez y pereza de Paz Soldan dándonos a digerir lo mejor del *Apéndice*, y de la ciega adoración de Mitre por el prócer argentino, que obligarán a sus países dentro de pocos años, a constituir sobre bases sólidas y verídicas la historia nacional.

No se me escapa que del mismo defecto adolecen muchas las literaturas europeas, pero en todas sus obras el estilo nos seduce, y se ve al hombre que estudia y escribe sin la perenne pretención de engañar al lector, y de atribuir siempre a los enemigos las causas de la guerra en que se viera envuelta su patria. La prosa de Macauley me encanta, pero rechazo su poesia: leyéndole no se puede conocer la Inglaterra: me choca la frialdad de Anquetil, y no acepto el plágio clásico de Rollin: protesto de la apoteosis del engaño de Maquiavelo en la Historia Florentina, y desconfío de los retratos de los Soberanos Pontifices que trazara la pluma ingrata de Guicciardini.

La historia no es himno de gloria, ni grito de venganza: no es crítica ni diatriba del enemigo, ni alabanza de los nuestros: no es loa al pariente, ni elogio al benefactor. Cuando el relato es guiado por el afecto o por el odio, el mismo país favorecido protesta, porque lejos de elevarle le deprime y ridiculiza. En ella no debe dominar síno la verdad desnuda, sin afeites y

galas, como sin respeto ni consideración a las instituciones, a los mandantes, a nuestros antepasados, y aun a los mismos canonizados por la tradición, cantados por los poetas, o ensalzados por los cantos populares. Han pasados dos mil años; pasarán diez mil más, y la figura Tácito, modelo del historiador, irá creciendo y creciendo con el trascurso del tiempo, hasta superar la grandeza de César, de Augusto y de Trajano,

Ante quien muda se postró la tierra

FIN DEL TOMO VII.

# INDICE DE MATERIAS

FIN DEL ÍNDICE DE MATERIAS

# ERRATAS NOTABLES

| PAG. | LINEA | DICE | DEBE DECIR |
|---|---|---|---|
| 39 | 19 | choqucs, | tumultos, |
| 64 | 15 | Secretos | Decretos. |
| 65 | 13 | congreso | Consejo |
| 84 | 31 | en | con |
| 94 | 4 | Duntan | Dustan |
| 98 | 28 | un capitán | el capitán Ortiz |
| 100 | 9 | en | a |
| 104 | 34 | Rivero | Vivero |
| 113 | 18 | nacionales | nacional es |
| 115 | 32 | Pedesmonte | Pedemonte. |
| 131 | 7 | estraño | extraño. |
| 133 | 33 | fiancistas | financistas |
| 142 | 6 | con | con dos |
| 167 | 27 | se echaron | echaron |
| 168 | 31 | limpiarfa | limpiaría |
| 176 | 13 | Prado | Prada |
| 184 | 25 | marchas | a marchas |
| 190 | 13 | se hizo | hizo |
| 191 | 30 | estratajema | estratagema |
| 192 | 29-32 | cange | canje |
| 212 | 4 | Herrera | Ballivián |
| 219 | 16 | la | lo |
| 220 | 16 | muchas las | muchas de |

# INDICE DE NOMBRES

FIN DEL INDICE DE NOMBRES

